HISTORIA SECRETA

DE ARGENTINA

IVÁN CARRINO Prólogo de Federico Tessore Carrino, Iván Carlos

Historia secreta de Argentina / Iván Carlos Carrino; prólogo de Federico Tessore. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Carrino, Iván Carlos, 2017. 193 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-3423-0

Economía Argentina.
 Historia Económica
 Argentina.
 Liberalismo Económico.
 Tessore, Federico, prolog.
 Título.

CDD 330.82

Impreso en Argentina. Editado por Inversor Global S.A. para Argentina. Publicado por Inversor Global S.A. Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2017

Diseño de tapa: Facundo Britez

Índice

Prólogo, por Federico Tessore	005
El verdadero "Círculo Rojo"	013
Qué es el círculo rojo	016
Del círculo rojo al estado profundo	017
Los tres elementos del estado profundo	021
Los empresarios que no quieren competenc	ia022
Los sindicatos que se oponen a la productiv	oidad033
Los políticos que solo miran el corto plazo.	046
El estado profundo y el corporativismo argo	entino055
¿Por qué no fuimos Australia?	059
¿Por qué nos fue bien?	064
¿Qué nos pasó?	072
El país de las desmesuras	076
El peronismo	077
Nuestro enemigo, la inflación	078
Los controles de precios	083
El "neoliberalismo" de Menem	085
El regreso del populismo	089
La debacle populista	091
El kirchnerismo y el estado profundo	094
La burbuja populista	097
El auge	098
Cuellos de botella	

La intervención del INDEC	102
Inflación y control de precios. La receta del desastre K	105
La crisis	110
La tercerización del ajuste	115
El mito del kirchnerismo y los pobres	117
¿Cambiamos?	121
El fin del cepo cambiario	123
La devaluación de 2002 y la "devaluación" de 2016	124
El adiós a la heterodoxia inflacionista	128
Mitos y verdades sobre el nuevo gobierno	132
La energía no es gratis	138
La confiscación del billón de pesos	141
Kirchnerismo de buenos modales	143
Para crecer hay que bajar los impuestos	145
Sale Prat-Gay, entra Dujovne	152
Lo que preocupa es el déficit fiscal	157
¿Será Macri el Ronald Reagan argentino?	161
Reaganomics 1- Inflación 0	163
Quitarle los cepos a la economía	165
Reagan contra los impuestos	167
Reagan, el keynesiano	169
Los resultados de la "revolución Reagan"	170
¿Será Macri nuestro Ronald Reagan?	172
El regreso de los charlatanes	177
Bibliografía consultada	181
ANEXO: Lecturas Adicionales	183

Prólogo

"La incapacidad de las asambleas democráticas para llevar a cabo lo que parece ser un claro mandato de la gente, inevitablemente causará insatisfacción con las instituciones democráticas.

Los Parlamentos terminarán siendo considerados como inútiles "tiendas de hablar", ineficaces o incompetentes para llevar a cabo las tareas para las que han sido elegidos."

Friedrich Hayek

Ray Dalio es una persona desconocida para la mayoría de las personas. Pero es el administrador del Fondo de Cobertura (*Hedge Fund*) más grande y exitoso del mundo.

Su empresa, Bridgewater Associates maneja USD 160.000 millones y desde el año 1991 que su fondo produce un retorno anual del 21% antes de gastos. Esto es mucho más que el promedio del mercado, en torno al 9% anual, y mucho más inclusive que Warren Buffett, en el orden del 16% anual.

Dalio no habla mucho. Prefiere dedicarse a hacer buenas inversiones. Pero cuando habla, todos, sin excepción, escuchan y toman nota. A principios de 2017, en el Foro Económico Mundial que se hace en la ciudad de Davos, Dalio dijo lo siguiente:

"El populismo no es sólo la creencia de que hay una brecha hacia la izquierda. Es una cuestión de nacionalismo, es una cuestión de obtener un mayor control. Es una cuestión de mayor polaridad -la izquierda se vuelve más izquierda, la derecha se vuelve más derecha- y diría que éste es el primer año en el que el populismo es la cuestión más importante a nivel mundial

En este momento, como factor de influencia [el populismo], es más importante que los Bancos Centrales. Este es el primer año que me animo a decir que la política es más importante. Por ejemplo, si miras a Europa, ¿cuál dirías que es la amenaza más peligrosa? No es la crisis de deuda, no es la política del Banco Central, es el movimiento del populismo."

Desde los mínimos del año 2009, las acciones han subido de precio gracias al dinero fácil de los Bancos Centrales de los países desarrollados. Pero Dalio está advirtiendo que, a partir de ahora, este no será el único factor que mueva los mercados. Dalio está cambiando su foco hacia la política.

"La política es el factor número 1 que los participantes del mercado deben mirar en este momento, más que los Bancos Centrales", dice Dalio. Y remata, "Quiero ser claro y directo, el populismo me asusta".

En este nuevo contexto, muy bien descrito por Dalio, la política se vuelve el factor más importante a estudiar si quiero hacer buenas inversiones. Por eso, como inversores individuales, entender qué es lo que está pasando en la política, en la economía, en el verdadero poder que maneja un país, es fundamental.

Y en este libro Iván Carrino hace un trabajo impecable mostrando, con lujo de detalles, las verdaderas fuerzas que toman las decisiones económicas y políticas en nuestro país.

No, no se trata del gobierno elegido por el pueblo, como los manuales de democracia nos quieren hacer creer.

Cualquiera que haya pasado algún tiempo estudiando el funcionamiento del Congreso habrá tenido la sensación de que los debates son una especie de teatro de marionetas, con diputados y senadores leyendo cuidadosamente examinados discursos sobre temas prefabricados.

Es que nuestras "venerables" instituciones se han perfeccionado en el arte de desconocer la voluntad popular para convertirse en voceros de una red subterránea de intereses corporativos.

Estos intereses influyen profundamente en los asuntos internos del país y en las decisiones que se toman con respecto al gasto, el comercio, la inversión, la desigualdad de ingresos, la privatización de los servicios gubernamentales y la presentación de noticias por parte de los medios de comunicación.

Iván Carrino ha llamado a este gobierno en las sombras, El Estado Profundo.

No es un término que él haya inventado. Se trata, de hecho, de uno acuñado en Turquía muchos años atrás, pero que le sirve para explicar cómo funciona esta asociación híbrida de intereses políticos, empresariales y sindicales que son efectivamente capaces de gobernar Argentina sin tener que ir a elecciones ni jamás tener que mostrar su rostro.

Como ves, el estado profundo es la gran historia de nuestra historia. Es el hilo rojo que atraviesa dos siglos de guerras civiles, corrupción y planes económicos fallidos que nos han dejado la sociedad más desigual que nuestro país haya conocido.

Algunos, muy pocos, han comenzado a argumentar que la economía argentina está manipulada. Pero estos son casos aislados. Todavía no sirven para comprender el alcance de un gobierno en las sombras, el cómo surgió, cuáles son las interacciones de sus diversas partes y en qué medida influyen y controlan a los líderes que creemos que elegimos en las elecciones.

Porque como observó el filósofo político del siglo XCIII, William Godwin, si un gobierno tuviese algún propósito legítimo sería el de impedir que esas personas hagan daño a sus vecinos. Pero con el tiempo, estas fuerzas infectan al gobierno y a sus industrias relacionadas.

Entonces, en lugar de mantener estas plagas bajo control, el gobierno les da autoridad y sus depredaciones, ilusiones y vanidades se convierten en políticas públicas que la mayoría desconoce.

Entiendo si su primera reacción hacia esta idea de un estado profundo es la negación o el temor. "Suena imposible", usted podría decir. "¿Cómo es que no he oído hablar de esto antes?" O: "¿Cómo podemos poner fin a esta conspiración?".

Yo le contestaría: relájese. Aquí no hay nada tan oculto, no hay conspiración. La mayoría de las acciones de este gobierno en las sombras ocurre a la vista de todos.

Lo que sucede es que el mito acerca de nuestra república constitucional es tan atractivo que la mayoría de la gente se niega a mirar más allá de él.

No sólo eso, sino que a la mayoría de las personas que viven de la política - los periodistas de moda, muchos "empresarios" o los traficantes de opinión- se les paga para NO mirar detrás de escena.

Pero el mundo real no es como el cine. Y el estado argentino no es lo que la mayoría de la gente imagina. Es algo más grande y complejo.

Como suele decir Bill Bonner, fundador de Agora Inc., incluso en la monarquía más absoluta, el rey es impotente sin una legión de iniciados, cortesanos, consejeros, embajadores y otros compinches varios. Ese tipo de personas conspira para utilizar el poder del gobierno en su propio beneficio.

En Francia, antes de la revolución, por ejemplo, los grupos privilegiados usaron su influencia para obtener activos que les proporcionaran ingresos o "rentas". Se les llamó "rentistas". Y vivían de la economía productiva como la garrapata vive del perro.

En la Francia de hoy, hay un montón de rentistas también pero ya no usan pelucas blancas. El New York Times publicó un informe según el cual el peluquero personal del presidente francés François Hollande recibió más de 10.000 dólares al mes durante los últimos cuatro años. Aproximadamente el salario de un ministro de su gobierno.

Como ve, existe una elite parasitaria que está metida en los puntos ciegos del estado. Un grupo que desde siempre quiere conseguir algo por nada. Un grupo que mientras más grande es, más débil deja a la economía, hasta que finalmente sucumbe a la revolución, la depresión o la hiperinflación.

El estado profundo es fundamentalmente esta elite parásita y su principal objetivo es transferir la riqueza y el poder desde las personas que, como nosotros, trabajamos y producimos día a día para conseguir lo nuestro. Una elite que no se menciona en la constitución y que opera por encima y más allá del visible proceso democrático.

Lamentablemente esto no es nuevo y ahí radica la originalidad del libro de Iván.

Él decide no quedarse atado al presente. Ése sería el camino más fácil: culpar al gobierno de turno. Sin embargo, se remonta a 200 años de historia, y encuentra las numerosas oportunidades en que estuvimos en manos de este grupo. Y detecta esos momentos clave en que perdimos la oportunidad de ser, como bien señala, un país como Australia.

En las páginas que siguen se le irá develando el misterio de una Argentina muchas veces desconocida. Una Argentina muchas veces desangrada por la angurria de unos pocos. Pero también podrá ver la Argentina que no fue. Aquélla que se parece más a la que todos soñamos.

Creo, humildemente, que cada argentino debería leer este libro.

No sólo para entender por qué la Argentina está como está. Sino también porque entender la política, su dinámica y funcionamiento, como nos advierte el gran inversor Ray Dalio, es el Factor Número 1 para tener éxito en nuestras inversiones personales.

Espero que lo disfrute tanto como yo.

Federico Tessore

Fundador y Director de Inversor Global Buenos Aires, 17 de febrero de 2017

El Verdadero Círculo Rojo

"La democracia es la peor forma de gobierno, excepto por todas las demás"

Winston Churchill

¿Quién maneja realmente los destinos de la Argentina? En los últimos 34 años los argentinos elegimos a 6 presidentes diferentes. En ese mismo período, fuimos gobernados por 8 presidentes.

Al lector desorientado esto puede sonarle algo curioso, pero la diferencia entre los presidentes votados y los que efectivamente ejercieron el cargo tiene que ver con la crisis de 2001. El colapso económico de ese año desató una debacle institucional en donde tanto el gobernador de la provincia de San Luis, como quien entonces era senador por la provincia de Buenos Aires, se convirtieron en presidentes sin mediar el voto popular.

De cualquier manera, podemos aceptar que hace 34 años que vivimos en democracia y que elegimos a nuestros líderes.

En orden cronológico, quienes ganaron el voto de la mayoría durante esto años fueron: Raúl Alfonsín, Carlos Menem (en dos oportunidades), Fernando De La Rúa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner (en dos oportunidades), y Mauricio Macri (actualmente en el cargo).

La democracia es el sistema de organización en el cual los ciudadanos dirimen las cuestiones públicas mediante el voto. De acuerdo a nuestra constitución, nuestra forma de gobierno es "representativa, republicana y federal". Es decir, que la gente no gobierna de manera directa, sino por medio de sus representantes, con provincias independientes y con una constitución que limita el poder del gobierno.

El rol del gobierno varía significativamente de país en país. No es lo mismo el gobierno en Suiza que el gobierno en Cuba. Sin embargo, su rol original se limitaba a proteger la vida y la propiedad de los ciudadanos.

En la declaración de independencia de los Estados Unidos, por ejemplo, los firmantes sostienen que "todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se vuelva destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno".

La declaración norteamericana pone por escrito lo que los pensadores de la política ya habían consensuado tiempo antes: que los ciudadanos tienen derechos humanos inviolables y que el rol del estado es proteger esos derechos. Por otro lado, también se asumía que todos los hombres y mujeres eran iguales frente a la ley, por lo que no era lógico que uno, por más que fuera gobernante, tuviera poderes extraordinarios.

Es por esto que la idea básica de la democracia es la igualdad en la representación. Todos somos iguales en lo que al espacio común se refiere, así que todos tenemos el mismo peso cuando se tratan los temas comunes.

Ahora todos comprenderán que una vez que las sociedades, gracias al comercio, van aumentando su tamaño, se vuelve cada vez más difícil tratar los temas comunes.

En la Antigua Grecia, ser hombre y mayor de dieciocho años eran los requisitos necesarios para participar de las asambleas. En ese ámbito se debatían los temas comunes y se decidía mediante la votación simple. Este sistema, denominado democracia directa, dio lugar a la democracia representativa a medida que las sociedades fueron incrementando su tamaño.

Hoy en día, no podemos asistir todos a una plaza y decidir si los impuestos tienen que subir o si el dinero que el gobierno gasta en publicidad debe ser eliminado. Es simplemente imposible. Por eso cada cuatro años —o cada dos- nos limitamos a delegar en otros la toma de este tipo de decisiones.

En las elecciones presidenciales, los argentinos votamos a quien encabezará el Poder Ejecutivo, mientras que en las legislativas, votamos a los miembros del Poder Legislativo.

Así, elegimos a quienes tomarán las decisiones sobre "lo común", "lo público", o lo político. De ahí que estas cuestiones queden bajo la órbita de estudio de las ciencias políticas.

Ahora bien: ¿cuán cierto es que estas decisiones son tomadas por las personas que los ciudadanos votan?

Muchos políticos, periodistas, analistas varios e incluso familiares o amigos cercanos no dudarían un segundo en afirmar que el presidente es "un títere" de los medios de comunicación, o simplemente la cara visible de poderosos y ocursos intereses... Otros seguramente estarán convencidos de que el poder político no es más que un apéndice del "poder económico", una suerte de combinación de empresas que toman el poder del gobierno para que éste legisle en su favor.

Como dijera Marx: "el Gobierno moderno no es sino un Comité administrativo de los negocios de la clase burguesa".

Qué es el círculo rojo

Hace poco en nuestro país comenzó a circular el rumor sobre la existencia de un "círculo rojo" de poder, que operaba tras las bambalinas del equipo que hoy encabeza la presidencia.

En el imaginario popular, ese círculo rojo es el poder detrás del poder. La verdadera maquinaria de intereses oscuros que usa a la querida y respetada democracia como un vehículo para consolidar sus intereses particulares...

El actual presidente Macri, en una oportunidad, afirmó que el círculo rojo era algo parecido a eso. Según el periodista Fabián Doman, Macri afirmó que el famoso círculo estaba compuesto por:

"...los que tomaban las decisiones: políticos, periodistas, jueces, empresarios, sindicalistas, economistas, pensadores etc.

En otras palabras el 'poder'"1

Luego el propio presidente diluyó un poco más el concepto, y lo asoció a ese grupo de personas que están muy informadas acerca de la realidad, que leen el diario todos los días, que tienen su espacio de influencia en los medios de comunicación... pero cuya visión está muy lejos de lo que quiere "la gente".

Con esto, el presidente sostenía que el círculo rojo es una "minoría sumamente politizada" sin mucho interés electoral. Pero poco antes le había dicho a Doman que esa minoría era "la que tomaba las decisiones".

Entonces: ¿en qué quedamos? ¿Se trata simplemente de un grupo que ejerce algo de influencia por sus opiniones altamente informadas? ¿O estamos hablando de personas con un poder real de decisión, que nunca fueron ni serán votadas por ningún ciudadano?

Para el ala más progresista de la opinión pública, el círculo rojo es Magnetto, Techint, o los grupos financieros de la supuesta oligarquía internacional.

Para nosotros, se trata de algo levemente diferente...

De círculo rojo al estado profundo

Como decíamos al principio, los argentinos elegimos 6 presidentes distintos en los últimos 34 años. Entre estos líderes las diferencias parecen evidentes y muy marcadas. Sin

¹ Fabián Doman: "¿Qué es el Círculo Rojo?". Minuto Uno. 2 de septiembre de 2013.

embargo, a veces queda la sensación de que nada ha cambiado después de tanto tiempo.

En estos últimos años fuimos de crisis en crisis... ensayando lo que, en apariencia, eran recetas diametralmente distintas.

¿Habrá sido así?

En un artículo reciente, Bill Bonner, fundador de Agora Inc., empresa de publicaciones financieras norteamericana, escribía que había que darle la bienvenida a una nueva oficina del gobierno: "el estado profundo". El estado profundo no figura en la constitución y opera por encima y por detrás del gobierno democrático.

Los argentinos votamos al kirchnerismo para combatir al menemismo. Sin embargo, luego de doce años, terminamos casi igual: crisis fiscal, devaluación, corrupción y pobreza.

¿Qué ocurrió? El estado profundo estuvo operando de la noche a la mañana.

Como explica Bonner, siempre hay integrantes de la sociedad que están listos para abusar, robar y poner en ridículo a los otros miembros de la sociedad. Para William Godwin, si el gobierno tenía aunque sea un poco de legitimidad, ésta se basaba en su rol para evitar que estas personas dañaran a los demás.

Sin embargo, con el tiempo las cosas comienzan a cambiar. Y si bien al principio el gobierno combatía estas plagas, luego terminó dándoles legitimidad. Autoridad. Respetabilidad.

² Bonner, Bill: "The Deep State is now in Charge". Bonner and Partners. Marzo de 2015.

En Estados Unidos, Eisenhower llamó a estos intereses ocultos "complejo militar-industrial". Con esta frase denunció a esa minoría que se beneficiaba con la desgracia de la mayoría. Ese pequeño círculo de poder que obtenía beneficios nada menos que de la guerra y del aumento del gasto militar indefinido.

Los empresarios industriales, proveedores de armamento para el ejército, eran directos beneficiarios de la carrera armamentística de la Guerra Fría. Mientras tanto, los conflictos bélicos en el extranjero se cobraban vidas, y dentro de los Estados Unidos, la deuda, los impuestos y la inflación destruían patrimonios.

Una caricatura de esta situación la pintó muy bien una reciente película, titulada Amigos de Armas (War Dogs, en inglés). La película, protagonizada por Jonah Hill, relata la historia real de Efraim Diveroli y David Packouz, dos jóvenes norteamericanos que amasan una fortuna vendiéndole todo tipo de productos al Pentágono. El sueño americano: ricos de la noche a la mañana, pero todo gracias al descontrolado gasto público.

El lector puede entender que cuando hay un presupuesto público de un lado, del otro aparecen los intereses creados, que solo buscan que ese presupuesto crezca más y más.

El estado profundo no se limita solamente al gasto en armamento y defensa. El gasto público a nivel mundial creció en todas las áreas, y esto estimuló a la pujante y gigantesca industria del lobby.

En su libro, "Un Capitalismo para la Gente", el profesor de la Universidad de Chicago, Luigi Zingales, explica esta situación:

"El primero y más obvio motivo para hacer lobby con el gobierno es la elevada recompensa que esto tiene. Cuanto más grande sea el gobierno, mayor será el pastel para repartirse y así, mayores serán los incentivos de las empresas para obtener una parte de ese pastel. En 1900, el gasto federal no destinado a la defensa representaba solamente el 1,8% del PBI, mientras que el gasto en defensa ascendía al 1%. En el año 2005, incluso antes de la reciente disparada del gasto producto de la Gran Recesión, el gasto público no destinado a defensa representó el 16% del PBI y el gasto en defensa el 4%. En el período de un siglo, la tajada del gobierno sobre la producción se multiplicó por 7.

El monto real que el gobierno gasta ha explotado mucho más. En 1900 solo gastaba USD 8.000 millones (en dólares de 2005) en otras cosas que no fueran defensa, mientras que en 2005 gastó USD 1,98 billones. Algo de este dinero se gastó en educación y salarios públicos, de manera que las empresas privadas no tuvieron mucho acceso a él. Pero hubo mucho por agarrar. De esos 1,98 billones, 900.000 millones fueron a crédito subsidiado, investigación, apoyo al marketing, y pagos en efectivo a empresas (actividades comúnmente conocidas como 'bienestar empresario')"

En nuestro país existió un proceso similar. Entre la sanción de la primera Constitución, en 1853, y el estallido de la Primera Guerra Mundial, el gasto público de la administración nacional se mantuvo en un promedio del 8,3% del PBI.

Sin embargo, las cifras para el sector público consolidado en 2016 cerraron en 40% del PBI. Es decir, el gasto del gobierno se multiplicó por 5.

Ahora no se trata solo del tamaño del gasto público. Como explicaba Milton Friedman, los números de gasto e impuestos en comparación con el PBI "exageran en ciertos aspectos la influencia del Estado y la subestiman en otros". A renglón seguido, el premio nobel de economía sostenía que la subestimaban porque "intervenciones del Estado que tienen efectos considerables sobre la economía pueden suponer un gasto insignificante". Estas intervenciones son principalmente diversas regulaciones, como las tarifas aduaneras, las leyes de salarios mínimos, los controles de precios, los registros para exportar o los permisos municipales.

Lo que tenemos que entender aquí es que cada regulación que introduce el gobierno beneficia a unos y perjudica a otros. Cuando el gobierno impone un precio máximo, a corto plazo está beneficiando al consumidor pero a costa del productor. Cuando impone un salario mínimo, beneficia al empleado pero a costa del empleador.

Advertidos sobre esta situación, la lógica respuesta de los grupos de interés es buscar cooptar a los gobernantes para que regulen en su favor. El lobby es la consecuencia natural del "estado grande" y es la esencia del estado profundo del que venimos hablando.

Los tres elementos del estado profundo

En nuestro país, el estado profundo está compuesto por tres actores principales: los empresarios que no quieren

competencia; los sindicatos que se oponen a la productividad; y los políticos que solo miran el corto plazo.

Estos son los tres grupos de poder que constituyen el verdadero círculo rojo. Como puede verse, el gobierno forma parte de este círculo, pero dentro del mismo también están los empresarios corporativistas y las agrupaciones gremiales, que sin ser votados por la gente, se arrogan la representación del pueblo.

Analicemos uno por uno.

Los empresarios que no quieren competencia

Adam Smith es mundialmente conocido por ser el padre de dos criaturas de importancia trascendental. En primer lugar, se lo conoce como "el padre de la economía". En segundo, como "el padre del liberalismo". Al defender al libre comercio frente al mercantilismo, y crear el concepto de la "mano invisible del mercado", Smith quedó en el imaginario popular como un furibundo liberal que desconocía cualquier tipo de falla del mercado, o cualquier tentación monopólica de los empresarios.

Nada más alejado de la realidad.

En su famosa obra, La Riqueza de las Naciones, ya afirmaba:

"...las personas de un mismo ramo rara vez llegan a reunirse, aunque sólo sea con fines de jolgorio y diversión, sin que la conversación termine en una conspiración contra el público, o en alguna maquinación para elevar los precios."

Es decir que incluso Smith, que confiaba y defendía las virtudes de la economía de mercado, sabía que los empresarios

no son simples ángeles que producen desinteresadamente en favor del pueblo.

Por supuesto, todos somos personas de carne y hueso y buscamos nuestros propios intereses. El tema es si el marco de normas vigente nos permite, o no, abusarnos de los demás. Si todo dependiera de la voluntad del empresario, probablemente buscaría vendernos un producto de pésima calidad a altísimo precio. Sin embargo, el mercado y la competencia no le permiten hacer esto.

Pongamos el ejemplo de un fabricante de autos. Para abaratar costos, el empresario compra las peores gomas de la ciudad, pinta el auto con témperas, y dentro del vehículo pone bancos de madera en lugar de las relativamente cómodas butacas que poseen los autos en la actualidad. Luego de fabricar su engendro, el astuto empresario sale al mercado e intenta vender su producto a USD 10.000.

Si se tratara del único vededor en el mercado, probablemente tanga algunos clientes. Pero como lo que gastó en producir semejante vehículo fue una cifra irrisoria, el resultado será que cosechará enormes beneficios. Estos benefcios son los que atraen a los nuevos competidores, que intentarán mejorar la calidad del vehículo y ofrecer menores precios.

El objetivo de todos es el mismo: maximizar sus ganancias vendiendo mayores cantidades de producto.

El resultado final es un beneficio para los consumidores, que pueden obtener más y mejores bienes a precios más bajos. De acuerdo al Departamento de Energía de Estados Unidos, hoy un auto nuevo es 24,3% más barato que en 1913. Los

"malvados empresarios", cuando se enfrentan a la competencia, terminan mejorando la calidad de vida de las masas consumidoras³.

Sin embargo, como ya advertía Smith, a los empresarios no les gusta competir. Después de todo, la competencia achica los márgenes de ganancias y los obliga a innovar y mejorar constantemente. La eficiencia manda.

Es por eso que encuentran todo tipo de pretextos y herramientas para evitar la competencia.

Los empresarios pueden juntarse y ponerse de acuerdo en precios, de manera de cobrar más por unidad de producto vendida. Cuando esto ocurre, se dice que se formó un oligopolio y que el precio está arriba del que prevalecería en una situación de competencia.

Sin embargo, en un contexto de mercado, esta actitud oligopólica estimula a nuevos competidores. Piénsese que cada vez que existe un beneficio en un mercado, esa es la señal para que otros jugadores se lancen a capturarlo. Esto puede ser mediante precios más bajos, o con una innovación.

Es por eso que los oligopolios no son estables. A la larga, siempre hay tentaciones (de afuera y de adentro), para que terminen rompiéndose y vuelva la competencia.

_

³ Departamento de Estados Unidos, en base a las siguientes fuentes: Raff, D.M.G. & Trajtenberg, M. (1995), "Quality-Adjusted Prices for the American Automobile Industry: 1906-1940," National Bureau of Economic Research, Inc.; Gordon, R.J. (1990), The Measurement of Durable Goods Prices, National Bureau of Economic Research, Inc.; and U.S. Department of Commerce, Bureau of Economic Analysis (2015), National Income and Product Accounts.

Con los monopolios sucede lo mismo. Se dice que existe un monopolio cuando solamente un productor ofrece en el mercado un bien determinado. ¿Pero cuánto puede durar esta situación? Si el producto ofrecido es bueno y el monopolista está obteniendo ganancias extraordinarias, la competencia no tardará en ingresar en el negocio. Si el producto ofrecido no tiene demanda, entonces el monopolio terminará desapareciendo.

Esto parece un mero ejercicio teórico, pero basta ver el mercado de los teléfonos celulares para ver cómo la competencia ha ido desapareciendo monopolios y posiciones dominantes. Es un mundo de innovación permanente, donde Samsung compite de igual a igual con Apple y donde gigantes como Blackberry pasan al ocaso si cometen errores.

Entonces, si las estrategias empresarias para destruir la competencia no tienen éxito en el largo plazo: ¿cómo pueden hacer para competir menos?

Es aquí donde aparece su amigo el estado.

Para Lord Coke, un monopolio es "el establecimiento u otorgamiento por parte del rey, mediante merced, concesión suya, o de otra manera [...] a cualquier persona o personas, cuerpos políticos o corporativos, para la exclusiva venta, compra, fabricación, elaboración o uso de alguna cosa, por medio de lo cual cierta persona o personas, cuerpos políticos o corporativos, resultan restringidos en cuanto a libertades que anteriormente tenían, o entorpecidos en su legítimo comercio".

En el siglo XVII se entendía mejor de qué se trataba un monopolio de lo que se entiende hoy. Es el gobierno, con sus

decisiones, el único que puede garantizar monopolios, oligopolios, o situaciones de poca competencia en un mercado. Y es ahí donde los empresarios aprovechan para avanzar en su agenda.

Una de las más comunes herramientas que usan los empresarios que no quieren competencia es el proteccionismo.

Con trabas a los productos que ingresan desde el exterior, la industria local enfrenta menos competencia, y eso permite que los precios sean más altos. Así, los empresarios ganan, pero a costa de los consumidores.

Una muestra reciente de los costos del proteccionismo fue provista por la Cámara Argentina de la Mediana Empresa. En un comunicado de prensa, que buscaba criticar la habilitación con restricciones del servicio "Puerta a Puerta" para compras al extranjero, divulgaron un cuadro comparativo de los precios de algunos productos cuando éstos venían fabricados de China y cuando éstos eran fabricados por la sagrada "industria nacional".

El cuadro, que puede verse en la página siguiente, es más que elocuente sobre el costo que implica restringir el comercio internacional.

Como se observa, incluso pagando aranceles del 50% sobre los precios de los productos importados, la indumentaria resulta hasta 67,3% más barata si su origen es China. Así, restringir el ingreso de esos productos al mercado local, está haciendo que los argentinos paguemos hasta 3 veces más por un "vestido casual" para favorecer a los empresarios textiles.

Cuadro 1.1. Precios de los bienes con y sin aranceles

Categoría	Producto	Origen	Precio	Impuesto	Precio Total	Descuento por compra PaP	Descuento con aranceles 0%
Indumentaria	Vestidos casuales	China	\$153	50%	\$229	-67,3%	-78,2%
Indumentaria	Vestidos casuales	Argentina	\$700	0%	\$700		
Indumentaria	Cardigan	China	\$306	50%	\$458	-61,8%	-74,5%
Indumentaria	Cardigan	Argentina	\$1.200	0%	\$1.200		-74,3%
Marroquinería	Carteras Mujer	China	\$306	50%	\$458	-61,8%	-74,5%
Marroquinería	Carteras Mujer	Argentina	\$1.200	0%	\$1.200		
Juguetes	Lego Ladrillos	China	\$306	50%	\$458	-61,8%	-74,5%
Juguetes	Lego Ladrillos	Argentina	\$1.200	0%	\$1.200		
Juguetes	Juegos de Cocina	China	\$458	50%	\$688	61 00/	-74,5%
Juguetes	Juegos de Cocina	Argentina	\$1.800	0%	\$1.800	-61,8%	
Iluminación	Plafón	China	\$153	50%	\$229	C1 00/	74.50/
Iluminación	Plafón	Argentina	\$600	0%	\$600	-61,8%	-74,5%
Indumentaria	Tapados	China	\$611	50%	\$917	20.00/	-59,3%
Indumentaria	Tapados	Argentina	\$1.500	0%	\$1.500	-38,9%	
Electrónica	Celulares	China	\$8.404	50%	\$12.606	-37,0%	-58,0%
Electrónica	Celulares	Argentina	\$20.000	0%	\$20.000		

Fuente: Elaboración propia en base a CAME (Comunicado de prensa 24/7/2016)

Aún con aranceles, lo mismo ocurre en la industria juguetera, en los productos de decoración para el hogar y en la electrónica. Allí, los precios son de dos a tres veces más altos que los de origen extranjero.

Ahora bien, si se redujeran los aranceles a cero, los productos importados serían todavía más baratos. Para el caso de la indumentaria, los consumidores argentinos podrían pagar hasta 78,2% menos de lo que se paga por un producto "Made in Argentina". Es decir, pagamos hasta 5 veces más.

El proteccionismo genera pobreza. Si pudiéramos comerciar libremente con el mundo, los ingresos reales de los consumidores nacionales crecerían. Al gastar menos en este tipo de bienes, tendríamos más ingreso disponible que

podríamos utilizar para gastar en otros bienes y servicios que nuestra economía produzca. Y en tiempos en que mucho se debate acerca del salario real de los trabajadores, ¿qué mejor política que incrementarlo mediante la posibilidad de comprar bienes y servicios con hasta el 78,2% de descuento?

Los costos del proteccionismo recaen especialmente sobre los más pobres. En definitiva, quien está más arriba en la pirámide de ingresos, puede hacer el esfuerzo de pagar de más por los productos que consume. Sin embargo, con escasos ingresos, éste no es un lujo que puedan darse los que menos tienen.

Desesperados por perder sus privilegios, cuando se enfrentan a esta cruda realidad, los empresarios que no quieren competencia amenazan a la opinión pública. Sostienen que si se abrieran las fronteras al comercio, entonces habría mayor desempleo y la gente sin trabajo no tendría plata para comprar nada, por lo que los aparentes beneficios del comercio internacional se desvanecerían.

Este razonamiento es totalmente contrario a los datos. En mi libro "Estrangulados" muestro que abundan los ejemplos de países extremadamente abiertos que gozan de un nivel de ocupación sustancialmente elevado. Hong Kong, la economía más abierta del mundo tenía, en 2015, 3,2% de desempleo. Singapur, 3,0%; Suiza, 4,5%; Austria, 5,0%. ¿Cómo hacen todos estos países para tener políticas totalmente aperturistas y niveles bajos de desocupación? ¿Son "bichos raros" o es que nuestros empresarios proteccionistas nos están embaucando?

Otro dato que reflejo, además de mostrar que no hay relación alguna entre apertura comercial y desempleo, es que sí se verifica una relación directa entre países abiertos y riqueza per cápita.

Los países que analicé son los 43 de mayor apertura comercial según el Índice de la Fundación Heritage. Si bien existe una variedad entre ellos, el promedio de su PBI per cápita es de USD 41.000, ajustado por el poder de compra. Ahora si uno tomara el promedio del PBI per cápita de los últimos 43 países de la lista elaborada por Heritage, se encontraría con que éste es de solamente USD 7.700.

Es decir, los países más abiertos son 5,3 veces más ricos que los países menos abiertos. O sea, el libre comercio no genera desempleo, pero es un enorme creador de riqueza.

El argumento de los proteccionistas falla porque las ganancias de los precios más baratos obtenidos gracias al comercio son mayores que las pérdidas que sufren las empresas que no pueden competir.

Cuando un ciudadano se ahorra el 80% del valor en una compra, tiene un monto disponible que puede ahorrar, gastar en un nuevo producto, o bien invertir en su propio negocio. Todas estas acciones son un estímulo para la economía.

Recientemente, la empresa nacional que fabricaba (en realidad, ensamblaba) las computadoras personales de marca Banghó, decidió cerrar sus puertas frente a la nueva disposición del gobierno que consistió en bajar el arancel a la importación para ese producto específico a 0%.

El hecho fue trascendental. Es ni siquiera había comenzado a regir la política de arancel cero que la empresa había decidido cerrar sus puertas y dejar en la calle a 200 empleados. Es decir, estaban confesando a cuatro vientos que, por todos estos años de protección, nos habían estado vendiendo productos de mala calidad a precios altos.

Esto no es un juicio técnico sobre la computadora Banghó, sino económico. Si una combinación calidad-precio determinada no puede subsistir en el mercado, no importa qué digan los expertos de las computadoras. Lo que el mercado está diciendo es que ese producto, o es demasiado caro, o tiene muy poca calidad, en comparación con la competencia.

Si se tratara de un mejor mix calidad-precio, sin duda habría subsistido y triunfado en la competencia. No fue el caso.

Por supuesto, muchos criticaron a la empresa, y al gobierno, porque la decisión había dejado empleados sin trabajo. Los fanáticos del proteccionismo pusieron el grito en el cielo, pero nuevamente se equivocaron.

Es que se concentraron en el resultado más evidente e inmediato de la libre competencia: el cierre de una empresa ineficiente y el consecuente despido de personal. Lo que olvidaron ver es que la mayor productividad derivada de precios más bajos y mejor calidad de productos, estaba en el mismo momento generando puestos de trabajos en otros sectores de la economía. El sector manufacturero industrial recibió un golpe, pero se vieron beneficiados el sector de la logística, el comercio minorista, la educación, y todas las empresas de servicios que usan a las notebooks como insumo básico de producción.

Sería muy mezquino frenar todos esos beneficios sociales solo por proteger a una industria o empresa particular.... Pero sabemos que eso es lo que quieren los empresarios que no quieren la competencia.

Ahora como acabamos de ver, para un sector en particular, el gobierno decidió eliminar esa traba a la importación que era un arancel del 35%. Sin embargo, para el resto de la economía dejó todo prácticamente sin cambios.

¿Por qué? ¿No bajó el arancel a notebooks por el beneficio que tendría? ¿Si así lo hizo, por qué no extiende la medida a todos los sectores de la economía, esperando los mismos resultados positivos?

Es que el estado profundo no se lo permite.

Pude hablar de manera informal con personas allegadas al gobierno y funcionarios sobre este tema en particular. La respuesta fue que el sector de las notebook era muy pequeño, y que apenas empleaba a entre 1.000 y 2.000 personas. Es decir, si bien iba a recibir críticas, no serían de importancia.

Sin embargo, otros sectores protegidos, como el textil o el de los electrodomésticos, o el de los automóviles, emplean a cerca de 500.000 personas, por lo que las cámaras empresarias de estos sectores tienen mucho más poder de negociación a la hora de decidir cosas que afecten su competencia.

Ahora bien, la última vez que miré, los argentinos éramos 40 millones y habíamos votado a un presidente. Es decir, no votamos a las cámaras empresarias que quieren el proteccionismo, ni los 40 millones tenemos que sostener el

empleo de 500.000 personas solo porque las cámaras empresariales tienen amplio poder de presión.

El círculo rojo de empresarios proteccionistas se hace sentir, y el gobierno de Macri, que muchos quieren instalar que es ultraliberal, decidió imponer cupos a la importación de calzado⁴, frenar la importación de guitarras criollas⁵, y evitarles la competencia con "Licencias no Automáticas" al 20% de la industria local⁶. Evidentemente, todo lo contrario a la libertad de mercado y a favor de los grupos concentrados de la industria local.

En relación a esto último, un breve comentario acerca del doble discursos de algunos dirigentes. En un debate en el que participé hace un tiempo, un dirigente del Frente Renovador sostenía que los precios subían porque "la lógica del sector privado argentino es que si hay pocos consumidores vamos a subir los precios para sacar la mayor ganancia". Lo curioso es que, al mismo tiempo que critica al "sector privado argentino", también lo defiende cuando alguien quiere imponerle a ese sector, un poco más de competencia con apertura comercial.

Lo peor de todo es que si pasa lo que el dirigente sostiene, es solo porque el sector enfrenta poca competencia y puede subir los precios sin perder clientes... Si quisiera ser coherente, debería pedir mayor comercio, no más proteccionismo.

4 "El Gobierno contiene a sectores sensibles con cupos de importación". Diario El Cronista. 28 de octubre de 2016.

^{5 &}quot;El Gobierno frenará la importación de guitarras". Diario La Voz. 2 de septiembre de 2016.

⁶ El Gobierno protegerá a casi 20% de la industria con el nuevo sistema de control de comercio. Diario El Cronista. 24 de diciembre de 2015.

Los sindicatos que se oponen a la productividad

Los sindicatos pueden cumplir un rol muy importante en el mercado, pero también pueden terminar siendo un impedimento para el desarrollo y el crecimiento de los países.

El rol importante consiste en facilitar las negociaciones salariales entre las empresas y sus empleados. En una empresa pequeña, donde trabajan el dueño y 4 o 5 empleados, esto puede no ser necesario. Sin embargo, en la medida que crece el tamaño del emprendimiento, y la cantidad de empleados empieza a ser mayor, se vuelve necesaria la figura del mediador, representante, o delegado.

Sin embargo, hay una faceta no tan deseable. Veamos lo que sostiene el periodista especializado Ricardo Carpena⁷:

"En Argentina han cambiado los partidos, la dirigencia empresarial, las fuerzas armadas, hasta la Iglesia. Pero los sindicatos siguen en manos de los mismos hace 30 años. ¿Cómo lo logran? Porque son funcionales al poder. Hasta los militares pactaron con ellos. Siempre existió la sensación de que sin los sindicalistas no se puede gobernar Argentina. Todos siguen la máxima instalada por Augusto Timoteo Vandor, líder de los metalúrgicos en los 60: 'golpear para negociar'. No para cambiar el mundo ni hacer la revolución. Para negociar"

No creo que haya una definición más exacta del estado profundo que la ofrecida por este periodista sobre los sindicatos. Organizaciones comandadas por las mismas

⁷ "Los sindicatos, la monarquía paralela argentina". Diario El País. 22 de agosto de 2016.

personas hace 30 años, y sin las cuales no se puede gobernar el país. ¿Pero cómo, no vivíamos en democracia?

Los sindicatos son verdaderas organizaciones de dinero y poder en nuestro país. Gracias a la administración de las obras sociales que proveen servicios de salud, administran cajas multimillonarias con el dinero que el gobierno toma de los trabajadores y les dirige directamente a las agrupaciones gremiales.

Además, sus negociaciones salariales pueden convertirse en un verdadero calvario para todos los habitantes de la ciudad de Buenos Aires. Si los salarios ofrecidos no son de su agrado, convocarán a un paro general, trastornando por completo el tránsito de la ciudad más poblada del país. Si el descontento es mayor, entonces cortarán calles, o bloquearán la salida de los camiones de las empresas con las que estén "negociando".

En cualquier ciudad grande del país hemos sido testigos del poder de los sindicatos. Es una muestra de que en nuestra democracia, "lo público" no solo lo deciden quienes votamos en los comicios abiertos, sino grupos de presión claramente establecidos, que poco se preocupan por el bienestar general.

Dos ejemplos bastarán para entender hasta qué punto llega el deseo de estas organizaciones por defender sus intereses particulares sin importarles el daño sobre el conjunto.

Recientemente, el Banco Central de la República Argentina quería permitirles a los bancos decidir libremente si enviaban por correo de papel o vía "e-mail" los resúmenes de cuenta. Sin embargo, el sindicato de camioneros frenó la medida. Con el argumento de que la elección del email dejaría a los

transportistas sin empleo, los sindicalistas bloquearon los ingresos al Banco Central. Finalmente, Federico Sturzenegger, presidente de la entidad, decidió dar marcha atrás con la medida⁸.

Otro caso emblemático se dio también recientemente en la línea C de subtes. En dicha línea la empresa Metrovías había decidido hacer unas reformas en una de las estaciones de cabecera, de manera de ofrecer un mejor servicio a los pasajeros. El tema fue que las reformas se hicieron en la zona de los vestuarios de los empleados, por lo que dichos vestuarios se tuvieron que sustituir momentáneamente por baños químicos, por supuesto, más incómodos.

Ahora frente a esta situación, en lugar de consensuar una salida o tolerar el mal rato transitorio, los "metrodelegados" (agrupación sindical de los empleados del subte), decidieron hacer un paro y cortar el servicio del tranvía subterráneo por 24 horas. Los sindicatos que se oponen a la productividad, también se oponen a las mejoras de servicio para los clientes⁹.

Uno de los economistas a nivel global que se dedicó a estudiar a los sindicatos durante la década del '80 fue Friedrich A. Hayek. El austriaco de nacimiento sostenía que si bien él no se oponía a que hubiera asociaciones que representaran a los trabajadores, sí le molestaba que estos grupos estuvieran, de alguna manera, operando por encima de la ley e imponiendo su voluntad a terceras personas.

⁸ El Banco Central volvió a ceder a las presiones de Camioneros y atrasa la modernización. Infobae. 15 de febrero de 2016

⁹ Insólito paro en el subte: una discusión por los baños dejó sin servicio a la Línea C durante 22 horas. Diario Clarín. 5 de enero de 2017.

En un párrafo que parecería describir la realidad nacional, Hayek sostenía:

"Dado que la huelga ha sido aceptada como un arma legítima de los sindicatos, se ha llegado a creer que se les debe permitir hacer lo que sea que les parezca necesario para conseguir una huelga exitosa. En general, la legalización de los sindicatos ha llegado a significar que cualquier método que consideran indispensable para sus propósitos también debe considerarse legal" 10

En Inglaterra, por ejemplo, una ley de 1906 blindaba a los sindicatos contra la persecución judicial por coerción y violencia. Como uno puede suponer, esto simplemente llevó a mayor violencia y coerción ejercida por los sindicatos. Esto es algo que cambió cuando Margaret Thatcher asumió la presidencia.

En nuestro país la violencia y la coacción sindical están a la orden del día. Si no se hace lo que quieren, entonces pueden suspender las actividades comerciales, bloquear ingresos y salidas, o cortar calles y avenidas públicas.

El poder intimidatorio de los sindicatos persigue un objetivo principal: aumentar el salario por encima de aquél que prevalecería en un mercado libre. Pero cuando esto se consigue gracias al poder de coerción, entonces las consecuencias indeseadas aparecen.

El primer efecto de la distorsión en los salarios que pueden generar los sindicatos es el desempleo. Al director de un gremio y a sus miembros no les interesa si, producto de sus

¹⁰ Citado en Baird, Charles W.: "Hayek on Labour Unions".

exigencias, otros individuos se quedan sin trabajo. Su único interés es recibir más dinero por el esfuerzo que realizan, de la misma forma que los empresarios prebendarios solo quieren incrementar sus ganancias.

El problema es que cuando los sindicatos logran imponer salarios mayores a la productividad, algunas empresas deben cerrar sus puertas, o achicar costos en otro lado, o bien frenar la contratación de nuevos empleados.

Imaginemos la siguiente situación. Una empresa de tazas de cerámica tiene dos empleados. Juan produce cinco tazas por hora, mientras que Pedro solo produce 4 tazas. Si cada taza tiene un valor de mercado de \$1, entonces la productividad de Juan será de \$5 por hora, mientras que la de Pedro será de \$4. En este escenario, el empresario dueño de la fábrica podría pagar a cada uno salarios distintos. Para ganar dinero, asumamos que le paga \$4,5 a Juan y \$3,5 a Pedro, de manera que por cada hora de trabajo de sus empleados (e ignorando otros costos), se lleva a su bolsillo \$0,5.

Ahora supongamos que el sindicato de trabajadores de la cerámica llegó a un acuerdo con los capitostes de la industria y decidieron que el salario mínimo no podrá ser inferior a \$ 4 por hora de trabajo. En un primer momento, Pedro puede estar contento. Antes le pagaban \$ 3,5 y ahora el sindicato sostiene que deberán pagarle \$ 4. Sin embargo, si la empresa comienza a pagar ese salario, pasará de recibir una ganancia de \$ 0,5 por hora de trabajo a sufrir una pérdida de la misma magnitud.

En este escenario, a más horas de trabajo de Pedro, mayor es la pérdida de la empresa. Es lógico, entonces, esperar que la empresa decida echar a Pedro, para evitar seguir perdiendo.

Finalmente, por intentar que Pedro gane más dinero, se terminó reduciendo su salario a cero.

Los salarios mínimos impuestos por el poder sindical en conjunto con el político son tan nocivos como los precios máximos. Es que cuando un salario se fija por encima de su nivel de mercado, o sea, por encima de la productividad, el resultado es que muchos son los que salen a buscar ese empleo por ese salario, pero muchos menos son los que están en posición de pagarlo. El resultado inevitable es el desempleo. Y en economías en vías de desarrollo como la Argentina, la informalidad laboral.

Lo que sucede en Estados Unidos y Europa en este sentido es más que aleccionador. Es que un punto en el que difieren estas dos grandes potencias económicas es en su mercado laboral.

En su manual de macroeconomía, los profesores Sachs y Larraín explican:

"Estados Unidos se caracteriza por un mercado laboral altamente dinámico y competitivo. La cobertura sindical es baja y la diferencia entre los trabajadores 'internos' y 'externos' es relativamente pequeña. Además, las compensaciones por desempleo son modestas y de corta duración. La tasa del impuesto sobre la renta laboral es relativamente baja y prácticamente no existen sistemas de protección del empleo.

Europa difiere de los Estados Unidos en todos los aspectos mencionados. En Europa existen fuertes diferencias entre los trabajadores 'internos' y 'externos', lo que impide a los

salarios ajustarse para equilibrar la oferta y la demanda laborales. El resultado es un desempleo alto y crónico".

Parece una paradoja, pero allí donde existen menos "protecciones del empleo", hay menos desempleo.

Otra de las consecuencias negativas del poder sindical es que cuando fijan salarios que nada tienen que ver con la productividad, terminan distorsionando todo el sistema económico. Fue Hayek el que destacó la importancia que tenía el sistema de precios libres en el funcionamiento de la economía de mercado. Para él, los precios de los bienes reflejan su escasez relativa, y funcionan como señales para que los productores vayan a solucionar esas escaseces.

Por ejemplo, si el día de mañana sube 30% el precio del petróleo, ahí habrá aparecido la señal de que el petróleo se volvió más escaso. Ahora este precio más alto para permite realizar mayores inversiones para extraer más petróleo. De repente, se volvió más rentable descubrir petróleo, por lo que habrá mayor producción luego del aumento de su precio.

Ahora como los precios reflejan la oferta y la demanda de los consumidores, la mayor producción que sigue a un aumento de precios es "eficiente" en un sentido económico. Es el aparato de producción adaptándose a las cambiantes necesidades de los consumidores.

En el mercado laboral sucede lo mismo. La estructura de los salarios envía señales a los futuros trabajadores acerca de en qué especialidades profundizar. Tomemos el caso de los estudiantes universitarios: si un ingeniero gana un salario de mercado que es 50% superior al de un sociólogo, ahí habrá un

poderoso incentivo para que más estudiantes elijan la carrera de ingeniería por sobre la de sociología. Y será deseable en términos sociales que eso suceda, puesto que el sistema de precios está indicando que la sociedad necesita más ingenieros.

Este proceso se ve evidentemente truncado cuando los precios y los salarios se fijan de acuerdo a parámetros que nada tienen que ver con las verdaderas escaseces de la economía. Si un salario está "excesivamente elevado" por la acción sindical, eso enviará la señal de que se necesitan muchos empleos de ese tipo, distorsionándose todas las decisiones económicas de los agentes. Pero además, como los empresarios tendrán que gastar más dinero en pagar esos salarios, terminarán recortando gastos en otros bienes, reduciendo la rentabilidad y los salarios en otros sectores de la economía. Cuanto más extendida esté la fijación arbitraria de salarios, mayor será la distorsión, y peor funcionará la economía.

Una última consecuencia indeseable de los sindicatos que se oponen a la productividad es la inflación.

Ojo. No debe entenderse mal. A menudo, en los medios se escucha a muchos analistas sostener que porque suben los salarios, suben los costos de las empresas, y ese costo se traslada al consumidor en la forma de precios más altos o inflación.

Nada de esto es cierto. De hecho, si esta teoría fuera válida, no existirían las quiebras empresariales. Todo aumento de costos (salariales, tarifarios, de materias primas, etc.), sería inmediatamente trasladado a los consumidores, que pagarían precios más altos y la rentabilidad no se vería afectada.

Incluso más, ¿para qué esperarían los empresarios el aumento del costo para subirle el precio al consumidor? Si éste siempre respondiera pagando más, ¿por qué no aumentar los precios antes de que suban los costos?

Evidentemente, así no funciona el mundo.

Es que en realidad los precios los decide el consumidor. Son las preferencias y el ingreso de los consumidores los que definen la demanda de los bienes, y es esa demanda la que determina los precios. En función de esos precios, es que el empresario analiza si su inversión será justificada. Si el precio que los consumidores están dispuestos a pagar por un producto es \$ 100, entonces un empresario que quiera ganar \$ 20 con la producción, podrá incurrir en costos de hasta \$ 80, no más.

Son los precios los que definen los costos, no al revés.

Aclarado este punto, es cierto que los sindicatos pueden tener algún efecto en la inflación, pero siempre debe mediar la intervención del Banco Central. Recordemos que la inflación es un fenómeno monetario que aparece cuando la autoridad encargada de emitir moneda, emite una cantidad excesiva respecto de su demanda.

¿Ahora cuál es la relación entre los sindicatos, el Banco Central y la inflación?

Como veníamos diciendo, los gremios pueden buscar imponer salarios divorciados de la productividad y en un nivel excesivo respecto del mercado. Este accionar deteriora la rentabilidad empresaria, y lleva al desempleo y a la recesión. En este escenario, es probable que el Banco Central decida acudir al

rescate de la economía, imprimiendo billetes y generando la consecuente inflación. Con mayor inflación, el negativo efecto del desempleo no se verifica, pero tampoco se termina observando el aumento de salarios en términos reales. Los salarios suben, pero también lo hacen los precios y, finalmente, el poder adquisitivo del salario permanece sin cambios.

Obviamente, la palabra final la tendrá el Banco Central, pero la situación no es tan sencilla. Para ver la complejidad podemos suponer un juego de estrategias en donde, por un lado, están los sindicatos, por el otro el Banco Central y como resultado, los efectos sobre la tasa de inflación y desempleo.

Cuadro 1.2. Sindicatos, Banco Central e Inflación.

		Banco Central		
		Política Monetaria Blanda	Política Monetaria Dura	
Sindicatos –	Salarios "altos"	Bajo Desempleo Alta inflación	Desempleo Alto Baja inflación	
Sinuicatos –	Salarios " bajos"	os Bajo Desempleo	Bajo Desempleo Baja inflación	

Fuente: Elaboración propia en base a J. Milei

Lo que vemos es el juego que se da entre los sindicatos y el Banco Central. Si los sindicatos exigen un aumento de salarios "demasiado elevado", entonces el Banco Central tiene la opción de encarar una política monetaria blanda, que infle la moneda y evite el desempleo, o una más dura, que privilegie el control de la inflación.

Si toma la primera decisión, entonces el desempleo se mantendrá bajo, pero subirá la inflación. Si mantiene una política monetaria dura, la inflación quedará bajo control, pero habrá desempleo¹¹.

En este juego, lo idea es que los sindicatos pidan salarios acordes a la productividad del trabajo, y que el Banco Central controle la inflación. En ese escenario, el desempleo es bajo y la inflación también. Obviamente, como podemos comprobar mirando nuestra historia reciente, no es esto lo que suele suceder.

Gracias, en parte, a la presión de los sindicatos, en nuestro país las regulaciones e impuestos están a la orden del día. La ley de contrato de trabajo tiene 277 artículos y cerca de 26.000 palabras donde se regulan temas como la indemnización por despido, las vacaciones, el salario mínimo, o el mínimo de días de preaviso cuando se desea finalizar una relación laboral.

Pero además hay otro tema. Para sostener las famosas "conquistas sociales", la carga tributaria sobre el empleo es sideral. De un salario bruto de \$ 10.000, \$ 4.000 son tomados por el estado para financiar el gasto previsional, las obras sociales y otros conceptos asociados a la seguridad social. Eso explica que de \$ 10.000 brutos, solo \$ 8.300 lleguen al bolsillo del trabajador pero \$ 12.300 salgan de la caja de la empresa.

El problema es que estas trabas terminan desestimulando la contratación. Como decíamos más arriba, salarios mínimos demasiado elevados, o fuertes regulaciones laborales terminan generando desempleo, ya que el costo de contratar es

_

¹¹ Una versión de este análisis puede encontrarse en "Un límite al malestar social". Javier Milei, Infobae. 5 de febrero de 2016.

demasiado alto. En nuestro país y otros del mundo en vías de desarrollo, lo que sucede es que las empresas y los empleados se vuelcan al mercado negro.

En Argentina, de acuerdo al Ministerio de Trabajo, el sector informal abarca nada menos que al 34% de los trabajadores. Y es por eso que en el gobierno están barajando la idea de reducir la carga tributaria sobre el empleo y también flexibilizar el mercado laboral.

Obviamente, esto último nadie lo quiere decir. De acuerdo con el libreto políticamente correcto, la flexibilización es lo peor que puede pasarles a los trabajadores, porque los empresarios los comenzarían a "explotar".

Este argumento es falso. En primer lugar, porque, como decíamos, si las regulaciones son excesivas, aparecerá el mercado negro, donde el estado pierde todo el control sobre lo que allí sucede. En segundo lugar, porque un mercado laboral más libre no solo es bueno para las empresas, sino para todos los que quieran obtener un empleo.

Una institución que mide la libertad de los mercados laborales en el mundo es la Fundación Heritage de los Estados Unidos. Para evaluar los mercados de trabajo, Heritage toma en consideración la existencia y el monto del salario mínimo, la rigidez en las horas de trabajo, la dificultad para despedir empleados, el monto de las indemnizaciones que se imponen a las empresas, el preaviso y las trabas para contratar.

Si los obstáculos son altos, dirán que el mercado es poco libre, mientras que de haber pocas trabas, estaremos en un mercado flexible. Los cinco países de más de un millón de habitantes que mejor se ubican en este índice son Estados Unidos, Singapur, Hong Kong, Dinamarca y Nueva Zelanda. Entre ellos, en Estados Unidos y Dinamarca el despido es libre, por lo que las empresas no deben indemnizar al empleado si deciden no continuar empleándolo.

Uno podría pensar que con tanta libertad, muy mal les está yendo a los trabajadores de esos países. Sin embargo, estamos frente a los salarios más elevados del planeta.

Cuadro 1.3. Libertad laboral, salario y desempleo.

Ránking de Libertad Laboral Heritage.org	País	Desempleo	Salario Promedio en USD de 2015
1	Estados Unidos	6,2%	58.700
2	Singapur	3,0%	38.800
3	Hong Kong	3,2%	23.900
4	Dinamarca	6,6%	63.700
5	Nueva Zelanda	5,6%	43.100

Fuente: Elaboración propia en base a Heritage.org, Banco Mundial, OCDE y Trading Economics

En promedio, un danés tiene un salario anual de USD 63.700; un norteamericano ingresa USD 58.700; un neozelandés USD 43.100, mientras que en Singapur los trabajadores ingresan USD 38.800 y en Hong Kong USD 23.900.

Por si esto fuera poco, las tasas de desempleo también son muy bajas. Y, no casualmente, muy inferiores a las existentes en Argentina.

Claro que no todo pasa por la rigidez o flexibilidad del mercado laboral. El país que sigue en este ránking es Namibia, cuyo desempleo supera el 18% y cuyo PBI per cápita es de USD 4.500. Obviamente, a la libertad del mercado laboral hay que acompañarla con una democracia republicana, paz y respeto por los derechos de propiedad, entre otras cosas.

Sin embargo, dado que muchas de esas cosas sí tiene nuestro país, no es un mal momento para pensar en tener un mercado laboral más libre. Pero eso implicaría disminuir el poder de los sindicatos, y enfrentarse finalmente al estado profundo, algo que no parece estar en las prioridades de nuestros políticos.

Los políticos que solo miran el corto plazo

El tercer elemento fundamental del estado profundo es la política. El gobierno es quien tiene el monopolio de la fuerza en un país y, nos guste o no, es en él en donde recae la decisión final sobre la administración de lo común.

Como contaba más arriba, existen fuerzas poderosas detrás y grupos de poder que tienen una influencia decisiva en los actos gubernativos... pero es en los políticos en donde recae la decisión y la responsabilidad última por las medidas que toman. Así, son ellos los principales responsables de que nada cambie en la historia de la economía y la sociedad argentina.

A menudo escuchamos que si los políticos fuesen más patriotas, no tendríamos tantas crisis. Escuchamos también que

si se preocuparan más por el bien común y no tanto por su beneficio personal, estaríamos en el primer mundo...

Este reclamo no es exclusivamente argentino. De hecho, ni siquiera es parte de la opinión de personas desinformadas que no conocen el verdadero mundo de la política

Por muchos años, los economistas más destacados asumían que el gobierno era un cuerpo de organización política poblado de individuos cuyo único objetivo era "maximizar el bienestar social". Así, las personas que estábamos fuera de la política podíamos ser seres egoístas, que perseguíamos nuestro propio beneficio, pero cuando se analizaba a un funcionario del sector público, se asumía sin más que el objetivo primero de este individuo era alcanzar el bien común.

Es por ello que se le dio a los gobernantes un importante espacio para intervenir en la vida económica de la sociedad. El gobierno tenía que producir bienes públicos, arreglas las fallas del mercado, mejorar la desigualdad, sacar a la gente de la pobreza, y ser el pionero de la investigación y el desarrollo.

A mediados del siglo XX, sin embargo, esta teoría fue perdiendo sustento. El premio nobel de economía a James Buchanan, en 1986, fue el reconocimiento de lo mucho que el autor hizo por avanzar en los estudios de la escuela de la "Elección Pública". Esta corriente de pensamiento sostenía que los políticos también tenían intereses egoístas, que no siempre perseguían el bien común y que había que comprender que también existían fallas del estado.

En su discurso de premiación, Buchanan dijo que había sido profundamente influido por Knut Wicksell, cuyo mensaje era sencillo y claro¹²:

"Que los economistas deben dejar de asesorar sobre políticas públicas como si éstas fueran a ser implementadas por un déspota benevolente y, en su lugar, comenzar a analizar la estructura dentro de la cual se toman las decisiones"

Para Buchanan, no era correcto suponer que los políticos eran personas especiales que decidían en función del bien común. En realidad, a los gobernantes les interesa el bien común igual que a los gobernados: ni mucho más, ni mucho menos.

Otro hallazgo de la escuela de la elección pública fue el de aplicar el análisis económico individual a los integrantes de la política. La novedad radicó en descubrir que los políticos tenían sus intereses personales y que buscaban maximizar su utilidad, igual que las personas que compran en el supermercado.

Esto puede no sorprender al lector, que lo ve todos los días al leer dos páginas del diario o mirar 15 minutos el noticiero. Sin embargo, fue una verdadera revolución para los estudiosos de la economía y la política de su tiempo.

Ahora así como la maximización en el mercado se manifiesta como una mayor cantidad de bienes y servicios que satisfacen necesidades, en el contexto político lo que se busca maximizar es el poder, los votos y el presupuesto.

-

¹² Buchanan, James: "The Constitution of Economic Policy". Lecture to the memory of Alfred Nobel, December 8, 1986.

¿Alguna vez vio un funcionario público, secretario o ministro decir que iba a cerrar la oficina que tiene a su cargo porque ésta representa un despilfarro de recursos?

Exacto, jamás. He ahí la muestra de que la corporación política funciona como un grupo de interés más, cuyo objetivo es incrementar todo lo que de ella dependa.

Otra característica de la toma de decisiones en la política es su excesiva preocupación por el corto plazo. Hayek decía que los políticos, "haciendo honor a una máxima keynesiana modificada, en el largo plazo están fuera de la oficina", por lo que solo les preocupa maximizar los votos en el menor tiempo posible.

Así, lo más normal es que se vuelquen hacia una batería de estrategias populistas de corto plazo. Que le prometan a la gente la felicidad eterna, que lancen planes de cuidado de la salud, festivales gratuitos, créditos baratos para comprar autos y casas, controles de precios y un sinfín de etcéteras.

La cantante Cindy Lauper sostenía en la década de los '80 que "las chicas solo quieren divertirse". Bien, los políticos solo quieren reelegirse.

Con esta máxima como guía de la política, es normal que el gasto público haya crecido en todos los países en el mundo a lo largo de la historia.

Prometer la felicidad eterna a la gente con subsidios, planes de pensión, jubilaciones estatales, salud pública, educación gratuita, y crédito público artificialmente barato tiene un costo, y es el estado el que tiene que aumentar su gasto para solventar todas estas promesas.

Cuadro 1.4 Gasto público en % del PBI

Año	Francia	Alemania	Japón	Holanda	EE.UU:	Italia	Reino Unido
1938	21,8%	42,4%	30,3%	21,7%	18,5%	29,2%	28,8%
1950	27,6%	30,4%	19,8%	26,8%	22,5%	30,3%	34,2%
1965	38,4%	36,6%	19%	38,7%	27,4%	37,8%	36,1%
1998	54,3%	46,9%	36,9%	47,2%	32,5%	49,1%	40,2%
2016	56,5%	44,5%	38,8%	44,7%	35,5%	49,7%	39,5%

Fuente: Elaboración propia en base a Sachs & Larrain y FMI

Es por este motivo que el gasto público en los últimos 80 años se disparó incluso en los países más importantes. Como se observa, el problema no es solo argentino.

Tal vez la característica puramente autóctona sea que este crecimiento se dio con fuerza en los últimos 13 años.

De acuerdo con los datos del FMI, en el año 2002 el gasto público consolidado en Argentina ascendía al 22,6% del PBI. En 2015, ese guarismo se disparó al 40,6%. O sea, lo que a Holanda le tomó aproximadamente 80 años, en la Argentina del kirchnerismo tuvo lugar solo en 13. Para el Récord Guinness.

El aumento del gasto público tiene efectos de corto plazo que pueden hacer que los políticos ganen las elecciones. En el corto plazo, el gasto crea empleo en los sectores que el gobierno promueve, generándoles ingresos a los beneficiados. Además, si el gasto es un "gasto social", de la noche a la mañana hay personas que ven aumentada la cantidad de dinero que tienen en sus billeteras. Todo este boom de demanda genera una sensación de falsa prosperidad, que hace que los beneficiarios directos e indirectos terminen votando al presidente de turno.

Sin identificar las consecuencias de largo plazo de la medida, los votantes se abalanzan para elegir a quien creen que les produjo el bienestar económico.

Pero esto es solo de corto plazo. Con el correr del tiempo, la economía empieza a sentir las consecuencias. Es que el gobierno no gasta el dinero con un criterio de eficiencia sino con un criterio electoral. Esto hace que se estimulen sectores que, en otras circunstancias, no se verían estimulados, lo que distorsiona la asignación de recursos.

Si la sociedad exige menos obras de teatro y más computadoras, un aumento del gasto público destinado a subsidiar obras de teatro hará que los recursos fluyan hacia la producción artística y que queden menos recursos disponibles para fabricar computadoras. A largo plazo, esta mala asignación de recursos termina generando menor crecimiento y mayores niveles de pobreza.

Otro efecto que tiene el incremento del gasto público demagógico es que, a la corta o a la larga, el gasto debe pagarse. Y como todos sabemos, la forma más tradicional de pagar el gasto público es cobrando impuestos.

O sea, finalmente, el aumento del gasto público es equivalente al aumento en la presión tributaria. Es decir, cada vez nos sacan más plata en la forma de impuestos...

¿Cómo deja esto al fantástico boom económico que generó el aumento del gasto? Si el aumento del gasto se paga con una suba de los impuestos, entonces no hay ningún efecto. Lo que Juan tiene de más para gastar porque es contratado para hacer obra pública, lo tiene de menos Pedro, que es a quien le cobraron más impuestos para financiar la obra. Lo que crece la demanda por un lado, cae por el otro, así que no pasa nada con el consumo y la inversión.

Ahora pensemos en este tema desde el punto de vista de un político que lo único que quiere es ganar votos. Si sube el gasto, sabe que los que reciban esos pesos gubernamentales van a estar más contentos y probablemente lo terminen votando. Sin embargo, si para financiar ese gasto cobró impuestos, los votos que generó por un lado los perderá por el otro.

Así que los gobiernos quieren recibir el beneficio político del gasto público pero sin enfrentar el costo político de los nuevos impuestos.

¿Cómo cuadrar este círculo? Keynes mediante, acudiendo al gasto deficitario.

John Maynard Keynes fue el economista más famoso del siglo XX. Su fama se deriva principalmente de haber prescripto políticas gubernamentales activas para sacar a Estados Unidos de la Gran Depresión de los años '30. Dejando a un lado la discusión de si fueron sus recetas las que reactivaron la

economía americana, o si fue a pesar de ellas que se produjo la reactivación, lo importante es que la propuesta insignia de Keynes y sus seguidores era incurrir en gasto público deficitario. En castellano: gastar más de lo que se ingresa.

En su momento, que los gobiernos gastaran por encima de sus ingresos era una herejía. Eso, sumado al patrón oro, contenía a los gobernantes. Sin embargo, los políticos no tardaron en encontrar en las ideas keynesianas un soporte intelectual a su natural inclinación hacia el gasto en ausencia de tributación, como diría Buchanan.

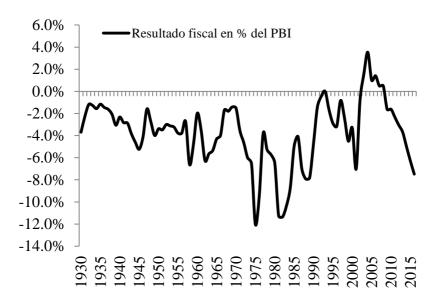
En el paradigma keynesiano, el ahorro es vicio y el gasto es virtud, con lo que el equilibrio presupuestario pasó a un lejano segundo plano.

Descubierta la magia del gastar sin recaudar, los políticos se lanzaron a la creación de sistemáticos déficits fiscales. Y los políticos argentinos se llevaron la medalla de oro en esta competencia.

En el gráfico de la página siguiente se observa una realidad tan inocultable como contundente. De los últimos 86 años de historia, solamente en 6 las cuentas públicas mostraron ingresos totales que superaron a los gastos totales. Es una trayectoria verdaderamente insostenible.

Y, no por nada, el resultado de este abuso del despilfarro fiscal condenó a los argentinos a décadas de inflación crónica y continuadas crisis de deuda pública. Profundizaremos más adelante en este tema en particular, pero es importante destacar acá cómo los políticos, interesados solamente en el corto plazo, pueden hipotecar el futuro de toda la sociedad.

Gráfico 1.1. Resultado Fiscal en % del PBI



Fuente: Elaboración propia en base a OJF y MECON

Un último punto es que en la naturaleza de la política está la de ayudar a los grupos más concentrados y organizados del poder. Por ejemplo, decíamos antes cómo los empresarios que no quieren competencia buscarán a toda costa imponer aranceles o límites a la importación. Ahora también sabemos que por menor competencia, los precios serán más elevados, por lo que se perjudicarán todos los consumidores y habrá un perjuicio en términos netos.

Si esto es cierto y la traba a la importación es netamente negativa para la sociedad, ¿por qué tenemos economías cerradas?

Una explicación es que hay medidas que tienen beneficios concentrados y costos dispersos. Esto quiere decir que los beneficios de algunas medidas políticas están muy dirigidos a un grupo particular, mientras que los costos se dispersan en un enorme número de personas, que se encuentra desorganizada.

En su libro sobre Economía Internacional, Paul Krugman pone el ejemplo de la cuota a la importación de azúcar. Gracias a estos límites para la importación, los productores de azúcar reciben un importante beneficio económico, mientras que los consumidores se perjudican. Sin embargo, tomados de manera individual, los consumidores están pagando un costo extra de USD 8 por año o 60 centavos de dólar extra por mes. Por el otro lado, los productores terminan cosechando un beneficio de cientos de millones.

Así, es lógico que los políticos, para ganarse el favor de los productores azucareros, procedan imponer este tipo de medidas distorsivas y perjudiciales. En el fondo, pensarán que la medida les generará una nueva adhesión política, y no les restará adhesiones por otro lado, ya que los consumidores apenas percibirán el cambio.

Así funcionan los políticos que solo piensan en el corto plazo. A largo plazo estarán "fuera de la oficina", por lo que las consecuencias destructivas de sus políticas los tienen sin cuidado. Los que pagamos somos nosotros, con empobrecimiento, atraso e injusticia.

El estado profundo y el corporativismo argentino

Más arriba decíamos que el rol del gobierno debería ser evitar que los corruptos y los avivados lastimen los derechos de los demás ciudadanos. Sin embargo, también contábamos que, muy a menudo, lo que terminan haciendo en su lugar es dándoles legitimidad y autoridad a estas corporaciones.

El corporativismo es la idea de que una economía debe manejarse de acuerdo a lo que digan las grandes corporaciones que supuestamente representan la voluntad popular. Así, el gobierno solamente debería limitarse a escuchar a "todos los sectores" y dictar políticas económicas que dejen contentos a cada uno de ellos. Los grandes conglomerados empresarios, junto con los sindicatos, serían los representantes de la sociedad. Y el gobierno solo tiene que "articular" los intereses de ambos para que todo salga bien.

Sin embargo, esto nunca sale como se pinta.

Un rápido repaso de los diarios de la temprana "era Macri" nos permite ver cómo los organismos corporativos de nuestra sociedad están conspirando contra nuestro progreso.

Uno de los casos más paradigmáticos es el de Uber, la aplicación que funciona en más de 400 ciudades del mundo facilitándoles la vida a los usuarios del transporte, pero que aquí generó las más encendidas manifestaciones por parte de los taxistas agremiados, y culminó con la Ciudad de Buenos Aires prohibiendo la actividad.

Otro caso es lo que mencionábamos más arriba sobre el envío de resúmenes de cuenta bancarios.

Las corporaciones también rechazan la suba de las tarifas se servicios públicos, tras una década de inflación y congelamiento. Empresarios nucleados en cámaras piden que el ajuste en los precios regulados de los servicios públicos sea más gradual, asegurándose así un subsidio para su producción, pero perjudicando a los sectores que deben generar la luz, el gas, etc.

Como último ejemplo reciente, está la larga lista de lobistas en contra de las importaciones. La Unión Industrial Argentina, la CAME y la Fundación Protejer están en alerta por el riesgo que implicaría la llegada al país de productos fabricados en el extranjero. El reclamo encontró el eco político en Sergio Massa, quien llegó a sugerir la disparatada idea de prohibir importaciones por 120 días.

Uno esperaría que el gobierno rechazara estas ideas y permitiera el libre comercio. Sin embargo, en muchos casos también comparte el espíritu de los proteccionistas.

La idea de que el gobierno debe reunirse con todos los sectores, escuchar sus ideas, y luego implementar una política económica acorde con ellos es falaz. Lo único que se consigue cuando se hace eso es tomar medidas que preservan los intereses de los miembros del círculo rojo, sin pensar en los claros beneficios que el intercambio libre, el progreso tecnológico y la mejora de la productividad generarán en los consumidores y luego en la economía como conjunto.

Por eso lo mejor que puede hacer el gobierno, en lugar de llamar a un "pacto social", es exactamente lo contrario. Cerrar la puerta de sus despachos y cortar así de plano la posibilidad de que le lleguen reclamos sectoriales que piden subsidios, menos competencia y detener la tecnología.

El corporativismo protege a las corporaciones, pero a costa de todos los demás. Y es el enemigo número uno del progreso,

cuya característica principal es el cambio permanente en beneficio de los consumidores.

El verdadero círculo rojo en nuestro país lo conforman los empresarios que no quieren competir, los sindicatos que se oponen a la productividad, y los políticos que solo se preocupan por el corto plazo.

Entre los tres, conspiran para engrosar sus bolsillos y su poder, y dejan a la economía en ruinas y a los argentinos en la pobreza. No digo que sea un plan deliberado para conseguir estos lamentables resultados, pero es lo que la evidencia nos muestra.

Si queremos un cambio, tenemos que empezar por liberarnos de estas corporaciones o reformarlas radicalmente.

¿Por qué no fuimos Australia?

"Existen cuatro clases de naciones: países desarrollados, países en desarrollo, Japón y Argentina"

Simón Kuznets

10 de diciembre de 2015. Era un día soleado y caluroso en Buenos Aires, con una temperatura que alcanzó los 33 grados centígrados. Tras doce años de kirchnerismo, asumía un nuevo presidente en Argentina.

El nuevo presidente, Mauricio Macri, tenía la característica de no ser militar, peronista ni radical. Un evento único en la historia de los últimos 100 años.

La ceremonia de asunción tuvo todos los condimentos protocolares y otros que no tanto. Tal vez el dato que quedará en la historia es que el mandatario saliente (en este caso, la presidente Cristina Fernández de Kirchner), no asistió a la ceremonia puesto que no le pareció correcto el lugar elegido para realizar la entrega del bastón y la banda presidencial.

Otra anécdota que recordaremos será la de la vicepresidente, Gabriela Michetti, cuando, micrófono en mano, deleitó a sus seguidores desde el balcón de la Casa Rosada cantando las canciones de la popular Gilda. El presidente acompañó con sus célebres pasitos de baile. Tal vez una historia que pasó desapercibida dentro de la gran cantidad de pequeños eventos que compusieron la ceremonia inaugural fue el saludo cordial que tuvieron el presidente Macri y el embajador de Australia en Argentina, Noel Campbell.

En medio de una ronda de saludos a los enviados extranjeros, se produjo el siguiente diálogo entre ambos:

- Felicitaciones presidente, somos países parecidos lo saludó el embajador.
- Éramos respondió Macri con gesto de añoranza, para luego seguir – Ya vamos a volver.
- ¿Usted conoce Australia? pregunto Campbell
- Nunca he estado, pero soy admirador... en los últimos 30 años nosotros hicimos todo al revés y ustedes hicieron todo correcto.

En menos de diez segundos de charla, Macri tocó uno de los temas más sensibles de la historia económica de nuestro país. ¿Es cierto que fuimos parecidos a Australia y que ahora los miramos "desde abajo"? ¿Por qué Australia hace "todo bien" hace treinta años? ¿Qué le pasó a Argentina?

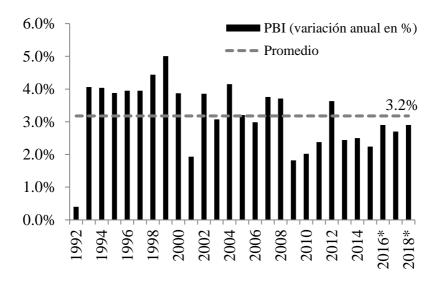
Australia es el país más grande del hemisferio sur. Con 7,7 millones de kilómetros cuadrados, tiene todos los climas, prevaleciendo el desértico, pero con grandes extensiones donde predomina el tropical y el templado. En cuanto al terreno, si bien tienen algunas montañas y cordones montañosos, se trata de un país principalmente llano.

Esta combinación hace de Australia un importante productor y exportador de productos primarios, como carne, leche, trigo,

cebada y sorgo. Australia cuenta, además, con un importante sector minero que está en los primeros puestos del mundo en cuanto a exportación y producción de oro, carbón, aluminio y cobre. Sin embargo, se trata de una economía principalmente dedicada a los servicios.

Una de las curiosidades de la economía australiana es que hace 25 años que su PBI no muestra variaciones negativas. Es decir, hace 25 años que su economía crece de manera ininterrumpida y no hay señales de que eso vaya a cambiar en el corto plazo.

Gráfico 2.1. Crecimiento económico de Australia



Fuente: Elaboración propia en base a Banco Mundial y FMI

En contraste, en Argentina la volatilidad del crecimiento es muy superior, y en los últimos 25 años atravesamos al menos 3 crisis distintas: la de la convertibilidad; la de las hipotecas

subprime y el conflicto con el campo, y la del fin del kirchnerismo.

Pero la historia del éxito australiano no tiene que ver solo con los últimos 25 años, sino que viene de largo.

Por este motivo conversé personalmente con Kris Sayce, quien dirige en Australia la compañía de análisis económico y financiero Port Phillip Publishing y tiene una amplia trayectoria en el análisis de los mercados y administración de portafolios.

- ¿Por qué Australia se convirtió en un país tan rico? Le pregunté a Kris en enero de este año.
- Creo que lo primero que debe mencionarse es que Australia empezó su desarrollo mucho después de América del Norte o América Central. Lo segundo es que el establecimiento de la colonia británica, con una clara historia y tradición del respeto por la ley y respeto por los derechos de propiedad fue un elemento clave. Los derechos de propiedad son el punto clave.

Tener un buen respeto por los derechos de propiedad es un elemento de vital importancia para el desarrollo. Si uno es dueño de su casa, tiene incentivos para cuidarla, mejorarla, etc. Pero si uno no sabe si el día de mañana la pueden expropiar u ocupar, entonces probablemente a la casa la deje un poco abandonada.

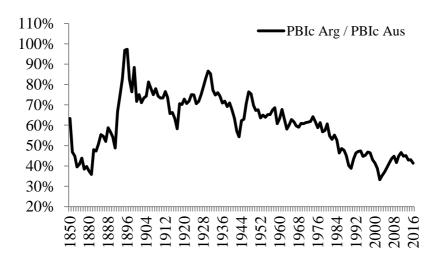
A este marco de respeto por la ley se le sumó otro factor en 1960. Kris me explicó que hasta los años '60, el país tenía una política de "Australia Blanca", que no permitía la inmigración a personas asiáticas, negras... que era muy restrictiva. Sin

embargo, a partir de los '60, esa política se terminó y el país oceánico recibió una gran inmigración del sur de Europa.

En paralelo con la llegada de los inmigrantes, comenzaron los descubrimientos de los yacimientos de mineral de hierro, así que la combinación de esos nuevos descubrimientos con un gran influjo de mano de obra posibilitó un salto en el crecimiento económico.

Derechos de propiedad, grandes extensiones de terreno, recursos naturales para explotar, inmigración... suena todo muy similar a la Argentina del siglo XIX y principios del XX. Y, efectivamente, por algunos años nuestra performance económica fue comparable a la australiana.

Gráfico 2.2. PBI per cápita relativo de Argentina y Australia



Fuente: Elaboración propia en base a Angus Maddison y FMI en dólares internacionales.

En el gráfico que se observa arriba aparece el resultado dividir el PBI per cápita de Argentina por el de Australia. Esto da una medida relativa de los ingresos de un argentino promedio en comparación con el de un australiano promedio. Así, si el resultado es 100%, quiere decir que el argentino ingresa lo mismo que el australiano. Si es 50%, quiere decir que los ingresos nuestros son la mitad del de la persona con quien nos estamos comparando.

En el gráfico se observa cómo, a partir de la década de 1880, el ingreso promedio de los argentinos se fue acercando de manera vertiginosa al de los australianos. Con fuertes tasas de crecimiento económico, Argentina competía de igual a igual con los países desarrollados, y llegamos a ser el undécimo país en el mundo en 1913.

Así, al compararnos con Australia vemos que pasamos de tener un ingreso del 37,4% del australiano en 1880 a tener uno de 97,3% en 1896. Es decir, éramos casi igual de prósperos.

Por los siguientes 90 años, la relación osciló entre el 60% y el 80%, aunque siempre con una tendencia levemente declinante. Finalmente, a partir de mediados de los '70, la tendencia de caída se profundizó. En 1975, si un australiano ganaba 100, un argentino ingresaba 61,7. En 2016, estábamos 20 puntos más abajo, ganando el 41,3% de lo que ganaba un australiano.

La debacle es inocultable.

¿Por qué nos fue bien?

Para entender el porqué de esta decadencia, primero hay que comprender por qué, en algún momento de la historia, las cosas nos salieron bien y fuimos un ejemplo de progreso a nivel mundial.

De acuerdo con los registros históricos y el análisis de los expertos, el fuerte crecimiento de la economía argentina se da entre los años 1880 y 1914. Al respecto, el economista Díaz Alejandro sostenía:

"En 1880 Argentina era aún un país atrasado y poco poblado. Tanto comparado con su propia evolución anterior y posterior, como con lo que sucedió en el resto del mundo durante el mismo período, el crecimiento experimentado entre 1880 y 1913 puede calificarse, sin lugar a dudas, de extraordinario".

Otros historiadores sostuvieron que el período de crecimiento argentino en esa época había sido "brillante" y que la profunda transformación argentina se iba dando con "asombrosa rapidez".

Para Juan Carlos de Pablo, el extraordinario crecimiento argentino de fines del siglo XIX se dio producto del proceso de "creciente interacción con la locomotora mundial de entonces, la economía inglesa". Son muchos los que coinciden en que en esa época en el país predominaba un modelo económico "agroexportador", que se basaba en producir materias primas y exportarlas a Inglaterra.

Cierto, ¿pero por qué fuimos nosotros los que nos desatacamos cuando hay muchas otras naciones con los mismos recursos naturales que Argentina para venderle a Inglaterra?

Evidentemente, que pudiéramos ser uno de los primeros exportadores de productos agro-ganaderos de la época tuvo que ver con los recursos naturales. Pero estos por sí solos no hacen nada. Para desarrollar los recursos, se necesita mano de obra y capital.

La mano de obra vino del extranjero. Durante la primera mitad del siglo XIX, la proporción de inmigrantes dentro de la población total argentina se había mantenido estable alrededor del 13%. Sin embargo, en 1895 ascendía a 25% y en 1914 llegó a representar el 30%.

Ahora si estos números son impactantes, más lo son cuando se compara a la población inmigrante en edad de trabajar con la población económicamente activa total. De acuerdo con Víctor Elías, en 1895 los extranjeros eran el 44% de la fuerza laboral, una proporción que se elevó al 51% en 1914.

Gran parte del capital también llegó del extranjero. Son famosos los capitales que vinieron desde Londres para desarrollar los ferrocarriles, y los que llegaban de Estados Unidos destinados a desarrollar la industria frigorífica.

Con estos datos en la mano, lo que tenemos que encontrar es una explicación de por qué la tierra, el trabajo y el capital, se combinaron en la segunda mitad del siglo XIX para dar lugar al fabuloso crecimiento argentino.

Mi interpretación es que el marco de normas imperante era el adecuado. En 1853 el país se había dado una constitución, y el padre de la misma, Juan Bautista Alberdi, se había inspirado en la ley de leyes de los Estados Unidos. Ese texto era profundamente liberal y estaba diseñado para limitar el poder

del estado y garantizar la libertad de comercio y contratación dentro de las fronteras, así como la libre inmigración y el libre intercambio hacia fuera de las mismas.

Para Meir Zylberberg, el artículo 4 de la constitución, que establecía que los fondos del tesoro nacional debían provenir exclusivamente de los derechos de importación y exportación, de la venta de tierras públicas o de la renta de correos, aseguraba la estabilidad jurídica en el país, ya que los ciudadanos podrían prever que no se iban a cobrar impuestos abusivos o nuevos.

Además, que una de las pocas fuentes de ingresos fueran los aranceles, también garantizaba un comercio libre, puesto que si los gobernantes ponían tarifas aduaneras muy elevadas, terminarían por ahogar el comercio y, consecuentemente, quedarse sin recursos fiscales.

Argentina tenía en la segunda mitad del siglo XIX, lo que Kirs Sayce identificó como las claves del crecimiento australiano: respeto por los derechos de propiedad (gracias a la constitución de 1853); recursos naturales; y mano de obra. La receta del progreso.

Durante lo que Guillermo Sánchez denominó "la era relativamente liberal de Argentina"¹³, el país creció de manera extraordinaria y desarrolló su infraestructura, así como sus negocios clave.

Durante esos años, el estado se mantuvo limitado (con un gasto promedio del 8,8% del PBI), cumpliendo con lo que el

_

¹³ Sánchez, Guillermo: "La Era Relativamente Liberal Argentina". Fundación Libertad y Progreso. 25 de septiembre de 2014.

preámbulo de la constitución recomendaba: "asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino".

En la época relativamente liberal, el país estaba abierto al comercio internacional y a la inmigración, y salvo episodios puntuales (como la crisis de 1890-91), la inflación se mantuvo baja y estable. Entre 1880 y 1913, la inflación promedio fue un envidiable 1.6% anual.

Los resultados de este tipo de sistema económico son relatados por Sánchez. El PBI durante esa época se multiplicó casi por 8, mientras que en términos per cápita, con una inmigración que crecía a ritmos acelerados, se multiplicó por 2 y medio.

Otro dato relevante es que el país vivió una verdadera industrialización durante ese período. Sánchez lo explica:

"El sector industria manufacturera del PBI a precios del '93 aumentó como nunca jamás, un impresionante 1193% entre 1880 y 1913. El componente industrial del PBI real se multiplicó por casi 13 (...) dejando en un alejadísimo segundo lugar a la época intervencionista, con 202%. A pesar de la sustitución de importaciones, a pesar del proteccionismo, a pesar del apoyo estatal, etc..."

Por último, también aumentó el salario real nada menos que 82% entre 1880 y 1913. Gracias a la baja inflación y al constante aumento de la productividad, los trabajadores argentinos estaban cada vez mejor.

A la luz de estos datos, la conclusión es sencilla: el liberalismo económico, o el "maldito capitalismo anárquico", cuando se probó en Argentina, funcionó de manera exitosa. El libre comercio nos permitió venderles a los países ricos beneficiándonos nosotros. Además, el marco de normas abierto propició la inmigración y la llegada de inversiones. Gracias a eso, vivimos el crecimiento más alto de nuestra historia.

Cuadro 2.1. Crecimiento del PBI y Población

Período	PBI total	Población	PBI per Cápita
1875-2007	3,8%	2,2%	1,5%
1875-1913	6,1%	3,4%	2,6%
1913-1939	2,7%	2,3%	0,4%
1939-1974	3,8%	1,7%	2,1%
1974-1990	0,0%	1,6%	-1,6%
1990-2007	3,9%	1,1%	2,8%

Fuente: Juan Carlos de Pablo. 200 años de Economía Argentina. Buenos Aires, 2010.

Los datos de PBI y PBI por persona pueden resultar demasiado fríos para el lector, así que vamos a ver qué quieren decir en concreto estos números.

En 1862, el empresario Eduardo Lumb recibió la aprobación oficial y el dinero necesario (aportado por bancos ingleses) para desarrollar el Ferrocarril del Sud. En 1880 esta red de ferrocarriles contaba con 2.300 kilómetros de vías, mientras que en 1930 ya era la más grande del hemisferio, con 8.000 kilómetros de vías. El desarrollo del ferrocarril fue una de las manifestaciones más destacadas del progreso argentino. Según

los datos recopilados por Zylberberg, en 1937 la red total ferroviaria tenía una extensión de 50.000 kilómetros.

La gran extensión y el rápido crecimiento de los ferrocarriles ayudaron al comercio nacional, así como al internacional, ya que permitieron que las explotaciones regionales pudieran vender sus productos al extranjero.

Con fondos principalmente norteamericanos, se fue desarrollando una importante industria de la carne. Gracias a la creación del frigorífico por parte del ingeniero francés Charles Tellier, en 1874 se realizó la primera exportación a gran escala de carnes argentinas a Europa. En 1877, se estableció en el país la "River Plate Meat Company". En 1884, se estableció el frigorífico La Negra sobre el riachuelo, y en 1895 se inauguró el primer frigorífico Swift de La Plata. Argentina era un vergel para los negocios, y se convertía en uno de los principales exportadores de carne del mundo.

Otro dato que refleja el progreso argentino de la época fue el desarrollo del sistema eléctrico en Buenos Aires y sus alrededores. Las primeras usinas eléctricas se construyeron a finales de la década de 1880 de la mano del ingeniero Rufino Varela. En esa época, los gobiernos no congelaban las tarifas, y el mercado estaba libre a cualquiera que quisiera arriesgarse a invertir. Después de todo, había que agradecer a los empresarios por darnos un poco de luz, y los consumidores estaban felices de pagar por esta innovadora forma de energía.

Los capitales extranjeros también tuvieron un rol en este desarrollo. En 1893, se estableció la Compañía de Luz Eléctrica y Tracción del Río de la Plata (CLETRP), de origen inglés.

De acuerdo con el estudio del ingeniero Andrés Ghía¹⁴:

"La CLETRP obtuvo en 1895 la concesión para construir la usina Tres Esquinas de Barracas al Norte para alumbrar el Riachuelo, que fue realizada con equipos estadounidenses y resultó—por sus dimensiones—, la tercera obra de envergadura del país, sólo superada por las de Rosario y La Plata. Asimismo, en 1896 se fusionaron la CGECBA (alemana) con capitales del Deutsche Uberseische Bank y formaron la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad (CATE), instalada en Buenos Aires desde 1898".

A principios de 1900, se desarrollan grandes concesiones, que garantizaban la explotación monopólica de los territorios, de manera de justificar las inversiones que realizaban las compañías eléctricas.

En 1907, la CATE puso en marcha la construcción de la usina de Dock Sud. En 1910, la obra quedó inaugurada. Se trataba de una usina de 36.000 Kw. de potencia, superior a las que había en Alemania, Francia e incluso Inglaterra en la misma época.

En 1913, Argentina se ubicó undécima en el ránking mundial de PBI per cápita. Los extranjeros viajaban semanas en barco para llegar a Buenos Aires a "hacerse la América". Australia estaba en tercer lugar.

En la actualidad, las diferencias se han profundizado. Australia hoy ocupa el puesto número 6 del mundo. Argentina, un decadente puesto 60.

_

¹⁴ Ghía, adrián: "Bicentenario de la Argentina: Historia de la energía eléctrica 1810-2010". Cámara Argentina de la Construcción. 2012.

¿Qué nos pasó?

Es difícil determinar el momento exacto en que Argentina abandonó la senda del progreso. Explicaciones hay muchas. El deterioro de los términos de intercambio, la explotación internacional, el peronismo, la corrupción, los inmigrantes...

En realidad, como veíamos al comienzo, luego de un período de fulgor y crecimiento acelerado, nuestro país fue separándose de Australia en un período gradual pero sostenido.

Una de las "semillas del mal" de nuestra decadencia se encuentra, paradójicamente, en la ejemplar constitución de 1853. De acuerdo con el economista Guillermo Yeatts, "a pesar de su espíritu liberal, la Constitución de 1853 no estableció expresamente la propiedad privada de las riquezas del subsuelo", lo que hizo que "a lo largo de la historia argentina la propiedad del subsuelo perteneció siempre al Estado, oscilando entre la jurisdicción nacional y la provincial"¹⁵.

El problema con la propiedad estatal del subsuelo es que se pierden los incentivos para explorar en búsqueda de petróleo o minerales, reduciendo el crecimiento económico. En Estados Unidos cualquiera que encuentre petróleo en su propiedad se vuelve millonario. En Argentina el subsuelo no le pertenece al dueño del suelo, así que no hay incentivos para buscar algo que no se va a poder aprovechar económicamente.

Otra semilla de decadencia ocurrió en 1907, cuando el intendente de Buenos Aires Carlos Torcuato de Alvear,

¹⁵ Yeatts, Guillermo: "A quién pertenece el subsuelo". Diario La Nación. 31 de julio de 1998.

organiza las concesiones de la empresa eléctrica CATE a la que exige pagar un 6% sobre lo facturado y somete a aprobación comunal las tarifas a cobrar. Si en la actualidad tenemos problemas con las tarifas de servicios públicos, podemos ver que el origen del problema se remonta a 1907. Otra cuestión derivada de este sistema es que, como las empresas ahora tenían concesiones, una vez se aproximaba la fecha del fin de la concesión, dejaban de invertir por miedo a que ésta no fuera renovada... Más tarde, en la década del '40, el sistema terminaría estatizado.

Como se ve, ya desde temprano en nuestra historia hubo disposiciones que amenazaban la continuidad del crecimiento. Además, un proceso de extrema flexibilidad monetaria y fiscal nos había llevado al Pánico de 1890.

Sin embargo, fue a partir de los años '30 en que los sucesivos gobiernos empezaron a arrojar bombas hacia el corazón de nuestro progreso económico y social.

En 1932, por ejemplo, se decretó el establecimiento de un impuesto de emergencia a los réditos. Este impuesto es el que hoy conocemos como impuesto a las ganancias, o los ingresos. Es decir, un impuesto "de emergencia" que ya lleva 85 años.

La historia oculta de este impuesto se difundió en el diario Los Andes, el 25 de marzo de 2015.

De acuerdo a la narración:

"En los primeros días de 1923, Rafael Herrera Vegas, ministro de Hacienda del presidente Marcel T. de Alvear, le encomendó a uno de sus jóvenes colaboradores una tarea que por entonces parecía más una aventura de un explorador que el trabajo de un economista.

El veinteañero debía trasladarse a la remota Australia para informarse sobre las características del "impuesto a los réditos", una novedosa herramienta impositiva que buscaba captar parte de la renta financiera. Hacia Australia fue, entonces, Raúl Prebisch, con el propósito de conseguir todos los detalles que desembocarían en la primera reforma impositiva de la Argentina moderna.

Pero el desplazamiento de Herrera Vegas por Víctor Molinas postergó la tarea para otra década, otro gobierno... y otro régimen."

Finalmente, el decreto-ley que impuso el nuevo gravamen fue firmado por el presidente de facto José Félix Uriburu, persuadido por Raúl Prebisch. El economista, ahora 9 años mayor, recomendó la medida para evitar que el gobierno quedara ese año con un importante agujero en sus finanzas públicas.

A diferencia de la actualidad, en ese momento gastar más de lo que se ingresaba era visto como una vergüenza. Por ese motivo, el presidente accedió y luego el impuesto fue respaldado por la ley 11.682, que establecía su vigencia solamente hasta 1934.

Un año antes del debut del impuesto a las ganancias, el gobierno militar había instaurado el primer control de cambios de nuestra historia.

Entre 1914 y 1929, la relación peso-dólar se había mantenido prácticamente sin cambios, no había restricciones a los movimientos de capital y siempre prevaleció un único tipo de cambio.

Sin embargo, las malas condiciones financieras internacionales y la caída de los términos de intercambio se sumaron a un gobierno que cada vez tenía más gasto público en exceso de sus ingresos. Este déficit se financiaba en gran parte con emisión monetaria, lo que hizo que la gente buscara refugio frente a la inflación en valores reales como el dólar y el oro. El presidente Uriburu, quien el 6 de septiembre de 1930 había dado el primer golpe militar exitoso de la historia nacional (otros levantamientos habían sido bloqueados anteriormente), sancionó un control de cambios, que prohibió a los ciudadanos cambiar pesos por divisas extranjeras libremente. Fue el primer "cepo cambiario" de Argentina.

Antes de la llegada de Perón, el intervencionismo ya era la norma en nuestro país, oponiéndose al espíritu liberal de nuestra constitución. Según los datos recopilados por Zylberberg, en 1928 se decretó la creación de la Comisión Nacional del Azúcar, en 1931, la Comisión de Fibras Textiles; en 1933, se decretó la creación de la Comisión del Extracto del Quebracho y de las Harinas, además de la Junta Nacional de Carnes y la Junta Reguladora de Granos; en 1934, se lanzó el "Plan de Acción Económica Nacional", destinado a regular la economía. En 1935, por último, una resolución ministerial inauguró la Comisión Nacional de Patatas.

A mediados de los años '30, y en línea con la tendencia intervencionista reguladora internacional, Argentina parecía

una muestra en miniatura de la Unión Soviética. Una economía totalmente dirigida desde el control remoto del estado.

El país de las desmesuras

En la historia del surgimiento del impuesto a los réditos puede verse que el país que resulta inspiración para Raúl Prebisch no es otro que la Australia que tanto añoramos. Entonces, es legítimo que uno se pregunte qué pasó que ese país, aun teniendo impuestos como el nuestro, o incluso otras medidas intervencionistas como tuvieron tantos países en la historia, haya podido tener tanto éxito.

Una de las explicaciones es que nosotros exageramos en todo. Si cualquier país tomó medidas malas para su crecimiento económico, nosotros lo hicimos aún peor.

Nuestro caso es tan excepcional que dos autores han coincidido en afirmar que Argentina es "el país de las desmesuras". En su libro que lleva por título el mismo nombre, Juan Llach y Martín Lagos comparan el desempeño económico de Argentina con el de Nueza Zelanda, Brasil, Chile y Uruguay y encuentran las raíces de nuestra sostenida decadencia en ciertos comportamientos "excesivos o desmesurados".

Entre estas desmesuras destacan particularmente:

- El caudillismo y el populismo con propensión a la hegemonía.
- El cierre de la economía.
- La elevada inflación.

- El escaso financiamiento de la inversión asociado a la inflación.
- El déficit fiscal.

Para los autores, Argentina mostró un desempeño largamente peor al de los países comparados en todos estos rubros, lo que explica gran parte del proceso de sostenida decadencia económica y social.

Es decir, incluso cuando otros países también tienen déficit fiscal o puedan haber tenido inflación, ninguno persistió en ellos tanto como Argentina.

Y uno de los períodos en donde más se profundizaron estas desmesuras fue, sin dudas, el del peronismo durante la década del '40.

El peronismo

En 1945 llegó a la presidencia Juan Domingo Perón, un militar inspirado por las ideas del fascismo de Mussolini, quien elevó la bandera de la justicia social y, a la vez, propuso al estado como la vía para solucionar todos los problemas.

Así, con el intervencionismo inaugurado en la década del '30 y el justicialismo del General Perón, las ideas de Argentina cambiaron. Pasamos de ser un país abierto al mundo, a uno cerrado para la "sustitución de importaciones". Un país donde todos los habitantes del mundo eran bienvenidos, a uno donde lo extranjero era digno de sospecha. Un país donde la iniciativa privada era motor del crecimiento, a uno donde el estado regulaba todo, y brindaba "derechos" allí donde hubiera una necesidad insatisfecha. El estado pasó a ser, como dice la

canción de León Gieco, "un monstruo grande que pisa fuerte", abarcándolo todo.

El gobierno de Perón fue el primero en llevar la inflación por encima del 50% anual. Sin embargo, sin hacerse cargo del problema, decretó precios máximos, creó "tribunales contra la especulación" y, finalmente, estatizó el Banco Central en 1946 junto con la totalidad del sistema bancario.

El avance del gobierno sobre la economía no se limitó solo a eso. El peronismo creó 17 organismos públicos entre cámaras, comisiones, consejos y empresas estatales como Aerolíneas Argentinas o el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, que centralizó el comercio exterior. Además, estatizó las telecomunicaciones, la banca, y expropió, entre otras compañías, al Diario La Prensa, una medida por demás contraria a la libertad de expresión.

Las políticas de Perón fueron muy nocivas para el crecimiento económico de nuestro país, pero el líder carismático fue difícilmente olvidado por la gente. Aún hoy, el peronismo es la fuerza política mejor organizada del país y el mundo observa a ese movimiento como una característica cultural de los argentinos.

Nuestro enemigo, la inflación

En su libro de 2013, el ahora presidente del Banco Central, pero además economista y académico egresado del MIT, Federico Sturzenegger, también se puso a buscar las causas de la decadencia argentina.

Para este autor, lo que los datos sugerían era que el gran deterioro que había provocado la divergencia entre el destino de Argentina y Australia tenía su origen en los alrededores de 1975.

Esto coincide con lo que mencionábamos más arriba, acerca de que la tendencia de declive se había profundizado a mediados de los '70.

Para Sturzenegger, en el breve lapso que fue de 1975 hasta 1990 hubo "cinco eventos devastadores" para la economía y la sociedad argentina:

- El "Rodrigazo".
- El Golpe de Estado de 1976.
- La crisis financiera de 1980.
- La Guerra de Malvinas.
- La hiperinflación.

La excesiva importancia asignada al rol del estado generó años de déficit fiscales crónicos, con sus consecuentes deudas impagables e inflaciones demoledoras.

Como explican Gustavo Lázzari y Pablo Guido¹⁶: "La tasa de crecimiento de precios desde 1973 y hasta 1990 nunca bajó, salvo en 1978 y 1986, del 100% constituyendo el período de inflación alta más prolongado de la historia del mundo. La inflación destruyó cuatro signos monetarios desde 1970".

A partir de esos años es que llegaron las grandes crisis de la época contemporánea, como el "Rodrigazo", el fin de "la

79

¹⁶ Lázzari, Gustavo y Guido, Pablo: "Apuntes sobre la caída de la economía argentina". Revista Libertas 38. Instituto Universitario Eseade. Mayo de 2003.

tablita", la hiperinflación y, finalmente, el abandono de la convertibilidad.

A comienzos de 1975, el déficit fiscal hacía que la inflación creciera al ritmo del 50% anual. En este contexto, la economía se encontraba fuertemente regulada, con controles de precios y de cambios. Para mayo de 1975, la brecha entre el tipo de cambio oficial y el paralelo había alcanzado el 244%, la más alta de toda la historia argentina. Ese año, las exportaciones cayeron un 25%. En este contexto, el recientemente asumido ministro de economía Celestino Rodrigo decidió sincerar la economía.

Como explica el historiador argentino Esteban Dómina¹⁷:

"El plato fuerte del menú de medidas correctivas era una devaluación del peso del 160 por ciento, llevando el dólar comercial a 26 pesos, en tanto que el dólar financiero pasó de 15 a 30 pesos, inventándose un "dólar turista" que se fijó en 45 pesos. El menú se completaba con otros ajustes como el incremento del 100 por ciento de las tarifas de los servicios públicos y del transporte, del 180 por ciento del precio de los combustibles y de apenas el 80 por ciento de los salarios con el fin de compensar todo lo demás"

Para diciembre de ese año, el dólar oficial había subido 556% y el PBI per cápita cayó un 37,5% en dólares. Los que confiaron en el país y en la moneda nacional vieron sus ahorros pulverizados.

La crisis financiera de 1980 fue provocada por la famosa "tablita cambiaria" de Martínez de Hoz. El gobierno había

¹⁷ Dómina, Esteban: "Aquel Rodrigazo de 1975". Diario La Voz. 24 de enero de 2014.

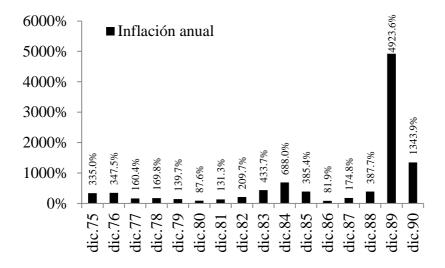
decidido un sistema de tipo de cambio fijo pero ajustable a una tasa predeterminada. Sin embargo, esta tasa de devaluación no era compatible con el elevado ritmo de emisión monetaria que el gobierno exigía al Banco Central para financiar su déficit. Para evitar que el dólar suba, entonces, había que subir con fuerza la tasa de interés. La inflación, la elevada tasa de interés y el dólar artificialmente barato destruyeron los incentivos a producir y quitaron competitividad al país. En 1981 se desató la crisis.

En 1989 hizo explosión el modelo populista de Alfonsín. La estatizada economía argentina, con empresas públicas que perdían millones de dólares mensuales, era responsable de más de la mitad del déficit fiscal del gobierno, que en 1987, 1988 y 1989 superó el 7% del PBI.

Ese déficit se financiaba, al menos en un 50%, con emisión monetaria. El crecimiento de la emisión fue descontrolado. En 1985 se sustituyó el Peso Argentino por una nueva moneda, el Austral. Durante 1986 y 1987, el ritmo de aumento de emisión de base monetaria se redujo, hasta crecer "solamente" al 35% anual en diciembre del '86. Durante 1987 el aumento de la emisión promedió el 60%, y ya en 1988 comenzó su crecimiento exponencial. En diciembre de ese año la cantidad de pesos emitidos por el central se había quintuplicado, incrementándose un 400%. En diciembre del año siguiente la emisión creció nada menos que al 5200%. Los precios no esperaron en reaccionar. En diciembre del '89 la inflación anual alcanzó el 4900%. Es decir, los precios se multiplicaron por 50 en un año. El austral quedó reducido a la nada. Al ser lanzado, se necesitaban solamente 80 centavos de austral para conseguir un dólar. Siete años después, al ser reemplazado por una nueva moneda, debían pagarse 10.000 (diez mil) australes por cada billete verde.

La inflación se convirtió así en el enemigo número uno del progreso argentino. Es difícil encontrar en el mundo una historia de inflación crónica y elevada similar.

Gráfico 2.3. Inflación en argentina (1975-1990)



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Entre 1975 y 1990, la inflación promedio fue de 625% anual. En ese período, nuestro ingreso per cápita cayó 1,5% por año. Una verdadera catástrofe económica.

En Australia, en el mismo período la inflación promedio fue de 9,3% y con tendencia declinante. Pasó de 15,1% en 1975 a 7,3% en 1990. En Estados Unidos, el promedio de inflación de esa época fue 6,2%, con máximos de 13,3% y mínimos de 1,2%.

Algunos todavía creen que la inflación es buena para el crecimiento y que la "Curva de Phillips", aquella teoría que dice que a mayor inflación hay menor desempleo, tiene vigencia en todo momento y en todo lugar. Sin embargo, esto no se verifica en la realidad argentina.

Un reciente estudio del Banco Central encontró que, al contrario de lo que suponen los inflacionistas:

"Se puede decir que los años de menor crecimiento en Argentina no se vieron acompañados de baja inflación y viceversa. Si algo parecería indicar el grafico, es que los años de mayor inflación son los de peor desempeño económico, no los mejores. Mientras que la curva de Phillips puede tener sentido en economías con años de estabilidad a cuestas, como la de los países desarrollados, no presenta demasiada relevancia en el contexto argentino. En realidad, pareciera que la situación es exactamente al revés. Es la baja en la inflación la que está asociada a la recuperación y crecimiento económico." 18

Los controles de precios

La inflación es destructiva. En primer lugar, es un impuesto no legislado por el congreso. Además, cuando los salarios no acompañan a los precios, destruye nuestro poder de compra y restringe el consumo. Por otro lado, distorsiona las señales de la economía, y la desorienta llevándola a un sendero insostenible.

¹⁸ Discurso de Federico Sturzenegger en la Conferencia Anual de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL). Banco Central de la República Argentina.

Por si esto fuera poco, inhibe la inversión, ya que se vuelve imposible planificar a largo plazo.

Ahora bien, frente a todos estos males, existe algo que es aún peor que la inflación misma: se trata de los controles de precios.

De acuerdo con la recopilación de Juan Carlos de Pablo, de 1939 a 1989 se tomaron 26 medidas diferentes que afectaban la libertad de los comerciantes y consumidores para fijar precios. Precios máximos para artículos de primera necesidad, tribunales contra la especulación, márgenes máximos de comercialización. Se probó de todo. Sin embargo, nada sirvió para evitar la espectacular destrucción de la moneda nacional.

De hecho, lo que hicieron fue todo lo contrario.

Es que los controles de precios son devastadores para la economía.

Imagínese a usted tranquilo en su oficina. El día de mañana, viene el gerente de la compañía y le dice que su salario se va a mantener sin cambios de aquí a fin de año. Hasta ahí, ningún problema. Sin embargo, sale a la calle y comienza a percibir la inflación. Los economistas estiman que en el año los precios subirán, en promedio: 25%. Es decir, el poder de compra de su salario caerá nada menos que 20%. Al otro día, sin pensarlo, presenta su renuncia a la compañía.

Si esto suena tan lógico en un caso individual, ¿por qué debería ser distinto cuando se lo extiende a la economía en su conjunto?

Cuando el gobierno genera inflación emitiendo billetes de manera descontrolada y luego para "solucionarlo" (en realidad, para sacarse la responsabilidad de encima), lanza controles de precios, está en realidad deteriorando los ingreso de las empresas. Y así como a la persona del ejemplo cuando le bajan el sueldo renuncia a la compañía, los empresarios "renunciarán" también a su actividad.

Los controles de precios destruyen los incentivos para producir porque comprimen la rentabilidad. Si los costos suben, pero a determinadas empresas por ley las obligan a mantener los precios fijos, no pasará mucho tiempo antes de que terminen quebrando.

La inflación y los controles de precios son una condena de muerte para el sistema económico y han sido el arma favorita de nuestros políticos demagogos a lo largo de la historia. Que nos haya ido mal en comparación con Australia era lo más previsible que podía pasar.

El "neoliberalismo" de Menem

Estudié ciencias económicas porque, a mis 18 años, quería entender más acerca de cómo funcionaba el mundo y qué se podía hacer para cambiarlo.

Ya desde el colegio secundario me enganchaba en largos debates acerca del modelo de país, del tipo de cambio, y si nuestras crisis económicas eran culpa del estado o del mercado.

Más acá en el tiempo, todo sigue bastante similar. Argentina va de crisis en crisis, y yo sigo debatiendo sobre economía con todo aquél que esté listo para tener un intercambio respetuoso.

Mi punto de vista es bastante sencillo: dado que en el mundo los países con mayor libertad económica son los que más prosperan, y dado que Argentina ha hecho todo lo contrario en este sentido, propongo un país más libre con un gobierno mucho más limitado en sus funciones.

Libertad cambiaria, bajos impuestos y apertura comercial están en esta receta que podríamos llamar clásica o liberal.

Ahora siempre que propongo algo del estilo, no falta la persona que diga con autoridad supina:

"No, Iván. Eso ya se probó en Argentina y fracasó rotundamente."

No creo que haya habido reunión, medio de comunicación, o grupo de Whatsapp donde no me hayan lanzado alguna vez esta frase.

Evidentemente, ya forma parte del "imaginario popular".

Es por eso que vuelvo a preguntarme: ¿Es cierto que el liberalismo en Argentina se probó y fracasó?

Vamos por partes. Lo primero que hay que responder es si, alguna vez en la historia, existió algo cercano al liberalismo económico en el país.

La respuesta a esa pregunta es un rotundo SÍ.

Lo que queda por saber, entonces, es si durante la vigencia de ese sistema, el país obtuvo malos resultados.

La respuesta a esta segunda parte de la pregunta es un rotundo NO.

Como explicamos más arriba, en la época relativamente liberal, entre 1880 y 1914, el país creció y llegó a estar entre los primeros del mundo en su ingreso per cápita.

Ahora cuando uno habla de liberalismo, suele surgir el ejemplo del "neoliberalismo" de los '90, que fue un fracaso espectacular y terminó en la crisis de 2001. La realidad es que la crisis fue tremenda, pero no fue generada por ningún liberalismo.

Durante la década del '90, se tomaron algunas buenas decisiones como privatizar empresas públicas e imponer un sistema de caja de conversión que terminó con la inflación. Sin embargo, el déficit fiscal fue creciente y también el endeudamiento, lo que atrasó el tipo de cambio real y complicó la competitividad del país.

Luego de la hiperinflación de 1989 llegó el nuevo gobierno y, al tiempo, se instauró el Plan de Convertibilidad, que al fijar el tipo de cambio y restringir la emisión monetaria logró controlar la inflación. Sin embargo, el desequilibrio fiscal que había generado las crisis anteriores no se resolvió de manera definitiva. Lo único que se hizo al respecto fue cambiar la fuente de financiamiento de ese desequilibrio, sustituyendo la emisión monetaria por la emisión de deuda en el mercado.

Con el tiempo, la deuda fue convirtiéndose en una pesada carga, al tiempo que el ingreso de dólares producto del endeudamiento hacia que cayera el tipo de cambio real, reduciendo la competitividad de la economía.

En este marco, el desempleo comenzó a subir y a finales de la década de 1990 la producción dejó de crecer. La deuda se volvía difícil de pagar y el riesgo país crecía vertiginosamente. Si bien el gobierno de la Alianza intentó ajustar las cuentas públicas, el foco estuvo puesto en refinanciar las deudas, pero esto no fue suficiente. La incertidumbre creció y el malestar social también. Los que tenían dólares en los bancos comenzaron a apurarse para retirarlos. Para evitar la corrida, el ministro de economía de la Alianza —Domingo Cavallo-decretó un "corralito bancario", restringiendo el uso de los ahorros de todos los argentinos.

Meses después, De la Rúa renunció y luego Rodríguez Saá declaró el default, lo que coronó Eduardo Duhalde cuando suspendió la vigencia de la convertibilidad, generando un salto del tipo de cambio de 250% en un año. El PBI per cápita se desplomó y el desempleo llegó a un máximo de 24,5% en el tercer trimestre de 2002.

Ahora bien, este estallido no es muestra de que el liberalismo haya fracasado, sino simplemente de que el déficit fiscal financiado con deuda es un arma peligrosa y que el gobierno que no vive dentro de sus posibilidades de gasto está condenando a la gente a una crisis, algo que ningún liberal discutirá.

El liberalismo propone un estado limitado, bajo gasto público y equilibrio fiscal. No déficit y endeudamiento.

El gobierno de Menem fue un ejemplo explícito de esta combinación nefasta, y los resultados no pudieron ser distintos.

El regreso del populismo

Con el fin de la convertibilidad, se volvió a abrir la "Caja de Pandora" de la emisión monetaria. Néstor Kirchner y luego Cristina buscaron a toda costa rescatar al primer peronismo, y la demagogia intervencionista resurgió con todo vigor. A este período que duró doce años le dedicaré la próxima sección de esta obra.

La debacle populista

"Si quieren tomar decisiones de gobierno, formen un partido y ganen las elecciones"

Cristina Fernández de Kirchner

El kirchnerismo en Argentina marcó el regreso a las andadas inflacionistas. A nivel regional, el resurgimiento de líderes de izquierda fue una constante. Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela, Lula en Brasil, o Rafael Correa en Ecuador fueron todos contemporáneos de nuestros Néstor y Cristina Kirchner.

Sin embargo, a pesar de las muchas similitudes entre todos estos líderes, lo cierto es que solo los Kirchner y Chávez aplicaron la receta inflacionista. El hecho es curioso, puesto que había sido Néstor Kirchner quien durante el primer discurso frente al Congreso de la Nación dijo:

"El país no puede continuar cubriendo el déficit por la vía del endeudamiento permanente ni puede recurrir a la emisión de moneda sin control, haciéndose correr riesgos inflacionarios que siempre terminan afectando a los sectores de menos ingresos."

Del dicho al hecho, hay mucho trecho...

El kirchnerismo no puede entenderse si no se entiende la mala interpretación que recibió el colapso de la convertibilidad. Como contaba más arriba, la debacle del corralito y de la devaluación fueron interpretadas por los analistas y el común de la gente como una falla del liberalismo. De alguna extraña

manera, las privatizaciones y el fin de la inflación se asociaban a la crisis de la deuda y a la confiscación de los depósitos... ¿Ahora qué liberalismo es el que propone endeudarse a lo loco, y luego expropiar y devaluar el dinero que la gente ahorra en el banco?

La del 2001 fue una crisis fiscal, en donde el gobierno se quedó sin dinero para financiar su déficit. Nadie quería prestarnos plata y no podíamos imprimirla, puesto que existía la ley de convertibilidad.

Eso hizo que muchos comenzaran a pedir una mayor "soberanía monetaria". El eufemismo de la soberanía monetaria no era otra cosa que pedir que el Banco Central volviera a tener libertad para imprimir dinero. O sea, el mismo Banco Central que había generado un 625% de inflación anual entre 1975 y 1990 ahora tenía que venir a sacarnos de la crisis, generando la inflación que nos había hundido en el pasado.

En realidad, no era este el camino que había que recorrer, sino el de realizar los ajustes necesarios en el sector público para que la economía volviera a crecer. Sin embargo, cuando Ricardo López Murphy presentó su plan de austeridad, duró apenas 15 días como ministro.

Roberto Cachanosky, en su libro El Síndrome Argentino, explica bien esta situación:

"En las escasas dos semanas que [Ricardo López Murphy] estuvo en ese cargo se le ocurrió presentar un plan para equilibrar las cuentas del sector público sin aumentar los impuestos. La idea era bajar los gastos del estado en \$ 3.000 millones. Era el primer plan económico que no intentaba

ajustar las cuentas públicas cargándole a la sociedad más impuestos. ¡Para qué! Políticos, medios de comunicación, activistas e idiotas útiles le saltaron a la yugular. ¿¡Cómo pretendía López Murphy reducir los gastos del Estado!?"

Para Cachanosky, la propuesta del ex ministro fue vista como un atentado al negocio de los políticos, ya que "el Estado argentino ha sido tomado como un botín de guerra, propiedad de los políticos y burócratas".

Con el estado profundo vetando la posibilidad de bajar el gasto público, quedaba la opción de hacerlo por las malas, saliendo de la convertibilidad y devaluando la moneda.

La devaluación reduciría el gasto público en términos de dólares al tiempo que liberaría al Banco Central para que imprima billetes y "estimule la economía". A todo este combo de maravillas se sumaba el default de la deuda pública, que iba a "ahorrarle" al gobierno los fondos que usaba para pagar el capital y los intereses.

Después del helicóptero en el que partió De la Rúa, Adolfo Rodriguez Saá declaró la suspensión del pago de la deuda. Fue en la nochebuena del año 2001. Dos semanas después, el congreso aprobó el fin de la convertibilidad. El nuevo presidente era Eduardo Duhalde y el dólar se disparó.

Erróneamente, corralito, default y devaluación fueron vistos como plagas propias del liberalismo económico, y la sociedad pasó a demandar todo lo contrario.

La crisis de 2001 fue el caldo de cultivo perfecto para que surgiera el populismo kirchnerismo e inaugurara una nueva era de burbuja insostenible.

El kirchnerismo y el estado profundo

El kirchnerismo fue totalmente funcional a los grupos del poder real de Argentina. Los industriales eran de los primeros interesados en salir de la convertibilidad, ya que juzgaban que producto del tipo de cambio "1 a 1" no podían competir con el extranjero. José Ignacio de Mendiguren, por entonces titular de la Unión Industrial Argentina, sostenía que Argentina estaba "carísima para exportar y baratísima para importar"¹⁹.

Aunque desde el sector no proponían abiertamente la devaluación y el abandono de la convertibilidad, sí argumentaban que "debemos resolver el problema de la revaluación de la moneda". Para los empresarios que no quieren competir, el problema era el tipo de cambio y la moneda cara. Su propuesta era, o bien cerrarse más al comercio con proteccionismo, o bien salir del "1 a 1" e ir a un tipo de cambio alto, que encareciera las importaciones y abaratara las exportaciones²⁰.

El tándem Duhalde-Remes-Lenicov-Kirchner-Lavagna respondió el llamado a la perfección. Duhalde abandonó la convertibilidad y permitió la megadevaluación de la moneda. Tiempo después, el kirchnerismo encomendó al Banco Central

²⁰ David Cufré: "El Gobierno no tiene un plan económico ni social", entrevista a José Ignacio de Mendiguren. Diario Página 12. 1 de octubre de 2001.

¹⁹ De Mendiguren: "Lo más importante es la competitividad". Diario La Nación. 26 de noviembre de 2001.

a sostener un "tipo de cambio competitivo", más alto del que prevalecería en otra circunstancia.

En el medio, los consumidores argentinos vieron reducidos sus ingresos en dólares en un 65% contra el año 2000. Una debacle monumental

Otra de las medidas que Duhalde tomó y que beneficiaron enormemente a la industria sustitutiva de importaciones de Argentina fue la prohibición de indexar tarifas en los servicios públicos.

En el artículo 8 de la ley 25.561 (de "Emergencia Económica", sancionada en 2002), se prohibió a las proveedoras de servicios públicos la actualización de sus tarifas por cualquier índice de precios o moneda extranjera. Ese año la inflación fue de nada menos que 40%, lo que licuó enormemente el costo real de lo que consumidores y empresas pagaban por la luz, el gas y el agua.

El maravilloso empresariado nacional ahora tenía un tipo de cambio alto que le restringía las importaciones, tarifas abaratadas en términos reales, y un gobierno listo para darle a la maquinita de imprimir pesos y el gasto público para estimular la demanda. Una jugada perfecta.

Los sindicatos también festejaron con la llegada de Néstor Kirchner al poder. Gracias a la destrucción de los salarios reales producto de la devaluación, el desempleo comenzó a bajar rápidamente en el año 2003. Después de haber alcanzado un pico de 24,5% en junio de 2002, la tasa de desocupación estaba en 17,8% en el mismo mes de 2003.

La ley de emergencia económica ya había impuesto una doble indemnización por despido, medida preferida por los sindicalistas, pero la reactivación después de la grave crisis fue el factor que ayudó a recuperar el poder de los sindicatos.

Los gremios fueron los mejores amigos del kirchnerismo durante los primeros años. De hecho, de acuerdo con Alejandro Rossi, de la Universidad de Buenos Aires, "el sindicalismo adquirió indudablemente un rol primordial, tanto en la formulación como en la implementación de las iniciativas" de política económica²¹. Durante los primeros años, los sindicatos se vieron directamente beneficiados con "políticas activas" de estímulo a la demanda, con aumentos de salario por decreto, subas del salario mínimo y presiones a las empresas para que sean más "generosas" en los pagos. Todo esto también ayudado por los controles de las tarifas de servicios públicos, que generaban una sensación de falsa prosperidad.

En 2003 los salarios del sector privado formal crecieron 15,8%, en 2004 11,0%, y en 2005 crecieron 26%; todos valores que duplicaban o triplicaban la inflación. Claro que la brutal caída del salario real en 2002 ayudaba a tener algo de espacio para recuperar, pero el gobierno y sus políticas activas estimularon este avance con firmeza.

Hugo Moyano, quien luego se distanciaría del kirchnerismo, fue una pieza clave de todo este juego. A cambio de su organización y apoyo al gobierno para evitar el "malestar social", el dirigente camionero recibía el aval oficial para

http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/5jornadasjovenes/EJE11/Rossi.pdf

 $^{^{21}}$ Rossi, Alejandro: "Los sindicatos y su influencia en las políticas de Kirchner". Disponible en:

conquistar nuevos afiliados de otros gremios, lo que consolidó su poder.

Sindicatos e industriales apoyaron efusivamente la salida de la convertibilidad y al gobierno kirchnerista. Sin embargo, políticos, sindicalistas y empresarios estaban simplemente generando la próxima burbuja.

La burbuja populista

Además de la prepotencia, el autoritarismo, el avance sobre la prensa y la corrupción, desde el punto de vista económico lo que se vivió durante el kirchnerismo fue un clásico ciclo de populismo macroeconómico. Es decir, una situación clásica de burbuja insostenible.

Recientemente Roberto Cachanosky²² graficó bien la situación cuando comparó a la economía kirchnerista con una familia que vende su casa y su auto para hacer unas vacaciones en Europa. Claro, por un rato parece que todo va fenómeno, pero en el momento que se acaba el dinero, nos damos cuenta que cometimos un error tremendo y que ahora hay que pagarlo.

En lo que queda de este capítulo, le daré forma y contenido a esta buena y sencilla descripción.

En el año 1989, los economistas Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards presentaron su tesis acerca del "populismo macroeconómico en América Latina". Para estos autores, el populismo económico es un enfoque que, mediante el uso de

²² Cachanosky, Roberto: "¿Estábamos mejor con el kirchnerismo?". Economía Para Todos. 30 de octubre de 2016.

"políticas fiscales y crediticias expansivas (...) destaca el crecimiento y la redistribución del ingreso" al tiempo que "menosprecia los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas agresivas ajenas al mercado".

Para los autores, el econopopulismo se dividía en 4 etapas claramente definidas. Una primera etapa que podemos llamar "de auge". Una segunda etapa donde predominan los "cuellos de botella". Una etapa tercera que es la de "crisis". Y, por último, el final del ciclo, con el ajuste inevitable.

El modelo económico del matrimonio Kirchner no se alejó demasiado de este libreto. El populismo kirchnerista fue muy similar, de hecho, al del primer gobierno de Perón. Durante el primer peronismo, la inflación llegó a niveles insospechados hasta el momento, y la "solución" a estos problemas fue el control de precios.

Es por esto que elijo caracterizar al modelo "de matriz productiva diversificada e inclusión social" como "populismo intervencionista, con inflación y control de precios".

Mi punto es que las economías, así, no pueden crecer de manera sostenible. Pero veamos, de a una, las 4 etapas que mencioné.

El auge

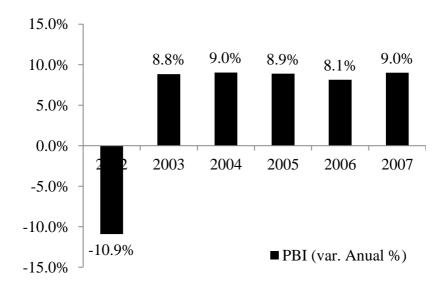
Es claro que hubo una etapa de auge posterior a la devaluación de 2002. La salida de la convertibilidad fue una decisión

política deliberada que destruyó el PBI per cápita, los contratos y abrió la puerta a la política inflacionista.

Luego del impacto, sin embargo, aparecieron los resultados positivos.

Después de un desplome del 10,9% en el PBI del año 2002, la economía se recuperó con fuerza. Durante los 4 años siguientes (2003-2007), el ritmo de aumento de la producción no bajó del 8% anual. Habían llegado las famosas "tasas chinas".

Gráfico 3.1. Crecimiento anual del PBI



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Por esos años, la inflación no era un gran problema, y tampoco el precio del dólar, que era sostenido en un nivel "competitivo" (más alto de lo que habría estado sin intervención).

Con una tan mala situación de partida, la gestión Kirchner-Lavagna pudo mostrar rápidos resultados. El desempleo cayó de manera sostenida, y también los niveles de pobreza.

En el año 2002, la tasa de desempleo se ubicó en 22,4%, mientras que en 2007 ya se había derrumbado a 8,3%. Con la devaluación, el poder adquisitivo de la gente se destruyó y la pobreza trepó al 55,3% en 2002. Sin embargo, se redujo considerablemente, al 25,9% en 2007.

Para describir la situación posterior a la debacle de 2001-2002 siempre pongo el mismo ejemplo. Como dice el refrán, lo que no mata fortalece, y si una persona se cae de un quinto piso y tiene la fortuna de sobrevivir, seguramente lo que venga después sea un proceso sostenido de rehabilitación. Es decir, comparado con una situación tan crítica, todo parece fabuloso y el cambio favorable en los valores clínicos puede ser asombroso. Sin embargo, escondida en estas tasas increíbles de crecimiento del producto estaba la semilla de la posterior recaída.

Al tiempo que el país se recuperaba, beneficiándose por una mejora en los términos de intercambio, el gasto público crecía por arriba del 20% anual, lo que estimulaba la demanda agregada y el crecimiento de la producción.

El aumento del gasto público fue la semilla de los problemas que vinieron después.

Cuellos de botella

Con el incremento del gasto vino la reducción sistemática del superávit fiscal. En el año 2004, el superávit de las cuentas

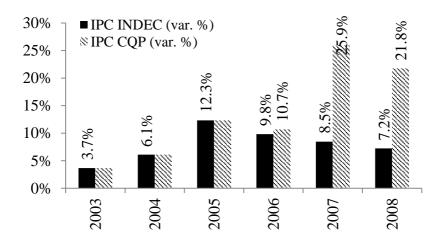
públicas alcanzó al 3,8% del PBI. Sin embargo, en 2007 éste era solo del 1% y dos años después pasaría a terreno negativo, profundizándose la tendencia año tras año después de 2009.

Además, en parte como consecuencia de la política de "tipo de cambio competitivo", la variación de la base monetaria fue alta durante todo el primer período. El gobierno emitía pesos para comprar dólares y así evitaba que su precio cayera.

En 2006, por ejemplo, la cantidad de dinero creció 38% anual. ¿La demanda de dinero también había crecido tanto como para evitar que esto tuviera un impacto en precios?

La inflación fue un problema desde bien comenzada la era kirchnerista. En el año 2003 los precios avanzaron, en promedio, 3,7%. Al año siguiente, la inflación dio un salto hasta el 6,1%. En 2015, la tasa se duplicó, marcando un 12,3%.

Gráfico 3.2. Inflación oficial y privada (2003-2008)



Fuente: Elaboración propia en base a INEC y blog CqP

En la etapa de los cuellos de botella, que podemos pensar que abarca de 2006 a 2011, el expansionismo fiscal y monetario comenzó a mostrar los primeros efectos indeseados.

Las políticas kirchneristas de estímulo a la demanda y tipo de cambio competitivo beneficiaban directamente al sector industrial y a los empresarios del "mercado interno". A falta de nuevas barreras arancelarias y trabas a las importaciones, el Banco Central de la República Argentina se dedicó a comprar enormes cantidades de dólares para mantener el tipo de cambio alto. De esta forma se buscó encarecer los productos importados y, simultáneamente, abaratar los "Made in Argentina".

La política benefició directamente a la industria, que creció a al 10% por 4 años consecutivos, pero a costa del deterioro del poder de compra de los consumidores y, fundamentalmente, de una elevada y creciente inflación.

Con la inflación acelerándose año tras año, en 2006 el INDEC dejó de ser un organismo de referencia. En 2007 la inflación ya estaba en niveles récord a nivel internacional, y los precios subieron 25,9%.

La intervención del INDEC

Es necesario hacer una mención aparte acerca de la intervención del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). Desde un punto de vista puramente liberal, las estadísticas de económicas generales podrían ser perfectamente realizadas por el sector privado, ya sea por consultoras o universidades. El negocio podría ser recopilar la información y vendérsela a los medios de comunicación o

analistas interesados varios. En el caso de las universidades, la inversión en recopilación y análisis de datos podría servir para desarrollar el prestigio de la institución y así atraer más alumnos.

Sin embargo, en la gran mayoría de los países del mundo, las estadísticas nacionales las llevan entes públicos. El Buró de Estadísticas Laborales (BLS) en Estados Unidos, la Oficina de Estadísticas Nacionales (ONS) en Inglaterra, o el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), en España, son ejemplos de entes estadísticos estatales. En todos estos casos, los organismos gozan de un alto nivel de credibilidad.

La intervención del INDEC por parte del Secretario de Comercio Guillermo Moreno fue un hito en la historia kirchnerista. Fiel a su estilo, en lugar de reconocer los errores y dar marcha atrás con políticas equivocadas, decidieron "atacar al mensajero". Igual que hicieron con los medios, o con cualquiera que osara a criticar el modelo de gestión, el kirchnerismo decidió simplemente silenciar los datos, manipulándolos de manera grosera y destruyendo la credibilidad del ente estadístico nacional.

Por 10 años consecutivos, el INDEC divulgó datos de inflación inferiores a los que ofrecía la realidad. Esto sobreestimó el crecimiento y subestimó la pobreza, que de acuerdo al dibujo oficial era incluso menor que la de Alemania. Un disparate.

Para más indignación, una vez que el sector privado tomó el rol que abandonó el ente estatal y las consultoras comenzaron a divulgar índices más creíbles de inflación, el todopoderoso secretario intentó multarlas. Felizmente, la justicia falló en su contra y posteriormente fue procesado por abuso de autoridad.

A partir del año 2009 la emisión monetaria busca, principalmente, asistir a un tesoro cuyos ingresos no eran suficientes para cubrir el elevado nivel de gasto público

La oferta en exceso de su demanda, como en cualquier mercado, genera una baja en el precio, y eso fue lo que le pasó a nuestra moneda. Su precio, o poder adquisitivo, comenzó a caer de manera acelerada.

Como explicábamos más arriba, la inflación puede parecer buena porque suele asociársela al crecimiento. Sin embargo, es solo una apariencia. Uno de sus efectos principales es la redistribución del ingreso en favor del estado.

El gobierno es el primer receptor del nuevo dinero emitido por el Banco Central. Como tal, puede gastar nuevo dinero con precios viejos. Luego el dinero circula por la economía y va llegándole a todos los involucrados. Pero el último que recibe el nuevo dinero lo hace con precios más altos. Él pierde en el proceso, mientras que los políticos ganan.

Otra característica de la inflación es que distorsiona las señales del mercado. Por tanto, destruye la eficiente asignación de recursos y planta la semilla de la propia destrucción. Una economía que invierte mucho en aires acondicionados pero poco en infraestructura eléctrica está condenada a hacer un ajuste en algún momento. Y eso sucede con la inflación. Distorsiona los precios relativos, transmitiéndole al mercado malas señales de inversión que luego deben corregirse.

Como explicábamos en el capítulo anterior, este proceso se agrava de manera feroz cuando aparecen los controles de precios, que añaden más distorsión a la previamente existente. Un resumen de los controles que destruyeron la producción en nuestro país durante el kirchnerismo puede verse en el siguiente recuadro.

Inflación y control de precios. La receta del desastre K*.

En nuestro país tenemos ejemplos concretos de las malas consecuencias que tienen las políticas de control de precios impuestas por el gobierno. La más evidente es la de los carteles que figuraban al menos hasta 2015 en innumerable cantidad de supermercados y que a ciertos productos los distinguen como de "Consumo Familiar", limitando la cantidad que puede comprar cada persona.

Sin embargo, otras consecuencias se han dado en sectores más amplios de la economía, como el sector del petróleo y gas, los combustibles, la producción de carne, de trigo y la infraestructura en general.

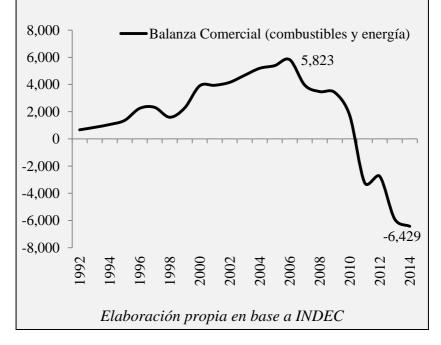
Analicemos uno por uno.

La producción de petróleo y gas se redujo en el país 28,1% y 18,6% desde el año 2003. Los gobiernos de Néstor y Cristina Fernández buscaron controlar los precios del sector, primero, cobrándole retenciones a las exportaciones de crudo del 20% en 2002 y subiéndolas al 25% en 2004. Finalmente, frente al alza del precio internacional de este commodity, se impuso un sistema de retenciones móviles que dejó el precio del petróleo fijo en USD 42 para los exportadores, quedándose el estado con la diferencia entre ese precio y el de mercado. Ese valor

fue elevado a 70 USD más adelante. Por otro lado, se le fijó un precio máximo al barril de petróleo "puertas adentro" para desvincular el precio local del internacional. Esto hoy funciona como un precio mínimo, ya que el petróleo en el mundo se derrumbó más del 50%.

Otra consecuencia de destruir la producción petrolera fue la pérdida de la llamada "soberanía energética", ya que pasamos de tener un saldo neto exportador de más de USD 5.000 millones, a importar más de USD 6.000 millones. Esto no sería un problema si respondiera a un crecimiento de las importaciones superior al de las exportaciones. Pero lo es cuando lo que se refleja es la pésima performance productiva del sector.

Cuadro 3.3 - Balanza Energética (millones de USD)



Algo que contribuyó al deterioro fue el control de los precios de los combustibles. Todavía recuerdo cuando el entonces presidente Néstor Kirchner se peleaba públicamente con Juan José Aranguren, entonces CEO de la petrolera Shell, por la política de precios de la empresa privada, que simplemente buscaba acompañar la inflación.

Luego de llamar públicamente a un boicot contra la compañía, el gobierno generó decenas de "acuerdos de precios" y también controló a las distribuidoras gracias a la regulación de los precios de YPF, antes de que ésta fuera finalmente estatizada. Las consecuencias de tal política fueron, por un lado, el abaratamiento artificial del precio de la nafta, que redundó en un boom de producción y venta de autos²³.

Por el otro, sin embargo, repercutió en la desaparición de las estaciones de servicio. Según un estudio publicado por el diario El Cronista, desde 1999 a 2015 cerraron nada menos que 2000 de estos establecimientos²⁴. Una economía en crecimiento debería aspirar a crear negocios y tener cada vez más comercios. Los controles de precios, sin embargo, conspiran contra ello, como se constata con claridad en este caso.

Lo mismo pasó con el trigo y con la carne. Con la excusa de "cuidar la mesa de los argentinos", el gobierno controló los precios, prohibió exportaciones, impuso retenciones y creó registros para realizar ventas al extranjero que terminaron convirtiéndose en licencias para vender. Así, durante los 9

²⁴ "En los últimos 15 años cerraron 2000 estaciones de servicio en el país". Diario El Cronista Comercial, 1 de octubre de 2015.

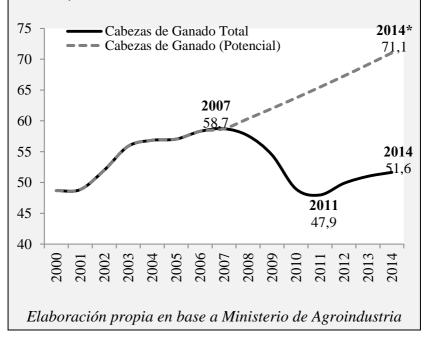
²³ Esto es así puesto que si el precio de un bien complementario cae, la demanda del bien en cuestión sube.

años previos a dichos controles, la producción de trigo promedió las 14,4 millones de toneladas, mientras que cayó a 12,2 millones en promedio a partir de 2006.

La intervención en el mercado de la carne también comenzó en 2006 y el cambio en las existencias de cabezas de ganado fue notable. En el año 2007 se alcanzó un máximo de 58,7 millones de cabezas de ganado. Sin embargo, en 2011 ese número cayó a 47,9 millones, puesto que dejó de ser negocio criar vacas.

Si se hace un ejercicio contrafáctico podemos llegar a una mejor apreciación de la magnitud del desastre.

Cuadro 3.4 - Existencias de Ganado Bovino (Millones de Cabezas)



De haber crecido al ritmo promedio anual que tuvo la producción entre 2001 y 2007, el total de cabezas en el año 2014 habría alcanzado las 71,1 millones. La realidad, sin embargo fue diferente, ya que el ganado bovino total fue de solo 51,6 millones, una diferencia de 20 millones o casi el 40%.

Finalmente, los controles de precios no solo no frenaron la inflación (ya que tanto el pan como el asado tuvieron incrementos siderales en sus precios al consumidor²⁵), sino que arruinaron a los productores, generando una escasez que redundó en una todavía más elevada presión sobre los precios por la menor oferta.

Los controles de precios también se ven en la infraestructura consumida del país. Hablar por celular es imposible, las rutas están en mal estado y los cortes de luz en la zona metropolitana, junto con los cortes de gas a las industrias en invierno, son moneda corriente. Todo ello es consecuencia de los controles aplicados a las compañías que prestan todos estos servicios, conspirando contra los incentivos a invertir.

*Tomado de Carrino, Iván: "Estrangulados: Cómo el estado Asfixia tu Economía". Inversor Global. 2016. El fragmento fue actualizado y adaptado para formar parte de este libro.

Otro punto que debemos enfatizar en esta parte del análisis es el del gasto público. Milton Friedman sostenía que había cuatro formas de gastar el dinero.

- se gasta el dinero propio en uno mismo.

^{25 &}quot;Inflación: el precio del asado aumentó 1.400% durante el kirchnerismo". Portal de noticias web de TN, 10 de febrero de 2016.

- se gasta el dinero propio en un tercero.
- se gasta el dinero de un tercero en uno mismo.
- se gasta el dinero de un tercero en un tercero.

Para Friedman, la forma más eficiente de gastar es la primera. Ahí, uno se preocupa por el costo de lo que compra, y también por la calidad. El individuo en el primer caso intenta maximizar el beneficio sujeto a restricciones de recursos.

La última forma, en cambio, es la menos eficiente. El comprador no cuida los recursos, porque no son propios, y además no mira mucho la calidad de lo que compra. El resultado es una compra cara y de mala calidad.

Esta última es la forma en que gastan los gobiernos. Gastan dinero ajeno (que toman de los impuestos, de la inflación, o en préstamo como deuda) y lo gastan en otros, pero buscando el beneficio político personal. El resultado es un gasto público excesivo, y orientado a maximizar la utilidad política, no el bienestar de los ciudadanos.

Gasto público creciente, elevada inflación y controles de precios no son una buena combinación. Generan cuellos de botella y terminan derivando en una crisis.

La crisis

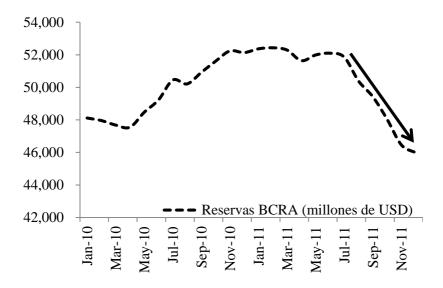
Entre 2011 y 2015 Argentina atravesó la etapa de crisis del populismo macroeconómico. La inflación hizo que la gente buscara protegerse y comprara dólares en consecuencia. Muchos argumentan que son "unos pocos especuladores" los que compran dólares. No creo que se trate solo de unos pocos, pero aun tomando esto como cierto, siempre se trata de un

mismo número, sólo que llega un momento en que se provoca una crisis cambiaria.

¿Qué cambió? A mi juicio, o hubo muchos más "especuladores", o ya nadie quiso vender sus dólares en Argentina a los precios vigentes.

En 2011 el precio del dólar comenzó a subir de manera más acelerada, pero el Banco Central intentó impedirlo. El mismo Banco Central que antes luchaba porque el tipo de cambio no cayera, ahora estaba en la vereda opuesta, intentando que no suba.

Gráfico 3.3. Reservas del BCRA (en millones de USD)



Fuente: Elaboración propia en base a BCRA

Esta accionar tuvo un efecto en las reservas, que comenzaron a caer con fuerza y cuya caída se profundizó con la reelección de Cristina Fernández. La perspectiva de una "profundización del modelo" incrementó el miedo en la sociedad, y la corrida cambiaria se intensificó.

La solución del gobierno fue verdaderamente predecible.

El intervencionista nunca cree que tenga que revisar sus políticas. En general, si una medida intervencionista fracasa, pensará que es culpa de que el intervencionismo no fue suficiente y que debe intervenir aún más. La imposición del cepo cambiario fue el corolario inevitable de esta situación.

Ahora hay que aclarar aquí que el cepo no fue el origen de los problemas argentinos. El cepo fue, más bien, un punto de llegada. Sin gasto público creciente, déficit fiscal creciente, e inflación récord, no habría habido corrida contra el peso y nunca nadie habría pensado en prohibir la compra de dólares.

El cepo no es otra cosa que un control de precios aplicado a la divisa. Y como todo control de precios, tuvo efectos destructivos. El tipo de cambio real (el poder de compra de la moneda extranjera dentro del país) cayó y las exportaciones se desplomaron. Al controlarles las ganancias a todos los exportadores, éste era un resultado previsible.

El proceso es sencillo de entender. Si lo que el exportador vende a USD 100, en el mercado oficial se lo pagaban \$ 900, mientras que en el mercado "blue" podría haberlo vendido a \$ 1.400, es evidente que alguien se estaba quedando con la diferencia. Y si alguien se queda con nuestros ingresos, seguramente decidamos buscar otras actividades más rentables.

Otra forma de verlo es la siguiente: el exportador vende por USD 100 y tiene gastos de USD 50. Ahora él no puede modificar el precio internacional de sus productos, pero los costos en argentina subían al 25% en pesos con un dólar oficial que prácticamente no se movía. O sea que esos USD 50 iniciales de costo iban en alza, mientras que los USD 100 que ingresaba permanecían sin cambios. La pérdida de rentabilidad que genera este mecanismo es notable y explica que las ventas al extranjero hayan decaído durante toda la vigencia del control de cambio.

En el año 2011, el país había vendido productos al extranjero por un valor total de USD 84.051 millones. En 2015, luego de 4 años de cepo cambiario, las ventas externas totalizaron solamente USD 56.788 millones, una caída de nada menos que 32%.

Con estos duros resultados en las exportaciones, el gobierno decidió trabar las importaciones, de forma de evitar un colapso de la balanza comercial. Por este motivo, éstas también cayeron con fuerza, lo que terminó afectando directamente a la industria que necesita insumos importados para producir.

El cepo también tuvo un efecto sobre la inversión y la entrada de capitales. Con tipos de cambio diferenciados y el "dólar oficial" siendo el más bajo, nadie quiere ingresar dólares al país.

"Para que me paguen 30% o 40% por debajo de su valor, mejor me voy con mi inversión en dólares a otro lado", pensaban los inversores.

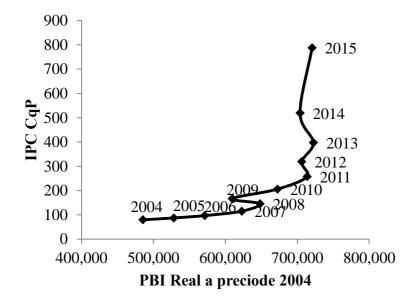
Y sin inversión no hay crecimiento posible.

Así que los resultados de esta etapa fueron muy malos. El PBI creció a una módica tasa del 0,3% anual, a pesar de que la política fiscal fue más expansiva que nunca.

El mercado laboral formal privado se frenó, y el desempleo solo se mantuvo gracias al empleo público, un nuevo parche insostenible.

Finalmente, la pobreza aumentó, según la UCA, durante todos los años del segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner. Todo esto a pesar de haber implementado y profundizado un modelo que supuestamente iba a ayudar a los que menos tenían.

Gráfico 3.4. La Burbuja Populista, un resumen.



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y CqP

Un resumen de lo dicho hasta acá se ve en el gráfico de la página anterior. Allí observamos que hubo una primera etapa de crecimiento con baja inflación. Luego una de inestabilidad con inflación alta. Y luego una etapa final de casi nulo crecimiento y precios disparados. Las políticas fiscales y monetarias expansivas fracasan, porque llega un momento en que se agotan los recursos para seguir expandiendo.

Con este escenario, nos acercamos a la cuarta etapa descripta por Edwards y Dornbusch.

La tercerización del ajuste

El gobierno anterior fue suficientemente hábil como para hacer que el ajuste recayera enteramente en la nueva gestión.

Ahora independientemente de quienes estuvieran en el poder, las opciones eran pocas: o llegaba el ajuste, o se profundizaba el modelo. Y, a mi criterio, la segunda alternativa no era otra cosa que controlar cada vez más la economía y restringir cada vez más la libertad de los ciudadanos, de la misma forma que hoy sucede en Venezuela.

Ahora la etapa del ajuste, si bien es mejor que el escenario venezolano, no es agradable.

Según los autores mencionados, en esta etapa cae el PBI per cápita, hay un salto en los precios, se reduce el salario real y, obviamente, se contrae la actividad económica.

En el caso argentino de 2016, la situación fue tal cual. La economía cayó entre un 2,2% y un 2,5% y el salario real promedio se redujo en alrededor de 6%. Por último, la

inflación que, reprimida por todo tipo de controles, había marcado 26,9% en 2015, cerró 2016 en 41,0%.

Ahora como he intentado explicar en varias oportunidades²⁶, la mayor inflación de 2016 no es responsabilidad del gobierno actual sino del descontrol monetario anterior que se buscó tapar con controles de precios. Entre los controles más conocidos están el cepo al dólar, el congelamiento de las tarifas de energía, y las retenciones a la exportación (que al inhibir la venta externa, generan una abundancia relativa de producto en el mercado local y presiona a la baja el precio).

Ahora como vimos, esta serie de controles estaban asfixiando a la economía e inhibieron el crecimiento, por lo que había que desterrarlos. El problema es que al eliminar los controles, los precios buscan su verdadero valor, dando un salto.

Este proceso es muy conocido y mucho los compararon al destape de una olla a presión. Si una olla con agua está sobre una hornalla prendida con la potencia al máximo, seguramente el agua comenzará a hervir. Si la olla está tapada, la presión hará que la olla se abra. Frente a esta situación, uno puede reducir el fuego, o bien poner un ladrillo sobre la tapa del artefacto.

Obviamente, si luego de un rato de tener el agua hirviendo con la tapa y el ladrillo, decidimos destapar la olla, el agua saltará con fuerza hacia arriba. Sin embargo, no deberíamos echar la culpa de ese salto a quien destapa la olla, sino a quien cometió la irresponsabilidad de dejar una cacerola hirviendo con un ladrillo encima de la tapa.

²⁶ Carrino, Iván: "Guía para entender la transición". Inversor Global. Buenos Aires, 2016.

El caso de la inflación con controles de precios es análogo al de la olla. Por un rato puede aguantar, pero finalmente estalla.

Lo mismo sucedió con la pobreza. Muchos miran el salto en el número de pobres y acusan al gobierno actual. Ahora lo único que hizo el gobierno fue sincerar la economía y eliminar algunos controles. Ahora si con menos controles de precios resulta que la cantidad de pobres es mayor, lo que queda claro es que los controles estaban buscando ocultar la realidad.

El mito del kirchnerismo y los pobres

El kirchnerismo en argentina fue típicamente populista. Y, como no podía ser de otra manera, llevó a los argentinos por las cuatro etapas del ciclo que describimos anteriormente.

Sin embargo, muchos creen que todo valió la pena, puesto que fue un gobierno decidido a "ayudar a los más pobres". Al parecer, en el imaginario popular el descontrolado déficit fiscal, la altísima inflación, los controles de precios, el cepo al dólar y las restricciones para importar y exportar son admisibles puesto que persiguen el noble fin de mejorar la calidad de vida de los "sectores populares".

En otras palabras, el populismo, a pesar de ser desastroso para la economía, es necesario para ayudar a los menos favorecidos.

El problema con esta concepción es que no resiste el menor análisis. De hecho, con una política totalmente distinta a la del populismo argentino, países como Perú, Colombia o Chile lograron reducir los niveles de pobreza de manera considerable mientras que en nuestro país sucedió todo lo contrario.

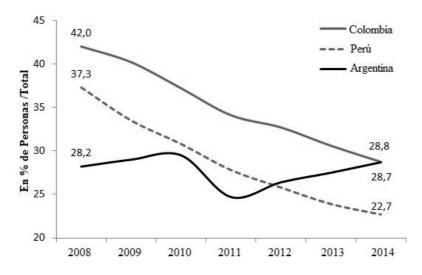
Es cierto que en el año 2003 la pobreza alcanzaba a más del 50% de la población. También es cierto que, de la mano de la recuperación económica posterior a la peor crisis de nuestra historia, ese guarismo fue reduciéndose hasta alcanzar el 25,9% en el año 2007. Sin embargo, a partir de allí la inflación y la creciente desconfianza e incertidumbre generada por el gobierno de Cristina Fernández hicieron imposible que esta cifra siga bajando.

De hecho, entre 2007 y 2014 la cantidad de pobres en el país creció en nada menos que 2 millones de personas, alcanzando hoy el 28,7% de la población según los estudios de la Universidad Católica Argentina.

Diferente es la historia de Chile, Colombia y Perú, integrantes todos de la Alianza del Pacífico. Allí el gasto público y el déficit fiscal se mantienen controlados, lo que hace que la inflación no sea un problema y, consecuentemente, tampoco lo sea la cotización del dólar. En esos países no hubo "cepos cambiarios" y todos recibieron más inversión extranjera directa que nosotros. En esas latitudes, la pobreza ha venido cayendo de manera sostenida.

Los casos de Perú y Colombia son particularmente relevantes. En ambos países el porcentaje de personas en situación de pobreza cayó 1,85 puntos por año desde el año 2008. En el caso de Perú esto significó que más de 3 millones de personas salieran de la pobreza. Para Colombia la mejora fue todavía mejor: casi 5 millones de personas dejaron de ser pobres desde 2008.

Gráfico 3.5. Personas en situación de pobreza (2008-2014).



Fuente: Elaboración propia en base a DANE, INEI, y UCA.

Con estos números podemos armar un estimado de cuál debería haber sido el nivel de pobreza en Argentina en 2014 si hubiésemos seguido el camino que eligieron Perú y Colombia. Si el índice de pobreza hubiese caído 1,85 puntos porcentuales por año desde 2008 como sucedió en Colombia y Perú, en 2014 el mismo se habría ubicado en 17,1%. Esto significa que habría habido 7,1 millones de personas pobres en lugar de las 12 millones que se registraron en 2014.

La lección es clara: el populismo kirchnerista, lejos de haber ayudado a los sectores populares, contribuyó a crear 5 millones de pobres entre 2008 y 2014.

Con los datos en la mano, dos cosas quedan claras. La primera es que la preocupación por los menos favorecidos frente a un cambio de gobierno que promete abandonar el populismo es completamente infundada. A lo sumo, la sensación debería ser de optimismo y esperanza en relación a este tema particular.

La segunda, que la realidad argentina refuerza la idea que en el último tiempo popularizó la politóloga guatemalteca Gloria Álvarez: "el populismo ama tanto a los pobres, que los multiplica".

El kirchnerismo, como todo populismo, terminó con más pobreza, recesión, devaluación y una enorme dosis de frustración. Además, prolongó el camino de la decadencia nacional.

Las elecciones reflejaron el hartazgo y finalmente sacaron al movimiento kirchnerista del poder. Pero la duda permanece, ¿cambiamos? ¿Cambiaremos?

¿Cambiamos?

"La tarea que enfrenta Macri es nada menos que derrotar la historia"

Axel Kaiser

Tres días después de que Mauricio Macri se impusiera en la segunda vuelta electoral, el Diario Financiero de Chile publicaba una nota que decía lo siguiente²⁷:

"Es difícil dimensionar la trascendencia de lo ocurrido en Argentina. Se trata de un golpe devastador para el populismo latinoamericano...

La esperanza llegó, tras un siglo de declive. El nuevo gobierno encabezado por Mauricio Macri puso fin no solo a más de una década de degeneración institucional kirchnerista sino a casi cien años de dominio político peronista. Así las cosas, la tarea que enfrenta Macri es nada menos que derrotar la historia. Ya logró una primera victoria en las urnas el pasado domingo. Esa fue la parte "fácil". Ahora le toca dar inicio a una transformación sostenible en el tiempo que logre terminar, a nivel cultural e ideológico, con el peronismo que ha destruido la libertad y condenado a la decadencia y vergüenza internacional a un pueblo que ha probado tener lo necesario para pertenecer a la élite mundial.

Si Macri logra la titánica hazaña de dejar iniciado ese cambio permanente pasará a ser el más grande líder político que haya conocido la Argentina en más de un siglo y sin duda uno de

²⁷ Kaiser, Axel: "Macri contra la historia". Diario Financiero. 25 de noviembre de 2015.

los más grandes que haya conocido América Latina en toda su vida independiente."

La columna, firmada por el abogado chileno y director de la Fundación Para el Progreso, Axel Kaiser, refleja en buena medida lo que muchos en el exterior piensan del país: que fuimos alguna vez una gran nación y que arrastramos medio siglo de decadencia, como mínimo.

Los datos de ese declive fueron expuestos de manera extensiva en estas páginas y es evidente que un nuevo gobierno que no haya salido de las vetustas estructuras del partido peronista o radical, y que no se trate de otra aventura militarista, genera positivas expectativas para lo que viene.

Sin embargo, como plantea Kaiser, ganar las elecciones fue la parte fácil. Después de eso llega el momento de enfrentarse al círculo rojo del poder, al estado profundo, a los grupos de intereses creados, a los sindicatos que quieren copar la calle, a los lobistas... Y, fundamentalmente, a una cultura que premia el atajo y desprecia el trabajo honesto, en competencia, y en el marco de una economía de mercado.

El "fenómeno Macri", curiosamente, también coincide con un giro en la política de los países de la región. Tras un proceso judicial, Dilma Rousseff fue suspendida de la presidencia de Brasil y reemplazada por Michel Temer, su vicepresidente, quien lanzó un programa económico de ajuste ortodoxo con congelamiento del gasto público para bajar el déficit fiscal.

A Macri y Temer se suma Pedro Pablo Kuczynski, en Perú, quien está a favor de desregular la economía y bajar impuestos. En Ecuador, mientras tanto, Rafael Correa no

podrá ser candidato en las elecciones presidenciales de este año y la figura de Guillermo Lasso, un empresario asociado a la derecha, cobra fuerza. En Chile también se especula con el regreso de Sebastián Piñera, quien podría imponerse al candidato del partido oficialista en los comicios de 2017.

Ahora bien, no es que nuestro país no haya experimentado con gobiernos de derecha. Finalmente, izquierda y derecha terminan siendo conceptos resbaladizos, y lo importante es que el gobierno pueda sentar las bases del crecimiento y la prosperidad. Para eso, claro está, debe rechazar al estado profundo, terminar con los privilegios y reformar de cuajo nuestro sistema económico. Inspirarse en las ideas de 1853 no es una mala estrategia.

Mientras escribo estas líneas, Mauricio Macri cumple un año y dos meses en el poder. Es un período breve de tiempo, pero que alcanza para dimensionar qué camino está recorriendo la Argentina luego del fin del kirchnerismo. La alianza política con la que Macri llegó a la presidencia se autodenominó "Cambiemos", así que qué mejor que evaluar el desempeño de la economía argentina de este último tiempo en base a si hubo, o no, un cambio real. ¿Cambiamos?

El fin del cepo cambiario

Lo mejor que hizo el gobierno de Cambiemos fue eliminar el cepo cambiario de un plumazo. En un artículo del año 2013, yo mismo pedía que se eliminara el control a las divisas extranjeras de la noche a la mañana²⁸. Iban solo dos años de control al estilo venezolano y no eran muchos los que se

123

-

²⁸ Carrino, Iván: "El cepo eliminarse mañana". Infobae. 13 de noviembre de 2013.

animaban a pedir semejante medida de shock. Muchos levantaron la ceja y otros muchos me trataron de loco. Sin embargo, algunos periodistas me dieron espacio para que fuera a explicar mi punto en sus programas.

Tuvieron que pasar dos años y un nuevo gobierno para que la salida del cepo fuera considerada necesaria por todos. Sin embargo, ni siquiera cuando todos consideraban que había que abandonarlo, había consenso sobre cómo salir de él. Los más conservadores sostenían que para salir del cepo, primero había que bajar la inflación. Esto era absurdo. Una vez que se impone un control de precios, el control de precios y la inflación se transforman en problemas separados. Por un lado, está el de la inflación, que deteriora el poder de compra de la moneda, pero por el otro está el del precio máximo, que ahoga la rentabilidad de las empresas. Acá lo que había que hacer era terminar con el cepo que asfixiaba a las empresas exportadoras, y luego preocuparse del tema de fondo que es la inflación.

Los "gradualistas", por otro lado, sostenían que si se salía del cepo de un día para el otro, el dólar se iba a disparar. Incluso, allegados al candidato Daniel Scioli sostenían que el precio de la divisa norteamericana se iba a ir a \$ 50, multiplicándose por 3, como en la salida de la convertibilidad.

No entendía nada.

La devaluación de 2002 y la "devaluación de 2016

El debate de los economistas en torno al cepo cambiario y su eventual eliminación de fines de 2015 dejó algo por demás curioso: generalizando (tal vez mucho) los que a fines de 2015

estaban en contra de cambiar el sistema cambiario y pasar a un tipo de cambio flotante son los mismos que en 2001 pedían exactamente eso.

Por el contrario, quienes en su momento rechazaban la devaluación y advertían de sus consecuencias inflacionarias, ahora se enfocaban en minimizan ese efecto.

Veamos las diferencias que explican esta aparente paradoja.

En 2001 existía un sistema de tipo de cambio fijo y caja de conversión mediante el cual se limitaba la discrecionalidad del gobierno para emitir moneda de curso legal. Esta falta de "soberanía monetaria" fue juzgada por muchos como un impedimento para salir de la crisis. Así, los economistas más heterodoxos resaltaban la necesidad de devaluar la moneda y recuperar la soberanía monetaria. En la otra vereda estaban los economistas más ortodoxos, quienes advertían que la eliminación de ese límite a la emisión que daba la ley de convertibilidad terminaría abriendo las puertas a una nueva etapa de elevada inflación.

El correr de los años le dio la razón a estos últimos. Desde diciembre de 2001, la base monetaria se multiplicó por 40. Los precios, en el mismo período, se multiplicaron por 18 y la inflación es hoy el principal problema de la economía argentina.

En 2015 el sistema cambiario era el cepo, es decir, existía un control de cambios que mantenía por debajo de su verdadero nivel al dólar. Este sistema no limitaba la emisión monetaria. De hecho, la misma llegó a crecer al 40%. Así, la inflación se ubicó un poco por debajo de 30%. En este marco, los

economistas más heterodoxos (entre los cuales ubico a todos los que argumentaban que no se podía salir del cepo y también a quienes ponían especial énfasis en el impacto inflacionario de la liberación del tipo de cambio) recomendaban, o bien mantener el statu quo, o bien proceder de una manera muy gradual.

Por el otro lado, los más ortodoxos sostenían que la inflación es un fenómeno monetario y que, si bien puede existir un impacto de corto plazo sobre el IPC, si se avanzaba hacia una política monetaria más sensata, que reduzca los niveles de emisión, la eliminación del cepo podría combinarse con una reducción de la inflación en el mediano plazo.

La realidad le dio la razón a estos últimos. El tipo de cambio no se disparó, y la inflación, si bien se aceleró, comenzó a caer después del segundo semestre de 2016.

Finalmente, seis días después de asumir, el gobierno de Macri cumplió con su promesa más osada. E hizo bien, el problema no era salir del cepo, sino tenerlo.

Lo primero reprochable del cepo fue su dudosa legalidad, debido a que atacó la propiedad privada de todos nosotros cuando quedó expresamente prohibido comprar dólares para atesoramiento. En este sentido, era curioso que algunos funcionarios del gobierno señalaran que el dólar del mercado negro era ilegal cuando, en realidad, lo ilegal era el régimen cambiario que habían inventado.

El segundo punto censurable fue su efecto sobre la economía. El cepo cambiario fue un fracaso absoluto en su afán por cuidar el precio del dólar. Durante su vigencia, en el mercado "oficial", el billete verde pasó de \$ 4,40 a \$9,8, un aumento del 123%. Sin embargo, en el mercado paralelo, donde no existían restricciones para la compra y la venta, se disparó un 230%. Por otro lado, en el mismo período nuestro país fue el que más reservas internacionales perdió de toda la región, superando los USD 20.000 millones.

Además de su incapacidad para evitar la devaluación y cuidar las reservas, el cepo creó una serie de problemas adicionales.

El sector inmobiliario colapsó, ya que se trata de un mercado dolarizado y sin dólares no pudo seguir su operatoria normal. Las exportaciones se desplomaron, dado que el dólar oficial constituía un verdadero impuesto a las ventas externas. Por otro lado, al tiempo que condenaba a todos a ahorrar en una moneda que se depreciaba día a día, subsidió el consumo de lujo, lo que se evidenció en las visitas de argentinos a Miami curiosamente celebradas por Cristina Fernández de Kirchner.

Pero así como el dólar barato fijado por el gobierno fomentó el turismo en el exterior, también generó un aliento para las importaciones, frente a lo que el gobierno decidió intervenir nuevamente, frenándolas con todo tipo de trabas burocráticas.

El resultado fue el estancamiento de la economía. Sin incentivos para producir y exportar, y sin insumos importados para fabricar para el mercado interno, la economía argentina languideció por años, y solo se salvó de que crezca el desempleo por la "generosa" política de contratación pública y el efecto de desmotivación de quienes buscan trabajo, algo que no es motivo de festejo.

Es por esto que la eliminación del cepo cambiario debe ser considerada como el mejor anuncio económico de los últimos 5 años. Fue una medida de shock, en la buena dirección, y contra los argumentos de toda la elite que no quería modificar el statu quo.

Claro que la medida tuvo ganadores y perdedores, pero entre los perdedores se encontraban todos aquellos que (como los compradores de "dólar ahorro" o algunos importadores con los contactos adecuados) tenían el privilegio de acceder al mercado oficial de cambios.

Por el contrario, los ganadores serían todos lo que antes querían comprar dólares y no podían, y también todos los que quisieran producir e invertir en nuestro país.

El adiós a la heterodoxia inflacionista

Otro de los muy buenos gestos del nuevo gobierno fue designar en el Banco Central a una persona capacitada y dispuesta a reducir la inflación como Federico Sturzenegger.

Verá usted, los bancos centrales no son los mejores amigos de la gente común. Desde su aparición y proliferación a lo largo del globo, han sido los principales responsables de la destrucción de las monedas que emiten.

Es que los bancos centrales, por décadas, han sido los mejores amigos de los gobiernos. Y cuando un mejor amigo se queda sin plata, ahí está uno para prestarle. El problema, claro, es que cuando el único autorizado legalmente para emitir dinero, le "presta" al gobierno ese nuevo dinero, eso hace que su poder

adquisitivo caiga. La inflación es lo que sigue, y luego la crisis y el empobrecimiento generalizado.

Esto sucedió en los Estados Unidos, nada menos que el país de referencia para muchos en materia de disciplina monetaria. Desde la creación de la Reserva Federal, el poder adquisitivo del dólar estadounidense se desplomó más de 90%. Por otro lado, el oro, que en 1915 estaba fijo en US\$ 20 la onza, hoy cotiza cerca de los U\$\$ 1.300.

Si miramos el "track record" de nuestra autoridad monetaria, la historia es mucho más lamentable. Cinco signos monetarios destruidos, dos hiperinflaciones, y numerosos controles del tipo de cambio que terminaron con estallidos y megadevaluaciones.

Como puede verse, lo que la historia tiene para ofrecernos es una relación directa entre la operación de los bancos centrales y la aparición de la inflación. Se desprende de esto la famosa frase de Milton Friedman, acerca de que la inflación es, en todo momento y en todo lugar, un fenómeno monetario.

Sin embargo, a pesar de esta numerosa evidencia empírica sustentada por siglos de teoría económica, en nuestro país muchos se resisten a entender.

Por los últimos doce años el país ha vivido un furioso proceso inflacionario, en donde el ritmo de aumento de precios pasó del 3,7% anual en 2003, al 38,5% en 2014. A fin de 2016, la inflación cerró en 41,0% según las estadísticas de la Ciudad de Buenos Aires.

Por años, la explicación oficial pasó por dos vertientes muy claras. La primera, que "un poco de inflación es buena" y que si queremos crecer, tenemos que bancarnos hacerlo con precios que suben. Es la clásica explicación keynesiana de la demanda agregada. Si crece la demanda, crecerá la producción pero subirán los precios.

A la luz de los datos, esta teoría quedó obsoleta. De 2011 a 2015, los precios treparon 183%. Sin embargo, el PBI creció solo 0,3% anual, reduciéndose en términos per cápita.

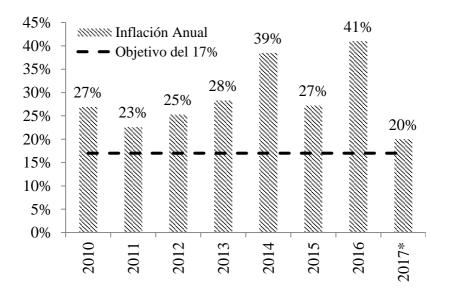
La segunda explicación es que la inflación había que bajarla de manera "heterodoxa", con políticas de ingresos y subsidios a la oferta. Es decir, con controles de precios, aumentos de salarios para incentivar el consumo, y créditos subsidiados para que las PYME produzcan más. Todas políticas contrarias al objetivo deseado, porque los controles de precios destruyen la producción, mientras que el crédito barato, al exigir subsidios que generan déficit, estimula la inflación.

La heterodoxia estaba tan orgullosa de su teoría que cuando el Federico Sturzenegger decidió emprender una política monetaria dura subiendo la tasa de interés y reduciendo la cantidad de dinero en circulación, se rio de él²⁹. Al mirar cómo los precios subían producto de la salida del cepo y el ajuste de tarifas (todo producto de la inflación reprimida por los controles); los heterodoxos afirmaron que la ortodoxia monetaria no había sido exitosa en detener la caída del poder de compra del peso.

²⁹ Zlotogwiazda, Marcelo: "Otro traspié del monetarismo". Diario El Cronista. 5 de marzo de 2016. Verbitsky, Horacio: "La madre de todas las batallas". Diario Página 12. 14 de febrero de 2016.

Lamentablemente para ellos, va quedando claro que esto es falso. Si bien 2016 cerró con un fuerte aumento en el IPC producto del acomodamiento de precios relativos; las proyecciones para 2017 muestran un contundente freno a la caída del poder adquisitivo. El gobierno prevé que los precios treparán 17%, pero incluso errando por tres puntos el pronóstico (un dato más cercano a las proyecciones privadas), estaremos frente a la inflación más baja en 7 años.

Gráfico 4.1. Inflación anual.



Fuente: Elaboración propia en base a IPC-CQP, IPCBA, y estimaciones propias.

Recientemente en el BCRA disertaron los presidentes de los bancos centrales de Chile e Israel, dos países donde la inflación cayó desde niveles estratosféricos y hace al menos diez años que gozan de inflación baja. La receta no fue el

control de precios, sino la más ortodoxa estrategia de las metas de inflación y el tipo de cambio flexible.

La inflación en Argentina está bajando. Y eso es gracias a la política monetaria. Si se consolida este camino, y no ingresamos en una nueva fiesta de endeudamiento para financiar el déficit, habrá dos motivos para festejar. El primero, es que las condiciones para el crecimiento económico crecerán considerablemente. La segunda, que será cada vez más difícil que regrese al poder la heterodoxia inflacionaria, que tanto daño le ha hecho al desarrollo económico y social de nuestro país.

Mitos y verdades sobre el nuevo gobierno

Si bien Macri ganó las elecciones en la segunda vuelta con toda la legalidad de su lado, no es menos cierto que Daniel Scioli, el candidato del oficialismo, obtuvo más de 12 millones de votos. Es decir, una enorme porción de la población mostró en las urnas una gran afinidad con las políticas populistas del kirchnerismo.

Eso ha dado pie para que se crearan una serie de mitos en torno al nuevo gobierno. Entre ellos, que se trata de "un gobierno para los ricos", que transfirió la riqueza a los grupos concentrados y que generó más pobreza de la que ya existía.

La realidad es que si bien hay mucho para criticar de la nueva gestión de Cambiemos, corresponde hacerlo con buenos argumentos y, sencillamente, las ideas de la transferencia de ingresos y la responsabilidad por el aumento de la pobreza no se ajustan a la realidad.

Veamos por qué.

Imaginémonos por un instante a una familia que decide irse de vacaciones a la costa atlántica. Habiendo visto algunos departamentos, la familia decidió que una casa les gustaba más que las otras y que el precio era acorde a lo que podían gastar este verano.

Ahora imaginemos que, luego de llegar e instalarse en la casa, algunas cosas comienzan a enturbiar el descanso. El primer día, se quedan sin agua porque la bomba se rompe. Al segundo día, se corta la luz. Al tercer día, dos sillas de madera se rompen luego de un ataque de termitas...

Frente a tal escenario, el padre de la familia decide contactarse con el propietario del inmueble y ponerlo al tanto de la situación.

Ahora supongamos que, al llegar y ver el estado de la casa, el propietario acusara a los inquilinos por todo lo malo que estaba pasando.

Sería realmente algo extraño, ¿no? Como si las termitas pudieran entrar de un día para el otro, o la rotura de una bomba fuera responsabilidad de quien la utiliza por dos días y no de quien vive ahí hace años...

Algo similar ocurrió con el gobierno de Macri y los nostálgicos del régimen kirchnerista.

La diferencia con el caso de la familia es que el nuevo presidente llegó a una casa en la que deberá quedarse por 4 años y en la que el deterioro es mucho mayor y más visible. Así, es obvio que tendrá que "hacer obra", y esto implicará necesariamente romper algunas paredes.

Dejando la analogía de lado, un informe privado de principios de 2016 sostenía que, gracias a las primeras medidas tomadas por el gobierno de Cambiemos, la pobreza había aumentado en Argentina.

Según el estudio de CIFRA, citado por el diario El Cronista³⁰:

"... la economía transita un proceso inflacionario que aún no finalizó, no solo porque los efectos de la devaluación no fueron completamente trasladados a los precios de los bienes, sino también porque se quitarán subsidios y se incrementarán fuertemente las tarifas de los servicios públicos'.

(...) el documento de Cifra-Flacso advirtió acerca de 'un significativo aumento de la pobreza' que, subrayó, 'pasó de afectar al 19,7% de la población en el segundo trimestre de 2015 al 22,1% o 23,3% (según el escenario), en enero de 2016' (...) Se trataría de entre 1,1 millones y 1,8 millones las personas que se suman a la situación de pobreza por efecto del incremento de precios de los productos de la canasta básica"

Meses después, lo mismo sostendría la Universidad Católica Argentina, referente indiscutido en cuanto a cifras de pobreza en el país.

³⁰ En medio de las paritarias, la CTA afirma que el salario real cayó 10% en tres meses. Diario El Cronista. 16 de febrero de 2016.

El problema con los informes de CIFRA y de la UCA es que equivocaron la secuencia de los hechos y, así, llegaron a conclusiones erróneas.

En realidad, no es que la devaluación y la moderada normalización de las tarifas de servicios públicos hagan subir la inflación, sino al revés. La inflación, o sea el aumento de precios generado por el exceso de emisión monetaria, tarde o temprano afecta a todos los bienes de la economía.

Por un tiempo, el gobierno puede evitar que ese efecto llegue a todas partes imponiendo controles ad-hoc, como hizo con el dólar, con las tarifas, o con los Precios Cuidados. Sin embargo, estos controles destruyen las perspectivas para la exportación, para la inversión y, deterioran los incentivos para que las empresas produzcan cada vez más y mejores cosas.

Así, se llega a una situación en donde la inflación no baja pero la economía no crece: la estanflación.

El nuevo gobierno, como el nuevo inquilino, podría haber decidido dejar todo como estaba. En el caso de la casa eso hubiera significado pasar unas terribles vacaciones. En el caso de nuestro país, eso habría significado profundizar tanto la inflación, como el estancamiento económico. Finalmente, esto habría generado más pobreza todavía.

Para evitar este escenario, se optó por hacer algo, y lo que había que hacer era desmantelar los controles que estaban frenando la capacidad productiva del país.

Ahora bien, es inevitable que esta decisión genere un efecto sobre la capacidad de compra de todos los argentinos, pero es un acto de honestidad intelectual reconocer que ese efecto no es consecuencia de las nuevas medidas, sino el resultado inevitable de lo que se había hecho antes.

En concreto, si eliminar controles y reconocer el valor real de las cosas, como el dólar, la energía y algunos productos del supermercado, hacen que la pobreza suba, lo único que quiere decir es que la pobreza, ya elevada, estaba disfrazada por dichos controles

Las pésimas políticas económicas seguidas por el kirchnerismo incrementaron el número de pobres en 5 millones en 6 años. Frente a este panorama, lo imperioso era cambiar de rumbo. Finalmente, cuanto más profundo sea este cambio, mejor será para los pobres, y no peor, como algunos se empecinan en querer instalar.

Otro de los mitos es el de la transferencia de ingresos, que se enfoca en los ajustes de tarifas, la liberación del dólar o el fin de las retenciones.

En la película Relatos Salvajes, film argentino estrenado en 2014, Diego Iturralde (Leonardo Sbaraglia) muere luego de una discusión callejera que se eleva hasta niveles insospechados. Una característica de esta historia es que Diego posee un coche nuevo de alta gama, mientras que su rival, Mario (Walter Donado), conduce un auto medio destartalado, de aproximadamente 20 años de antigüedad.

En un almuerzo con unos amigos comentábamos esta película. Una extraña pero interesante interpretación de esta historia la hizo uno de ellos cuando afirmó que la escena representaba la "lucha de clases", ese enfrentamiento supuestamente insalvable entre los más ricos y los más pobres de una sociedad.

La idea de la lucha de clases no es nueva. Sus orígenes se encuentran en los textos del economista alemán Karl Marx, quien planteaba que en el corazón del capitalismo estaba la explotación de los trabajadores por parte de los dueños del capital.

Si bien los escritos de Marx hoy se encuentran superados, lo cierto es que la idea de la lucha de clases sigue vigente. Especialmente en la discusión de la Argentina actual.

En muchos medios periodísticos afines al kirchnerismo se escucha hablar de la enorme transferencia de ingresos (desde las clases menos pudientes a las más ricas) que han generado algunas de las nuevas medidas tomadas por el gobierno nacional. En un reportaje otorgado al canal C5N, la ex presidente Cristina Fernández de Kirchner explicó que las medidas del nuevo gobierno generaban una "transferencia de ingresos a los sectores más concentrados de la economía".

Finalmente, circula un video en YouTube que afirma que la liberación del tipo de cambio, la quita de retenciones, la suba de la tasa de interés y el ajuste en las tarifas constituyen una enorme transferencia de ingresos que ascendería a nada menos que USD 20.000 millones. En retórica marxista, se afirma que el gobierno le sacó USD 20.000 millones a los explotados para dárselos a los explotadores.

La idea de la confrontación entre explotados y explotadores está fuera de foco. En un mercado libre prevalecen los

intercambios voluntarios y ambas partes se benefician de esos intercambios. No gana uno a expensas del otro.

Pero al margen de este punto fundamental, lo cierto es que la perorata actual sobre la transferencia de recursos no es más que un cuento. Un mito que debe ser desenmascarado.

A continuación haré foco en el tema de las tarifas de servicios públicos, y más adelante, abordaré la cuestión del dólar y las retenciones.

La energía no es gratis

Las tarifas de electricidad, gas y transporte estuvieron prácticamente congeladas desde el fin de la convertibilidad. Desde ese momento a hoy, la cantidad de dinero en circulación se multiplicó por 40, mientras que los precios se multiplicaron por 18.

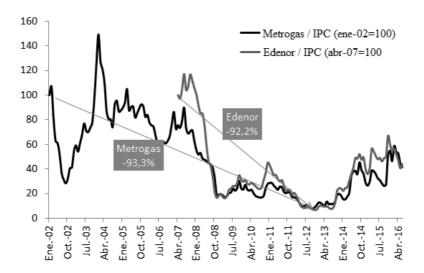
Con semejante política inflacionista, los precios de la energía fueron cayendo considerablemente en términos reales, favoreciendo su consumo indiscriminado y beneficiando a los consumidores, pero a costa de los productores.

El caso puede verse de manera clara si analizamos la evolución de las acciones de Metrogas y Edenor. Si comparamos el valor de las acciones de Metrogas contra la inflación desde enero de 2002, nos encontramos con datos más que elocuentes.

Desde enero de 2002 hasta octubre de 2012, el valor de la acción había caído nada menos que 92,2% en términos reales. Es decir, los propietarios de Edenor habían perdido casi la totalidad de su capital invertido. Luego de las elecciones de

2013, cuando las ansias releccionistas de Cristina se vieron truncas, el valor de la acción comenzó a recuperar, pero hasta julio de 2016 se encontraban un 58% por debajo de enero de 2002 en términos reales.

Gráfico 4.2. Valor real de acciones de Metrogas y Edenor



Fuente: Elaboración propia en base a Bolsar y IPC-CQP

Para Edenor la historia es similar. En noviembre de 2012, el valor real de las acciones de la distribuidora de energía se había desplomado un 93,3% desde los primeros datos disponibles de abril de 2007. Es decir, si cualquier inversor argentino había invertido \$ 100 en la empresa, 5 años más tarde el poder de compra de su inversión se había reducido nada menos que a \$ 6,7.

En un contexto como el que acabamos de describir, queda claro que los incentivos para invertir en gas y energía eran nulos y se entiende perfectamente por qué el país vive en crisis energética.

Los gobiernos tienen la facultad de generar transferencias de ingresos entre distintos sectores de la sociedad. Si le cobran un impuesto a Juan para subsidiar a Pedro, "transfieren" de Juan a Pedro.

Si le controlan los precios al kiosquero Eduardo para beneficiar a la vecina Emilia, transfieren ingresos de manera arbitraria de Eduardo a Emilia. Es esto lo que sucedió con el tema tarifario. La transferencia la generó el gobierno a favor de los consumidores y en contra de los productores, de manera arbitraria, llevándolos al borde de la quiebra y empujándonos a todos al colapso del sistema energético.

Al punto anterior también habría que agregarle el tema de los subsidios que las compañías exigieron para seguir operando frente al congelamiento tarifario. Estos subsidios dieron lugar al déficit fiscal, que luego derivó en una de las inflaciones más altas del mundo y que afecta principalmente a los que menos tienen.

Dar marcha atrás con estas medidas, y permitir una mayor libertad para las tarifas no constituye de ninguna manera una transferencia de ingresos por parte del gobierno. Sino, más bien, una devolución de dicha transferencia y el restablecimiento de la justicia en la distribución de los recursos.

Después de todo, en un mercado libre las trasferencias de ingresos son todas voluntarias y no hay nada que objetarles. A menos, claro, que pensemos que Marx tenía razón y que los

acuerdos voluntarios no son más que disfraces de la explotación capitalista.

La confiscación del billón de pesos

El otro tema de debate fue la salida del cepo cambiario y la eliminación de las retenciones a la exportación.

Sobre el tema del cepo, la leyenda de la izquierda reza lo siguiente:

"Apenas asumió el gobierno decidió liberar el mercado de cambios, por lo que el dólar pasó de valer \$ 9,6 en diciembre; a valer \$ 14,5 en abril. Esta devaluación implicó una transferencia de ingresos por distintas vías. Por ejemplo, un exportador, que vendía una tonelada de trigo a USD 170, antes obtenía \$ 1630 y ahora obtiene \$ 2465" 31

Lo primero que hay que aclarar es que liberar un mercado de cambios no es lo mismo que devaluar. Para devaluar una moneda de manera deliberada, el gobierno debería incrementar la emisión monetaria y destinar los pesos nuevos a comprar dólares para hacer subir el tipo de cambio.

En el caso del cepo, quienes habían generado la suculenta emisión de pesos habían sido los banqueros centrales del kirchnerismo, por lo que la devaluación ya estaba hecha. Prueba de esto es que el dólar no valía \$ 9,6 como se afirma, sino que sin restricciones sólo podía comprarse en el mercado paralelo, a \$ 15.

³¹ Informa sobre Transferencia de Ingresos. Patria grande. Disponible en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=BrqeTYGyB4w

Tras el fin del cepo, el dólar se acercó rápidamente al valor del "mercado blue", reflejando que el precio real del dólar era ése y no el que decían Axel Kicillof y Alejandro Vanoli.

¿Y qué nos dice esto? Que antes del 10 de diciembre, la riqueza de los exportadores estaba siendo confiscada a causa de los controles estatales. En concreto, al exportador de trigo del ejemplo de más arriba, le estaban confiscando \$ 835 por cada tonelada que exportaba.

Si el análisis de este exportador se amplía a todas las exportaciones que hizo el país desde noviembre de 2011 hasta diciembre de 2015, obtenemos una medida contundente de la verdadera transferencia arbitraria de ingresos que generó el kirchnerismo. Por la vía del cepo cambiario, a los exportadores de cualquier rubro les confiscaron \$ 916.576 millones de sus ventas al extranjero³². ¡Casi un billón de pesos!

Esta sí que es una clara transferencia de ingresos, pero una creada arbitrariamente por el gobierno que le quitaba al sector exportador para beneficiar a privilegiados importadores, turistas argentinos en el exterior, y compradores del tristemente célebre "dólar ahorro".

Todo muy progresista.

Con las retenciones el caso es similar. Las retenciones son un impuesto que sólo se le cobraba a algunos sectores de la exportación. Los derechos sobre la soja, el maíz y el trigo, son los casos más paradigmáticos.

_

³² Este número surge de calcular la diferencia entre lo recibido por el productor en pesos al tipo de cambio oficial y lo que habría recibido de no haber existido la intervención oficial y pudiera haber cobrado a un tipo de cambio de mercado.

Por derechos de exportación, el gobierno recaudó desde el año 2003 al año 2015 la friolera de \$ 497.496 millones. Esto también constituyó una clara transferencia de ingresos de los productores de bienes gravados hacia el estado, que el nuevo gobierno decidió finalizar, reduciendo la presión fiscal sobre el sector.

Ahora la pregunta es: ¿sirvieron todas estas confiscaciones y transferencias coactivas contra los productores para mejorar la calidad de vida de los pobres? La respuesta es rotundamente negativa. De 2011 a 2015, la economía argentina sólo creció 0,3% por año, una cifra enormemente insuficiente para sacar a la gente de la pobreza. En paralelo, las exportaciones cayeron 32,4%, la inflación acumulada fue de 178,4% y la cantidad pobres creció en 2,3 millones según datos de la UCA.

Las medidas puntuales de liberalización tomadas por el gobierno deben ser bienvenidas. Y no constituyen una transferencia arbitraria entre sectores, sino el restablecimiento de su natural distribución en un mercado libre.

Finalmente, como decía Abraham Lincoln, "No se puede crear prosperidad desalentando la iniciativa propia; no se puede elevar al asalariado, presionando a quien paga el salario; y no se puede ayudar al pobre, destruyendo al rico".

Kirchnerismo de buenos modales

El economista José Luis Espert fue uno de los más agudos críticos del kirchnerismo. Con solvencia en el manejo de los números fiscales y enorme capacidad didáctica, se dedicó a cuestionar todas y cada una de las medidas intervencionistas del equipo de Kicillof, Moreno y Cristina Fernández. En una

entrevista con José del Río, del Diario La Nación, este último le preguntó qué había hecho bien el kirchnerismo en los últimos 12 años.

Su respuesta fue tan corta como contundente: "Nada".

Frente a tan marcadas convicciones, Espert fue uno de los primeros que la prensa fue a buscar una vez comenzado a andar el auto del gobierno de Cambiemos. Y al ver los datos fiscales y otras medidas, no vaciló:

"En materia económica, el PRO es el kirchnerismo pero con buenos modales"

En las páginas anteriores destacamos los logros y las buenas medidas tomadas por el nuevo gobierno de Macri. Eliminar el cepo cambiario, buscar ajustar tarifas de servicios públicos y eliminar retenciones se unen a la modificación del impuesto a las ganancias (que también redujo la presión fiscal) y la aprobación de un arancel 0% a la importación de notebooks, que permitirá a la gente comprar computadoras más baratas.

Sin embargo, no todo es color de rosas, y el estado profundo no puede vencerse de la noche a la mañana.

Es por esto que el gobierno tomó el camino del "gradualismo". Es decir, hacer las cosas que supuestamente son necesarias, pero muy de a poco. Sin embargo, en algunas cosas el gradualismo se equipara a la inacción. Y, en otras, no sabemos realmente si el gobierno entiende hacia dónde hay que ir.

Tomemos el caso de las importaciones. Es cierto que ya no existe el sistema de las DJAI (Declaraciones Juradas Anticipadas de Importación, que eran un control discrecional a

las compras externas), pero eso no quiere decir que no sigamos teniendo una economía muy cerrada al intercambio internacional.

Nuestros aranceles siguen siendo altísimos en comparación con el mundo, seguimos siendo parte del poco globalizado Mercosur, y hay licencias no automáticas para el 20% de la industria. O sea, el gobierno avanzó con un arancel 0% a notebooks, pero el que va a comprar una heladera o un televisor puede dar prueba de que el proteccionismo está más vivo que nunca con Macri y con "Cambiemos".

En este marco, además, es preocupante que el presidente comparta la idea de que el libre comercio genera desempleo. En una entrevista a un medio televisivo, Macri respondió a la pregunta sobre la apertura de importaciones que: "No podemos abrir las importaciones. Nosotros tenemos que crear trabajo, no destruir el poco que tenemos." Como vimos en el primer capítulo, esta idea es completamente errónea.

Otro de los temas que preocupa es la presión tributaria. Nadie niega que el gobierno haya dado dos excelentes pasos cuando eliminó las retenciones y cuando modificó el mínimo no imponible de ganancias en los primeros meses de gestión. Sin embargo, nuestra presión fiscal debe bajar mucho más todavía.

Pero no es esto lo que sostenía el exministro de Hacienda, Alfonso Prat-Gay.

Para crecer hay que bajar los impuestos

Imaginemos que estamos viendo una maratón. No se trata de una maratón convencional. Si bien el objetivo es llegar a la meta en el menor tiempo posible, la característica distintiva de esta competición es que los corredores van cargados de una pesada mochila. Cada competidor está asesorado por un entrenador, quien puede decirle en qué momento ir quitando cosas de esa mochila y, por tanto, reducir la carga a transportar.

En nuestra competencia, uno de los entrenadores le indicó al concursante que se liberara del peso tan pronto como le fuera posible. A los pocos segundos, el maratonista abandonó su mochila y comenzó a correr más rápido.

En la misma carrera, otro entrenador proponía una estrategia diferente. A los gritos, le decía al maratonista que sólo cuando corriera un poco más rápido, iba a permitirle sacarse de encima el peso de la mochila.

Si quedó claro el ejemplo, no hace falta pensar mucho para darse cuenta que, finalmente, el primer corredor fue quien ganó la carrera, mientras que el segundo quedó relegado, en un cómodo pero último lugar.

Puede que resulte extraño, pero el ex ministro Prat-Gay tiene muchas similitudes con el segundo entrenador de nuestra historia. En una gira por Europa para atraer inversiones, afirmó que le gustaría bajar los impuestos, pero que esto no será posible hasta que la economía "no crezca fuertemente".

La afirmación no podría haber sido más desafortunada. Después de todo, los impuestos son como la mochila para nuestro maratonista. Representan una carga para la economía y, por tanto, son el obstáculo principal para que podamos crecer "fuertemente".

Por otro lado, si para bajar impuestos fuera necesario que la economía crezca previamente, debería ser cierto lo contrario. Es decir, tendríamos que pensar en subir los impuestos cada vez que se entra en recesión, algo que no recomendaría ningún economista de ninguna escuela de pensamiento.

Ahora volviendo al tema de la relación entre los impuestos y el crecimiento, podemos observar lo que los expertos afirman sobre el tema. De acuerdo al análisis de la Tax Foundation, una ONG estadounidense dedicada a monitorear la carga impositiva de los países de la OCDE, existe una relación negativa entre la carga tributaria y el crecimiento económico. Según su último Índice de Competitividad Impositiva:

"Un sistema impositivo competitivo es aquél que limita los gravámenes sobre las empresas y las inversiones. En el mundo globalizado de hoy, el capital puede moverse con facilidad. Las empresas pueden elegir invertir en un gran número de países, buscando los mejores retornos. Eso implica que buscarán países donde las tasas impositivas sean más bajas, de manera de maximizar sus beneficios después del pago de impuestos. Si los impuestos en un país son muy elevados, la inversión se irá a otra parte, generando menor crecimiento económico.

Un código impositivo competitivo y neutral promueve el crecimiento económico sostenible y la inversión. Como resultado, esto lleva a más puestos de trabajo, mejores salaries, mayor recaudación tributaria y a una mayor calidad de vida"

Según la ONG, los países con mejores sistemas impositivos en la OCDE son Estonia, Nueva Zelanda y Suiza. Argentina no es parte de la OCDE, pero podemos hacernos una idea de cuán pesada es la mochila tributaria si miramos el indicador de la Tasa Total de Impuestos que calcula el Banco Mundial. Según los últimos datos, el nuestro es el segundo país en el mundo que más impuestos le cobra a las empresas, llegando éstos a representar nada menos que el 137,4% de sus beneficios³³.

Si trasladáramos este análisis al corredor de la maratón, veríamos que el nuestro es el que tiene la segunda mochila más pesada de toda la competencia. Para colmo de males, nuestro entrenador nos dice que antes de reducir ese peso, tenemos que correr más rápido. Algo claramente imposible dado el colosal lastre.

El problema de Prat-Gay, en realidad, pasaba por otro lado.

No es que no quisiera reducir los impuestos porque necesita que crezca la economía. Es que no podía reducir los impuestos porque el kirchnerismo le había dejado un gasto público fenomenal que generaba un déficit fiscal de proporciones gigantescas. Bajar la carga tributaria, en este contexto, sólo incrementaría ese agujero.

A la postre, éste es el verdadero problema de la economía argentina: el elevado nivel de gasto público, que hace imposible reducir el peso de los impuestos sobre el sector privado sin incrementar aún más el déficit. En conclusión, es

125%.

³³ El dato en cuestión supera el 100% porque se trata de la suma de impuestos pagados dividida por el beneficio de la empresa. Una empresa puede tener ingresos de \$ 100 y costos de \$ 80, obteniendo una ganancia de \$ 20. Si en esos \$ 80 incluye impuestos varios que sumen \$ 18 y luego el impuesto a las ganancias es 35%*\$20, entonces, en total, la empresa habrá pagado \$25 de impuestos, que dividido su ganancia (\$20), resulta en una Total Tax Rate de

el gasto lo que hay que reducir en primer lugar, para luego poder dar lugar a una menor carga tributaria.

Pero los políticos raramente toman ese camino. En definitiva, se trata de la billetera personal — fondeada por los contribuyentes- que les sirve para hacer política y cosechar la máxima cantidad de votos en las elecciones. Y nadie va en contra de sus propios intereses.

Para disfrazar esta realidad, Prat-Gay sugirió en su momento que el gasto público no se podía bajar cuando la economía se encontraba atravesando una recesión. Que ningún libro de texto lo recomendaba y que Keynes sugería hacer exactamente lo contrario.

Como explicábamos en el primer capítulo, John Maynard Keynes es uno de los economistas más famosos del último siglo. Nacido en el Reino Unido en 1883, estudió en la Universidad de Cambridge con dos gigantes del pensamiento económico: Alfred Marshall y Arthur Pigou.

En la década del '30, el británico pasó a la posteridad, transformándose en una verdadera celebridad económica.

Para el autor inglés, la salida de la Gran Depresión llegaría cuando el Banco Central redujera la tasa de interés y cuando el gobierno incrementara el gasto público, de manera de hacer crecer la "demanda agregada". Las ideas de Keynes fueron especialmente atractivas para los políticos. Es que sugerían que éstos tenían, en sus manos y lapiceras, la receta infalible para curar la recesión.

A partir de ese momento, un mantra keynesiano rodea a la gran mayoría de los funcionarios públicos. Y, casi 100 años después, la Argentina no es ajena a esta tendencia.

Siguiendo el libreto keynesiano, Prat-Gay se defendió de las acusaciones de los economistas "ortodoxos". Sin embargo, era el ministro el que se equivocaba.

En primer lugar, porque cuando Keynes ofrecía las propuestas que luego plasmaría en su famosa "Teoría General", la inflación en Estados Unidos estaba entre 0% y valores fuertemente negativos. Además, el gasto público representaba el 3,4% del PBI y el presupuesto estaba equilibrado. Es decir, no había déficit fiscal que recortar.

Nuestro caso es sumamente distinto. La inflación según la Ciudad de Buenos Aires se elevó al 41,0% anual en 2016. Además, el déficit en 2015 fue superior al 6% del PBI, y según el Fondo Monetario Internacional, el gasto público supera el 40% del PBI.

Otro tema a considerar es que sí existen libros que proponen la austeridad pública para salir de la recesión. En su obra La Gran Depresión, Murray Newton Rothbard, explica a la gran crisis norteamericana como un proceso de ajuste del mercado a un desequilibrio previo creado por el estado.

En este marco, afirma:

"El mandato más importante de una política de estado seria durante una depresión es mantenerse al margen de la intervención en el proceso de ajuste (...) Sí existe, sin embargo, algo que el gobierno puede hacer con un efecto positivo: puede reducir drásticamente su rol relativo en la economía, recortando su propio gasto y los impuestos (...)

En resumen, la política gubernamental adecuada para las depresiones es un estricto laissez-faire, incluyendo un riguroso recorte presupuestario."

Lo argumentado por Rothbard no es solamente una proclama teórica. Durante la depresión de 1920-1921, esto fue precisamente lo que hizo el gobierno de los Estados Unidos. En 1920, el gasto público cayó 65%, desde USD 18.400 a USD 6.400 millones. Al año siguiente, el gasto volvió a reducirse, alcanzándose el equilibrio presupuestario y luego el superávit fiscal. Después de la depresión, que redujo el PBI per cápita en un 6,3%; en 1922 este indicador ya crecía al 4,1%, mientras que avanzó 11,3% en 1923. La austeridad y el crecimiento fueron de la mano.

Otro ejemplo similar es el de Irlanda, que salió de la recesión reduciendo su gasto y achicando el déficit, lo que le permitió mantener un sistema impositivo amigable con las empresas del mundo.

Alfonso Prat-Gay se equivocó al pensar que no reducir el gasto público, e incluso aumentarlo, era bueno para la economía.

La crisis de Argentina es producto del exceso de gasto público. Éste llevó el déficit a un nivel insostenible, la inflación a los valores más elevados del mundo, y la presión tributaria a un punto de asfixia de la actividad productiva. Reducir el gasto es lo que permitirá achicar el déficit y, en última instancia, reducir los impuestos que pagan empresas y familias. Y sólo con menos impuestos, mayor previsibilidad y menos regulaciones, se materializará la inversión privada que el país necesita para salir adelante.

Sin embargo, el gobierno no parece tener claro este punto.

Sale Prat-Gay, entra Dujovne

Dada la herencia recibida, no puede decirse que Prat-Gay haya sido un mal ministro. Después de todo, la salida del cepo, el ajuste de las tarifas y demás medidas normalizadoras fueron todas anunciadas por él.

Sin embargo, como se muestra en las secciones anteriores, no era el más comprometido con el orden fiscal y la reducción del gasto público. Tal vez por ese tema es que el gobierno y él decidieron seguir caminos separados.

Luego de la salida, el presidente convocó a Nicolás Dujovne, un economista de amplia trayectoria en el sector privado, y famoso por escribir en el Diario La Nación y conducir un programa de análisis político y económico en la señal de cable TN.

Durante su labor como columnista, el flamante Ministro había escrito a favor de abrirse al comercio, bajar impuestos, reducir el poder sindical y congelar el gasto público... ¿Se viene el liberalismo?

En el año 2014 estuve en Ecuador, invitado por la Universidad San Francisco de Quito a un evento para conmemorar los 15 años de la dolarización. Uno de los paneles los compartí con el prestigioso economista, Lawrence White, quien fue consultado acerca del rol de los economistas en la política pública.

La respuesta de White fue bien concreta: los economistas están en la gestión pública para alertar a los políticos acerca de lo que no deben hacer. Así, frente a los planes megalómanos de los políticos en funciones, los economistas deben enfatizar las restricciones presupuestarias y las consecuencias no intencionadas de las políticas intervencionistas.

Por ejemplo, si el gobierno quiere imponer un precio máximo, el economista le dirá que eso generará escasez y que mejor no tomar dicha medida. Si el gobierno, por otro lado, desea regalar viviendas a los necesitados, ahí estará el economista para sostener que eso implicará un aumento del gasto público que deberá financiarse con más impuestos, afectando el crecimiento económico.

Es en este marco donde siempre genera preocupación la salida de un Ministro de Economía. Durante los últimos años especialmente, la salida de los ministros o altos funcionarios del área económica del kirchnerismo implicaba eliminar un obstáculo a la hora de profundizar el intervencionismo.

Fue el caso de Lavagna, cuando gobernaba Kirchner, o de Martín Redrado, presidente del Banco Central durante el mandato de CFK.

Sin embargo, el cambio decidido por el gobierno de Macri hace pocos días no generó ningún nerviosismo. Además, tampoco parece implicar un mayor intervencionismo. De hecho, sería todo lo contrario. Quien asumirá como Ministro de Hacienda a partir del lunes es Nicolás Dujovne, ex economista jefe del Banco Galicia y conocido por sus columnas periódicas en el Diario La Nación y en la señal de televisión Todo Noticias.

Su rol como columnista hace fácil la tarea de averiguar quién es y cómo piensa el futuro funcionario.

A la luz de sus notas, es probable pensar que estemos frente a un ministro contrario al intervencionismo y que entienda el valor de la libertad económica.

Nicolás Dujovne siempre fue crítico con kirchnerismo. En una nota de julio de 2015, lo definió como "un nacionalismo populista que expandió el gasto público y la influencia del Estado tanto como pudo, apropiándose para ello de cuanta caja se le cruzó por el camino" y que "cuando las cajas 'heterodoxas' se agotaron, los mecanismos de estiramiento del no ajuste se tornaron más costosos y derivaron en la imposición de medidas cada vez más disfuncionales (el cepo, las restricciones a las importaciones)"

Con elegancia y suavidad en los términos, la crítica de Dujovne no deja de ser demoledora.

Otro de los temas que tocó fue el debate por el tipo de cambio. El 26 de septiembre de 2016 sostuvo que el tipo de cambio no era el problema fundamental de la competitividad argentina, sino "los altísimos costos del transporte interno, el proteccionismo y la presencia de numerosos impuestos muy distorsivos".

En su nota apuntó directamente contra el sindicalismo y especialmente al gremio de Camioneros, que "controla 15 ramas de actividad, que van desde todo el transporte de cargas por camión a nivel nacional e internacional, la logística petrolera, la distribución de alimentos...".

Respecto del proteccionismo y la política comercial, Dujovne sostiene que trabar importaciones impide exportar, debido a que incrementa el costo de los insumos:

"Si todos los insumos cuestan más en la Argentina, sólo les podemos exportar manufacturas a países con una estructura de protección similar a la nuestra, es decir, con insumos caros. No es casual que 60% de las exportaciones industriales de la Argentina vayan a Brasil, país con el que compartimos la anticuadísima estructura arancelaria que determina el Mercosur." 34

Otro problema que destaca del proteccionismo es el alto precio que pagan las familias por bienes como la indumentaria, la electrónica y los juguetes. Una economía más libre implicaría, de acuerdo al flamante Ministro:

"... un fuerte aumento del ingreso disponible de las familias. A nivel macroeconómico, aumentar el ingreso disponible de las familias por esta vía implicaría un mayor nivel de inversión, y a nivel microeconómico, habría más familias capaces de acceder a una vivienda, de mejorar la educación de sus hijos o de ahorrar dinero en el banco o gastar en otros

_

 $^{^{34}}$ Dujovne, Nicolás: "Tal vez el problema no sea el tipo de cambio". Diario La Nación. 26 de septiembre de 2016.

bienes: nacerían empresas que aún no conocemos y que nadie defiende."³⁵

Concluyendo que "sólo podemos ir en una dirección: más apertura, más competencia y mejores salarios."

Amén.

El 5 de septiembre, el nuevo ministro también había abordado la cuestión fiscal, y sostuvo que había tres claves para tener un país normal: banco central independiente, democracia republicana y un "fisco bajo control".

En esa nota destacaba que el gobierno de Cambiemos tenía los dos primeros elementos dentro de su cartera, pero que todavía faltaba para controlar al fisco. Dos semanas después, afirmaría que el gobierno jugaba "al fleje" en esta materia, sugiriendo que el exceso de gradualismo era una estrategia riesgosa.

Para combatir el déficit público, de sus notas se extrae que el gobierno debería tener una menor cantidad de empleados públicos y que, como Brasil, debería congelar el gasto en términos reales, al menos hasta 2026.

Las ideas que esbozó Dujovne durante su último tiempo como columnista de La Nación son todas muy razonables y necesarias para que la economía del país crezca de manera sostenible en el futuro.

Argentina necesita menos costos de producción, más apertura comercial y un sector público más chico. Sobre el nivel del gasto público, a uno le gustaría que, en lugar de congelarse,

-

³⁵ Dujovne, Nicolás: "Primeros pasos hacia unamayor apertura comercial". Diario La Nación. 24 de octubre de 2016.

bajara en términos reales, pero debemos celebrar que un ministro de Hacienda esté dispuesto a debatir en serio sobre este tema.

La duda que tengo es si, en su rol de Ministro de Hacienda podrá llevar a la práctica siquiera alguna de estas ideas. La política es un mundo difícil y está gobernada por intereses ocultos. Además, hoy en día deberá coordinarse con al menos otros 7 ministerios, un jefe de gabinete y dos vicejefes que toman todas las decisiones.

Dicen que cuando los teóricos y analistas llegan al poder, dejan las convicciones en la puerta de los ministerios. Esperemos que no sea éste el caso de Nicolás Dujovne, pero la cuestión sigue hoy abierta.

Lo que preocupa es el déficit fiscal

Los economistas más importantes del mundo miran con mucho cuidado las finanzas públicas. Es que como en una familia o empresa, cuando los gastos superan a los ingresos de manera permanente, en algún momento aparecen las consecuencias indeseadas.

Esto no nos pasa solo a los argentinos. El caso de Grecia es reciente y famoso. Su déficit fiscal llevó a una crisis de deuda, donde el gobierno se veía imposibilitado de pagarles a sus empleados, acreedores y proveedores. El de Venezuela es otro caso paradigmático. El exceso de gasto se financia con emisión monetaria, y la inflación es la más alta del mundo.

Otros países más normales padecen los mismos fenómenos. Recientemente, el afamado economista de Harvard, Kenneth Rogoff, sostuvo sobre la deuda norteamericana³⁶:

"Con una deuda neta que ya se encuentra por encima del 82% del PBI, los potenciales costos fiscales de una suba en las tasa de interés podrían ser gigantescos."

En el caso argentino, los persistentes desequilibrios entre ingresos y gastos del gobierno de Cristina Fernández, nos condenaron a tener altos niveles de inflación. Pero no sólo eso, sino que la economía dejó de crecer porque la inflación nos llevó al cepo y a toda una parafernalia de controles insostenibles.

Hoy muchas cosas han cambiado en la economía y la política argentina.

No hay más cepo cambiario, no estamos en default, el gobierno ofrece conferencias de prensa, no apoyamos institucionalmente al gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela, no se le cobran más retenciones al trigo, y el Banco Central sostiene que su principal objetivo es reducir la inflación.

Sin embargo, hay algo que sigue igual y que, incluso, está profundizándose.

Es el déficit fiscal.

De acuerdo con los datos dados a conocer por la Secretaría de Hacienda y Finanzas Públicas, el déficit fiscal total de \$

³⁶ Rogoff, Kenneth: "Estados Unidos, ante una decisión sobre su deuda". Diario El País. 26 de agosto de 2016.

365.168,6 millones. Este dato representa una variación del 61,8% con respecto al mismo período del año anterior y un 4,7% del PBI.

Sin embargo, esta no es toda la realidad.

Es que si queremos ser coherentes con la medición que hacíamos durante la gestión de Cristina Fernández de Kirchner, al resultado todavía hay que restarle las transferencias que el Tesoro recibe del Banco Central y la ANSES, que no son ingresos del gobierno, sino formas en que financia su agujero.

Considerando estas modificaciones, el déficit en realidad asciende a \$ 544.432,7 millones, un 48,1% más que el año pasado, pero un 6,9% del PBI. Es decir, un déficit incluyo mayor que en 2015.

Este incremento del agujero de las cuentas públicas es una continuación de la tendencia que venían arrastrando las cuentas públicas durante el kirchnerismo.

Esta dinámica para las cuentas públicas es preocupante. La inflación está bajando, pero sigue siendo elevada.

El Banco Central sigue financiando al gobierno emitiendo pesos. Si bien hoy el sistema se rige por las "metas de inflación" y el instrumento elegido para lograr los objetivos es la tasa de interés, no es neutro el efecto que tiene esta inyección de pesos en el mercado.

Sin embargo, éste no es el único problema. Además, no es el más grave al que nos enfrentamos. Después de todo, como explicábamos antes, la inflación está bajando.

El nuevo eje de preocupación es el endeudamiento. Durante 2016, el gobierno colocó más de \$ 600.000 millones de nueva deuda en los mercados, un 50% de la cual es en moneda extranjera.

En el corto plazo, el endeudamiento en dólares potencia el llamado "atraso cambiario". Se habla de atraso cambiario cuando el dólar queda rezagado respecto de la inflación, y la economía local comienza a ser muy "cara" en relación a las demás economías mundiales.

Cuando el gobierno toma deuda, recibe dólares que el mercado le ofrece, y esa mayor oferta de divisas presiona a la baja la cotización. Si el ajuste fiscal fuera mayor, no habría necesidad de contraer tanta deuda, la oferta de dólares sería menor, y el tipo de cambio más alto. Esto beneficiaría a los sectores productivos que venden internacionalmente.

El tema del atraso cambiario es de corto plazo. A mediano y largo plazo, la deuda genera efectos nocivos sobre toda la economía. Finalmente, las dudas sobre su sostenibilidad y la posibilidad de repagarla pueden desatar una crisis.

Los analistas más optimistas dicen que el gobierno eligió el camino gradualista (lo que implica seguir teniendo enormes déficits fiscales), para ganar poder político y triunfar en las elecciones de 2017. Sin embargo, sostienen que después del triunfo, comenzarán las "reformas profundas", "estructurales", las que la economía necesita.

Es un punto de vista que escuchamos muchas veces, pero después resulta que esas reformas nunca llegan.

Además, recordemos que en 2019 también hay que ir a las urnas: ¿cuál va a ser el incentivo para hacer las reformas, si se supone que no haciéndolas es que se ganan las elecciones?

La trayectoria de las cuentas públicas preocupa a un cada vez mayor número de analistas y profesionales. Yo comparto la preocupación. El déficit ha sido nuestro principal problema económico de la historia reciente y puede que siga siendo un gran dolor de cabeza.

Como puede verse hasta acá, el primer año de Cambiemos deja mucho para analizar. Y como traté de mostrar, hubo medidas muy acertadas, y otras cosas que todavía están tardando en concretarse. Esto me recordó a un presidento norteamericano que asumió el poder en medio de una situación bastante similar, y que terminó torciendo el rumbo de la economía: Ronald Reagan.

¿Será Macri el Ronald Reagan argentino?

En la década de los '70, y especialmente entre 1976 y 1980, Estado Unidos vivió un proceso de estancamiento con inflación. Los precios crecían a una tasa sostenida de entre 6 y 12%, pero la economía crecía muy por debajo de su potencial de largo plazo.

Además, la potencia económica del mundo estaba repleta de regulaciones. La más notable era el control de precios de los combustibles. Al igual que en los demás lugares donde hay controles de precios, las estaciones de servicios del país generaban colas de automovilistas y malestar entre ellos. La desesperación por la falta de producto llevaba incluso a peleas

entre los conductores, como lo retratan algunas películas de la época.

Estados Unidos era, a finales de los '70, una víctima de las políticas keynesianas e intervencionistas. El crecimiento era pobre, la inflación subía y las regulaciones asfixiaban la actividad empresarial.

En este marco fue que ganó la presidencia Ronald Reagan, un republicano actor de Hollywood que prometía revolucionar la economía bajando impuestos, regulaciones y combatiendo la inflación.

La economía argentina tiene muchas similitudes con la norteamericana de los '70. Luego de una década de populismo, la actividad no crece, la inflación es muy alta y los impuestos y las regulaciones están a la orden del día. ¿Podremos resurgir de nuestras cenizas?

Ronald Reagan nació en 1911en el estado de Illinois, Estados Unidos. En 1937 se mudó a Hollywood y participó en algunas producciones importantes de esa fantástica fábrica de arte norteamericano.

Si bien parecería que se trataba de un "outsider", lo cierto es que ya en sus épocas de actor tuvo participación política, siendo elegido dos veces como presidente del gremio de los actores. Durante su gestión, luchó por remover la influencia comunista del gremio.

Hasta 1962 fue un demócrata declarado. Sin embargo, ese año se pasó al bando de los republicanos, quienes supuestamente defienden un rol limitado para el estado y el conservadurismo

fiscal. Pocos años después se convertiría en gobernador de California, estado que dirigió desde 1967 hasta 1975.

En 1980 fue elegido finalmente presidente, luego de dos candidaturas fallidas. Su mensaje era muy claro:

"Solo reduciendo el crecimiento del gobierno, podremos aumentar el crecimiento de la economía"

La economía en 1980 sufría del fenómeno llamado estanflación, donde se combina un bajo crecimiento económico con una elevada inflación. Precisamente ese año el PBI se había contraído 0,2%, pero la inflación superaba el 12% anual, uno de los niveles más altos jamás vistos en el país del norte.

Para revertir esta situación se implementó lo que luego se conoció mundialmente como "reaganomics", que se planteaba 4 objetivos principales:

- Bajar la inflación controlando la oferta monetaria.
- Reducir la regulación.
- Reducir las tasas marginales de impuestos al trabajo y al capital.
- Reducir el ritmo de crecimiento del gasto público.

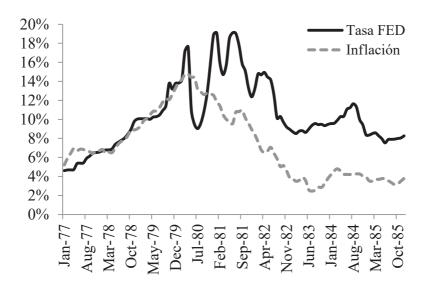
Analicemos ahora punto por punto.

Reaganomics 1 – Inflación 0

Jimmy Carter, el antecesor de Reagan en la presidencia, ya había designado presidente de la Reserva Federal a Paul Volker. Sin embargo, fue recién en 1980 y, ya bajo la presidencia de Reagan, en 1981 que el nuevo encargado de la

política monetaria decidió subir con fuerza las tasas de interés para controlar la inflación.

Gráfico 4. 3. Tasa de política monetaria e inflación (1977-1985)



Fuente: Elaboración propia en base a FED y BLS

En el sistema que maneja la Fed, la tasa de interés es el resultado de las "Operaciones de Mercado Abierto" del Banco Central, que afectan el costo del crédito en el mercado interbancario. Así, cuando la Reserva Federal quiere que la tasa baje, lo que hace es emitir billetes y comprarle a los bancos comerciales títulos de deuda pública. Esto hace que los precios de la deuda suban y que, como consecuencia, la tasa de interés baje.

La operación inversa consiste en vender títulos de deuda a los bancos comerciales. Cuando la Fed hace esto, recibe los dólares de los bancos comerciales a cambio de los títulos, cuyo precio termina cayendo. Las tasas de interés de esos bonos, entonces, suben.

Esto fue lo que hizo Volker en 1981: absorbió pesos, redujo la expansión monetaria y encareció el crédito.

Obviamente, este cambio en el costo del crédito generó una recesión. En 1982 la producción agregada cayó 1,9%, pero la inflación comenzó a reducirse significativamente.

En diciembre de 1980 los precios trepaban al 12,5% anual, uno de los niveles más altos jamás vistos en la historia de Estados Unidos. Al año siguiente, este guarismo había caído a 8,9%. En 1982, los precios avanzaron solo 3,8% anual en diciembre. Para 1986 la inflación no superaba el 2% anual.

El éxito contra la inflación también puede verse en los precios del oro. El metal precioso, considerado refugio contra la destrucción de la moneda, había trepado considerablemente durante los años de Carter. Sin embargo, con el control de la inflación, también cayó el precio del oro.

Reagan y Volker le ganaron a la inflación subiendo a tasa de interés y controlando la cantidad de dinero. Ese éxito permitió que luego la tasa de interés pudiera bajar, lo que dio aire a la actividad económica.

Quitarle los cepos a la economía

Dentro del programa económico de Reagan estaba la desregulación del sector privado. Según William Niskanen, economista y miembro del Consejo de Asesores de la presidencia de Reagan de 1981 a 1985, la desregulación de la

economía continuó una tendencia que ya había comenzado Carter.

Para Niskanen³⁷:

"Reagan relajó o eliminó los controles de precios en el combustible, el gas natural, la TV por cable, el servicio telefónico de larga distancia, el sistema de transporte terrestre interestatal y los trasportes oceánicos. A los bancos también se les permitió invertir en una mayor cantidad de activos y el rango de alcance de las leyes antimonopolio se redujo. La gran excepción de su programa fue el incremento en las barreras para importar productos extranjeros."

El Mercatus Center, un centro de análisis de la Universidad George Mason lleva un registro de la cantidad de regulaciones emitidas por todos los presidentes norteamericanos desde Carter hasta Obama. Según el estudio, la segunda presidencia de Reagan fue la mejor de todas, con una regulación acumulada que casi ni creció.

Otro dato que se desprende del cuadro es que Carter emitió más regulaciones que Reagan durante su primer mandato.

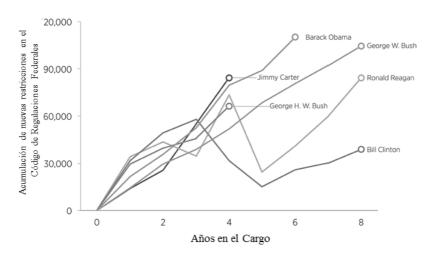
De cualquier forma, hayan sido más o menos las nuevas regulaciones, o hayan sido comenzadas por Carter o por Reagan, lo cierto es que la desregulación, especialmente el fin de los controles de precios, tiene un efecto netamente positivo para la producción agregada.

Sin controles de precios hay más incentivos a invertir y producir, y si a eso se le suma una menor inflación, puede

³⁷ Niskanen, William A.: "Reaganomics". Library of Economics and Liberty.

entenderse que el panorama para la producción pasaba a ser mucho más favorable con la nueva política económica.

Gráfico 4.4. Nuevas regulaciones agregadas desde Carter a Obama



Fuente: Mercatus Center

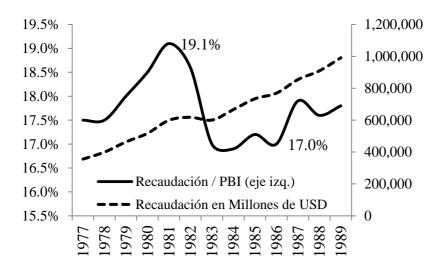
Reagan contra los impuestos

Ronald Reagan ganó las elecciones prometiendo una fuerte reducción de los impuestos al trabajo y a las empresas, algo que consiguió durante su mandato.

Según Niskanen, las tasas marginales cayeron desde el 70% al 28%, mientras que los impuestos a las empresas también se redujeron de manera contundente, desde el 48% al 34%.

A su vez, las escalas del impuesto a las ganancias se comenzaron a ajustar por inflación y a la mayoría de los ciudadanos de menores ingresos se los eximió de pagar el tributo. Entre el año 1982 y 1983 la recaudación tributaria prácticamente quedó congelada en términos de dólares, reduciéndose con fuerza en comparación con el PBI. Durante los años siguientes, la presión fiscal permaneció en niveles menores a los que prevalecían antes de Reagan.

Gráfico 4.5. Presión Tributaria en Estados Unidos (1977-1989)



Fuente: Elaboración propia en base a WhiteHouse.org

La reducción de los impuestos a las empresas y personas se vio parcialmente compensada con un aumento en los impuestos a la Seguridad Social y también a la herencia, al tiempo que se removieron algunas deducciones.

Sin embargo, en términos agregados, la presión fiscal fue menor, como se observa en el gráfico.

Reagan, el keynesiano

El último punto del "reaganomics" era controlar el incremento del gasto público. Sin embargo, este no fue para nada el punto fuerte de Reagan. Durante su mandato, el gasto total del gobierno pasó de U\$S 678.000 millones en 1981, a U\$S 1,06 billones durante el último año de su gestión en 1988. Esta variación —de 56,9%- se compara contra una inflación acumulada en el mismo período de 17%.

Es cierto que el gasto en términos reales creció menos, en promedio, de lo que lo hacía cuando Jimmy Carter era presidente. Sin embargo, según mis estimaciones, las erogaciones estatales avanzaron al ritmo del 2,7% anual en términos reales durante toda la presidencia de Reagan.

Esta combinación de un mayor gasto público junto a los recortes impositivos previamente mencionados dio lugar a un incremento del déficit fiscal.

Durante los primeros tres años de la "revolución Reagan", el gasto público pasó de 21,6% del PBI al 22,8%. En 1984 se produce la primera reducción, y luego la tendencia cambia favorablemente, reduciéndose gradualmente hasta el 20,5% del PBI en 1989 cuando Reagan cesa su en su mandato.

Esta moderación del gasto no fue suficiente para compensar los ingresos tributarios y el déficit se mantuvo siempre por encima del 3% del PBI, superando largamente a su antecesor en el cargo Jimmy Carter. Debemos notar, sin embargo, que a partir de 1985, la tendencia del desequilibrio fue siempre declinante, aunque de manera muy gradual.

La acumulación de desequilibrios fiscales tuvo su efecto sobre la deuda pública, que aumentó de manera considerable.

Durante los años de Carter, la deuda pública de los Estados Unidos venía reduciéndose en términos del PBI. Es que en esa época, el déficit fiscal era financiado con emisión de dólares.

Una vez que el Banco Central decidió terminar con la inflación, ya no quedó disponible esa vía, y al no reducir el déficit, la deuda comenzó a crecer. Durante toda su gestión, Ronald Reagan, generó un espectacular incremento del endeudamiento, llevando la deuda desde el 31,7% del PBI al 51,5% en 1989.

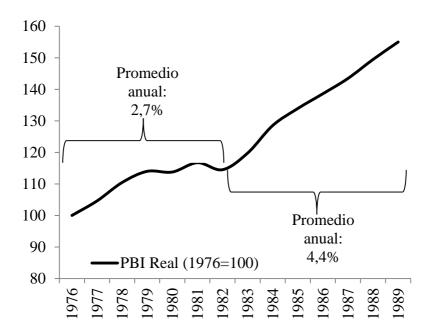
Los resultados de la "revolución Reagan"

Como vimos más arriba, el programa de Reagan tal vez fue uno de los más ambiciosos programas de reforma económica jamás antes visto. Sin embargo, a la hora de los hechos, no todo pudo llevarse a la práctica.

La batalla contra la inflación se ganó, la presión tributaria se redujo y hubo cierta desregulación de la economía. Sin embargo, la cuestión fiscal no pudo ponerse en caja, y el gasto público siguió creciendo, incrementando también el volumen de la deuda.

De cualquier forma, y a juzgar por los resultados obtenidos, puede decirse que las reformas que introdujo el presidente número 40 de los Estados Unidos fueron positivas.

Gráfico 4.6 PBI real de Estados Unidos (1976=100)



Fuente: Elaboración propia en base a BEA

El crecimiento anual promedio entre 1976 y 1982, año de la crisis producto de la suba de la tasa de interés fue de 2,7%. Sin embargo, una vez superada la crisis y con una inflación considerablemente menor, la economía volvió a crecer, y a un ritmo de 4,4% anual promedio.

A su vez, el desempleo también bajó. El último año de la presidencia de Jimmy Carter, la tasa de desocupación alcanzó el 7,2%. Luego, durante la crisis de 1982 ese número escaló hasta el 9,7%. Sin embargo, luego fue por un camino de descenso hasta llegar al 5,5% del último año de mandato y al 5,3% en el año en que Reagan dejó de ser presidente. Esto, claramente, echó por tierra a la famosa "curva de Phillips" que

presuponía que existía una relación inversa entre inflación y desempleo.

Con Reagan, no sólo bajó la inflación, sino también la desocupación.

Un último dato a considerar es la riqueza per cápita. Cuando Reagan asumió la presidencia en 1981, la riqueza per cápita de los estadunidenses era de USD 28.400 dólares al año (en dólares constantes de 2009). Sin embargo, en 1988 este índice se había elevado a los USD 35.000, un incremento notable del 23,1%.

¿Será Macri nuestro Ronald Reagan?

La situación de los Estados Unidos a fines de los años '70 y de la Argentina de mediados de los 2010 es similar. Durante el segundo mandato de CFK la economía dejó de crecer, la inflación fue muy alta y la regulación estatal alcanzó niveles insospechados, con controles de precios, cepo cambiario y trabas para exportar e importar como puntos más importantes.

El programa de económico de Macri se propuso cambiar buena parte de todo este modelo.

A juzgar por los objetivos declarados de los propios funcionarios, se buscará 1) bajar la inflación; 2) "quitarle los cepos" a la economía; 3) bajar la presión tributaria; 4) resolver el problema del déficit fiscal.

Analizando punto por punto, vemos que en el primer aspecto la política monetaria está bien enfocada. La emisión ha moderado su ritmo y el Banco Central está comprometido a mantener una tasa de interés positiva en términos reales hasta tanto la inflación baje a 5% anual en 2019. Se trata de un programa gradual para reducir la inflación, pero no dudamos de que el objetivo vaya a ser alcanzado con éxito.

Por el lado de los "cepos", debemos reconocer que también se han tomado algunas buenas medidas. Para empezar, la eliminación del cepo cambiario que restituye la rentabilidad a todos los exportadores e inversores extranjeros de manera instantánea. Además, si bien sigue existiendo "Precios Cuidados", lo cierto es que no hay un extensivo control de precios en los bienes del supermercado. Respecto de las tarifas, éstas lamentablemente siguen controladas, pero el gobierno está dando señales de que irán actualizándose para corregir el brutal atraso que generó el kirchnerismo. Por último, eliminación de las trabas para exportar (los famosos ROE) y el fin de la ley de medios son medidas bienvenidas que impulsarán la inversión y la producción.

Con respecto al tema de la presión tributaria, hemos visto dos medidas importantes. Por un lado, la eliminación completa de las retenciones a la exportación en numerosos productos excepto la soja. Los sectores beneficiados ahora pueden producir con mejores incentivos y de forma más eficiente. El segundo punto es la reforma del Impuesto a las Ganancias, que ocurrió a principios de 2015 y que luego volvió a modificarse por ley en diciembre de 2016.

Al igual que Reagan, la cuestión del desequilibrio fiscal parece ser la Espada de Damocles del programa de Mauricio Macri.

Es que, al menos en términos del PBI, el déficit creció en 2016 y el gasto público seguirá aumentando en términos reales. Como corolario, habrá un incremento de la deuda.

Aquí aparece un interrogante fuerte que diferencia a Macri de Reagan.

Cuando Reagan acudió a la deuda para financiar "su modelo", ésta era muy baja en términos del PBI. Esto no es así en el caso argentino, donde la ratio Deuda/PBI se encuentra en los mismos niveles que originaron la crisis de 2001.

Antes del estallido de la crisis de 2001, la deuda estaba en 54% del PBI, niveles similares a los de la actualidad.

Claro que la situación es distinta hoy, ya que mucho de lo que se debe está en moneda local. Sin embargo, aparece un techo para el endeudamiento que no podemos evitar, y todo dependerá de la confianza de los inversores y de los compradores de bonos, quienes no tienen buenas experiencias con la deuda local.

Las políticas económicas de Reagan rescataron a la economía norteamericana de la enfermedad keynesiana-intervencionista. Desregulando la economía, bajando impuestos y bajando la inflación, el país volvió a crecer generar empleo de calidad. Sin embargo, el punto más flojo de todo su programa fue no poder resolver el déficit fiscal, incrementando sideralmente el endeudamiento, cosa que le fue posible gracias al bajo nivel de deuda existente.

El caso de Macri es bastante similar. Redujo impuestos y piensa seguir haciéndolo. Desreguló varios sectores de la economía y Federico Sturzenegger está bajando la inflación. Sin embargo, la cuestión fiscal sigue sin resolverse y se necesita colocar mucha deuda para financiar la transición.

Desde mi punto de vista, es claro que las medidas tomadas tendrán un efecto sobre el crecimiento económico y habrá un rebote fuerte de la actividad con menos inflación. Sin embargo, la suerte de mediano-largo plazo del "modelo M", dependerá mucho de la confianza de los inversores.

A Reagan los inversores le creyeron y le permitieron incrementar el endeudamiento. Durante su gobierno, recalcamos, el déficit creció pero a partir de 1986 mostró tendencia a la baja.

Los inversores podrían creerle también a Macri y permitir el éxito de su programa. Pero estamos en niveles de deuda altos y no tenemos el prestigio que tiene Estados Unidos en este tema. Esto nos somete a una mayor vulnerabilidad y exige que el gobierno sea muy cuidadoso con el tema fiscal.

Habrá que mirar de cerca las tasas de interés de la deuda y las señales de gasto público del gobierno de acá en adelante.

De eso dependerá que Macri tenga éxito y sea recordado como el presidente que nos sacó de la estanflación, o que quede en la historia como un nuevo fracaso para implementar políticas racionales.

El regreso de los charlatanes

El estado profundo, que llevó a la Argentina a su largo estado de decadencia, está estimulado y protegido por una larga lista de "charlatanes". Con esto me refiero a la innumerable cantidad de políticos, periodistas, intelectuales y referentes de la opinión pública que, sin quererlo, defienden posturas políticamente correctas que terminan condenándonos al fracaso.

Ellos creen que al país le va mal porque los empresarios son malos, los banqueros son codiciosos, y los políticos son demasiado corruptos y egoístas. Pero este razonamiento no se sostiene. De hecho, acusar a la codicia empresaria de las crisis económicas es como acusar a la fuerza de gravedad por la caída de un avión. Es evidente que si no existiera esta fuerza, los aviones no se precipitarían al suelo, pero también es cierto que son cientos de miles los aviones que no caen..

Evidentemente, la codicia empresaria debe ser tomada como un simple dato de larealidad, igual a la codicia de los trabajadores, los escritores, los políticos, los nadadores, las luchadoras, las geólogas, los bailarines y las tenistas. No podemos quedarnos con una teoría tan pobre para explicar la realidad.

A lo largo de estas páginas intenté mostrar que el gran problema de nuestro país es una confluencia de intereses oscuros conformado por empresarios que no quieren competir, sindicatos que se oponen a la productividad, y políticos que solo piensan en el corto plazo.

Con su mirada cortoplacista, los políticos nos han llevado a la quiebra en cantidad de ocasiones. Con su falso fervor por el mercado interno, los empresarios nos cerraron la economía y nos condenaron a vivir con ingresos reales muy inferiores a los que deberíamos. Con su postulada defensa de los trabajadores, los sindicatos condenan al país al desempleo y la alta tasa de informalidad laboral.

El resultado es una profunda decadencia que lleva décadas. Un crecimiento económico muy por debajo del potencial, y muy inferior al de los vecinos exitosos, ya sea que se trate de quienes están cerca, como Chile, o de quienes están más lejos, como Australia o Nueva Zelanda.

Y, obviamente, cuando no hay crecimiento económico, no crece la producción y las oportunidades para conseguir empleo son cada vez menores. La pobreza, cuyo promedio de los últimos 30 años ha promediado el 30%, es el resultado más lamentable de toda esta cadena de acontecimientos.

Los charlatanes de siempre no tardarán en volver pidiendo más de lo mismo que nos llevó a la crisis. Pedirán que el gobierno gaste más dinero en "ayudas sociales", pedirán que el Banco Central baje las tasas de interés y "estimule la economía", pedirán que frenemos las importaciones para proteger el "trabajo argentino", que echemos a los inmigrantes, que regulemos los precios para ayudar a los que menos tienen...

No tenemos que escucharlos. Haberlo hecho en el pasado fue lo que nos llevó a quebrar un sistema institucional nacido en 1853 que estaba destinado principalmente a contener el poder del estado y que nos dio la oportunidad de "jugar en primera", comparándonos con los países más prósperos del globo.

¿Podrá hacer oídos sordos el gobierno? Los políticos, como ya dijimos, persiguen el voto, y son renuentes a dar malas noticias Si aparece un clamor popular por volver a las andadas y adoptar nuevamente políticas destructivas para el progreso, como hemos hecho sistemáticamente en el pasado, ni siquiera el mejor presidente del mundo nos podrá rescatar.

Y ese es el principal desafío que enfrentamos. O modificamos nuestra manera de pensar como sociedad, o estaremos condenados. La historia secreta de Argentina, mientras tanto, se seguirá escribiendo.

Bibliografía consultada y recomendada para seguir profundizando

Cachanosky, Roberto: "El Síndrome Argentino: Del Estado de Crisis a la Crisis del Estado". Ediciones B. Buenos Aires, 2006.

Carrino, Iván: "Cleptocracia: Así nos robaron nuestro dinero y nuestra libertad". Inversor Global. Buenos Aires, 2017.

Carrino, Iván: "Estrangulados: Cómo el estado asfixia tu economía". Inversor Global. Buenos Aires, 2018.

De Pablo, Juan Carlos: "200 Años de Economía Argentina". Ediciones B. Buenos Aires, 2010.

Dornbusch, Rudiger; Edwards, Sebastián: "Macroeconomía del Populismo en la América Latina". Fondo de Cultura Económica. México, 1992.

Friedman, Milton; Friedman, Rose: "Libertad de para elegir". Gota a Gota ediciones. Madrid. 2008.

Friedman, Milton: "Paro e Inflación". Unión Editorial. Madrid, 2014.

Fundación FIEL: "El Control de Cambios en Argentina". Buenos Aires, 1989.

Hayek, Friedrich A.: "Sindicatos: ¿Para Qué?". Unión Editorial. Madrid, 2009.

Krugman, Paul & Obstfeld, Maurice: "Economía Internacional: Teoría y Política". Séptima edición. Addison Wesley. 2006.

Llach, Juan; Lagos, Martín: "El País de las Desmesuras". Editorial El Ateneo. Buenos Aires, 2014.

Mises, Ludwig von: "Política Económica". Unión Editorial. Madrid, 2009.

Mises, Ludwig von: "Acción Humana". Undécima edición. Unión Editorial. Madrid, 2015.

Rothbard, Murray: "La Gran Depresión". Unión Editorial. Madrid, 2014.

Rothbard, Murray: "Poder y Mercado". Unión Editorial. Madrid. 2015.

Sachs, Jeffrey y Larraín, Felipe: "Macroeconomía en la economía global". Prentice Hall, segunda edición, Buenos Aires, 2002.

Smith, Adam: "Investigación sobre la naturaleza y causa de la Riqueza de las Naciones". Fondo de Cultura Económica. México, 1958.

Sturzenegger, Federico: "Yo no me quiero ir". Editorial Planeta. Buenos Aires, 2013.

Zingales, Luigi: "A Capitalism for the People". Basic Books; Reprint edition. Chicago, 2014.

Zylberberg, Meir: "Las raíces totalitarias del fracaso argentino". Ediciones Cooperativas. Buenos Aires, 2008.

ANEXO

Lecturas Adicionales

Argentina necesita más liberalismo que nunca³⁸

El liberalismo es la corriente de pensamiento económico que sacó al mundo de la pobreza. Nada menos. Antes de la Revolución industrial, a principios de 1800, la pobreza en el mundo superaba el 90% de la población. Pero gracias al desarrollo del capitalismo y la globalización, en 2015 este número se redujo 80 puntos, al 10% del total. En poco más de 100 años, la civilización alcanzó un grado de desarrollo que jamás antes había sido posible, con una mayor cantidad de población y mayor esperanza de vida. A pesar de los agoreros y apocalípticos, Adam Smith se alzó vencedor.

Por el contrario, el intervencionismo, con sus variantes socialistas, desarrollistas y populismos de izquierda y derecha, llevan al fracaso de los países. En su afán de gastar más de lo que se ingresa e hiperregular la economía, siempre termina igual. O con incontrolables niveles de inflación, o con crisis de deuda, o con un sistema productivo colapsado como el caso de la Venezuela actual. A la luz de los datos, es claro que el camino que debe tomar el país es el de la libertad económica. Además, está visto que los países más libres son los que mejor calidad de vida ofrecen a su población. Las 5 naciones que encabezan el Índice de Desarrollo Humano (Noruega, Australia, Suiza, Dinamarca y Holanda) tienen altos niveles de libertad económica. Respetan los derechos de propiedad, comercian libremente con el mundo, no tienen inflación y no controlan precios destruyendo la rentabilidad de las empresas.

Ahora para alcanzar a estos países, el Gobierno de Mauricio Macri necesita ser mucho más agresivo en su compromiso con

-

³⁸ Artículo publicado originalmente en Ámbito Financiero, el 10 de octubre de 2016.

la libertad de lo que ha sido hasta ahora. ¿Por qué? Porque contamos con un pasado que genera muchas dudas entre los inversores del mundo y los propios argentinos. Desde la creación del Banco Central en 1935, la inflación anual equivalente fue de 55%, con dos episodios hiperinflacionarios y el cambio de seis signos monetarios. Además, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el país estuvo en situación de default, o de incumplimiento de sus compromisos de deuda, 36 años, el 52% del tiempo transcurrido. Expropiaciones, privatizaciones, re-estatizaciones e impuestazos también han sido protagonistas de nuestra historia reciente, y hoy la presión tributaria alcanza niveles insospechados.

El Gobierno de Cambiemos lleva nueve meses en el poder. En ese lapso, eliminó de un plumazo el cepo cambiario, quitó la mayor parte de las absurdas retenciones a la exportación, intenta ajustar las atrasadas tarifas de los servicios públicos, bajar la inflación, y reducir gradualmente el déficit fiscal. Como frutilla del postre, esta semana comienza en Buenos Aires un Foro de Inversión y Negocios que busca seducir a los empresarios para que inviertan en el país. Todo esto es positivo. Pero incluso sumándolo todo, es posible que los inversores nos sigan mirando con desconfianza. Hazte la fama...

Por eso, la única alternativa que nos queda es mostrar un compromiso mucho mayor con los principios básicos de la libertad económica. Los impuestos tienen que bajar drásticamente, y para ello se debe renunciar a megaproyectos de gasto político. La economía debe desregularse, e innovaciones como Uber deben ser parte de nuestra vida cotidiana, no víctima de reglamentos hechos a la medida de las

mafias. El comercio debe abrirse, y de manera unilateral, sin necesidad de negociar "contrapartidas" con otros países.

Abrirse es bueno: nos permite comprar más barato del exterior y a su vez vender más caro. El comercio genera siempre beneficios para las partes que comercian y es totalmente falaz que genere desempleo en términos agregados. Argentina está frente a una coyuntura histórica. Los ojos de los inversores están puestos sobre nosotros, pero el Gobierno teme ser catalogado de liberal o, peor aún, de "neoliberal".

Así que mi recomendación es sencilla: estimado presidente, libérese de los prejuicios y haga lo que tiene que hacer. En un mundo competitivo como el de hoy, hay que ser doblemente agresivos para captar inversiones. Y ese objetivo sólo se conseguirá con más libertad económica, no con mensajes ambiguos y demagogia política.

Contra el impuesto progresivo a las ganancias³⁹

Hace cinco años que Juan trabaja en la empresa que admiraba desde chico. Al salir de la facultad, lo primero que hizo fue enviar allí su currículum y felizmente fue seleccionado. Gana un buen salario y siempre se esfuerza para que le vaya mejor. Pone mucho de sí mismo, es comprometido, y busca permanentemente cumplir y superar sus objetivos.

La semana pasada, el supervisor lo llamó a su oficina. Tenía una buena noticia para comunicarle. Luego de las evaluaciones de desempeño y en vistas a una ampliación de sus responsabilidades, le iban a dar un aumento de sueldo. Se trataba de un considerable 29% de suba.

Feliz como estaba y listo para enfrentar sus nuevos desafíos, le contó la novedad a su mujer, Florencia. Ambos festejaron. Justo estaban pensando en construir un nuevo cuarto en su casa de dos ambientes para la llegada de su bebé a mediados del año que viene. Salieron a cenar.

El problema apareció el día del pago. Cuando miró su cuenta bancaria, Juan vio algo que no cerraba. Le habían prometido un 29% de aumento, pero solo había recibido un monto que representaba una suba del 20%.

¿Quién se había quedado con su dinero?

Cuando planteó la situación en Recursos Humanos, comprendió lo que sucedía. Su sueldo bruto había aumentado efectivamente en un 29%, pero también había aumentado el monto de impuestos a pagar por ganancias. Y más que

³⁹ Artículo publicado originalmente en Infobae el 23 de noviembre de 2016.

proporcionalmente. Las cuentas ahora no eran las mismas, y Juan y Florencia decidieron posponer la ampliación de su casa.

La situación que acabamos de describir es típica de los sistemas tributarios que se llaman "progresivos". En dichos sistemas, inspirados en la máxima marxista de "a cada quien según su necesidad y de cada cual según su posibilidad", el estado cobra más impuestos a quienes más ganan, mientras que a los que menos ganan les cobran tasas más reducidas.

Si se miran las tasas impositivas que se cobra a las personas físicas en Argentina, por ejemplo, veremos que una persona que tiene una ganancia neta anual sujeta a impuestos (es decir, menos los aportes a la seguridad social y las deducciones específicas) de hasta \$ 10.000, deberá tributar el 9% más una suma fija. Si ese monto es de hasta \$ 20.000, el estado le exigirá un 14% más una suma fija. Si la ganancia neta anual supera los \$ 60.000, entonces el estado tomará una suma fija más el 27% del monto, y si el ingreso percibido es de más de \$ 120.000 (una persona que cobra \$33.000 de mano por mes, por ejemplo), entonces el gobierno se quedará con 35% más un monto fijo de \$ 28.500.

Curiosamente, y a pesar de su nombre, el impuesto "progresivo" castiga el progreso.

Es que en una economía de mercado, los ingresos de cada individuo están determinados por el valor agregado que cada persona le aporta a la sociedad. En términos más concretos, un empresario exitoso es aquel que ofrece mejores productos y servicios a sus conciudadanos y es por eso que sus ingresos son mayores. En un proceso voluntario, la gente elige

entregarle su dinero a cambio de los bienes y servicios que el empresario produce.

Dentro de una empresa, el sistema funciona de manera similar. Si un empleado agrega valor, será promovido y ganará un mayor salario. Ese mayor ingreso es el resultado de su buen desempeño laboral, que está en línea con el objetivo de la empresa, que en una economía de mercado es satisfacer las necesidades del consumidor.

Por este motivo, y en línea con lo explicado por el economista Murray Rothbard, "imponer penalidades a los que han servido mejor a los consumidores daña no solo a los productores, sino también a los consumidores".

El daño a los incentivos que genera el impuesto progresivo a las ganancias puede comprenderse mejor si llevamos el ejemplo al extremo. El extremo de la progresividad fiscal haría que frente a cada suba de los ingresos del individuo en términos brutos, nulo sea el aumento en términos netos.

Por ejemplo, si el impuesto cobrado a una persona que gana \$ 10.000 es de 25%, pero cuando pasa a ganar \$ 12.000 se le cobrara 37,5%, entonces en términos netos el individuo recibiría siempre \$ 7.500.

En este caso, se ve claramente que el incentivo a ganar más dinero se destruirá por completo. Finalmente, nadie tendría ganas de trabajar más y la economía colapsaría.

Una propuesta alternativa es la de cobrar un impuesto de tasa fija, o "flat tax", que para cada nivel de ingresos tenga una misma tasa. Esto haría que los aumentos del salario bruto sean

exactamente iguales a los del salario en mano, mejorando el sistema de incentivos.

Claro que este flat tax debería ser bajo e igual al mínimo de la escala actual, ya que si estuviera por encima penalizaría a todos los que hoy pagan por debajo de ese nivel.

Con un impuesto de tasa fija, quienes más ingresos generen, también aportarán más a las arcas públicas, pero no se les castigará el mejoramiento de su situación personal.

El impuesto a las ganancias de personas físicas será debatido el año que viene en el congreso. Entre otras modificaciones, se debatirá incluir una nueva escala que grave los ingresos más altos con una tasa del 40%.

Esperemos que la iniciativa no prospere. Si hay algo que no necesita este país, ni ningún otro, es seguir castigando a los que quieren progresar. Desde este lugar, vaya el pedido para una refundación completa del concepto de la progresividad, y una profunda baja de la presión impositiva sobre los empresarios y trabajadores.